

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Año 28.—Núms. 165 y 166.

Tomo 57.—Fasc. 3 y 4.

El retorno a la Sagrada Escritura

LA CIENCIA TOMISTA se honra esta vez con la firma del gran exégeta dominico P. Lagrange. A nuestra invitación ha respondido amablemente enviándonos el hermoso artículo que pueden apreciar nuestros lectores, acompañado de una carta de la cual entresacamos algunos párrafos que demuestran cómo lo mejor de Francia está en espíritu con nosotros, y que contrastan con la ceguera de algunos católicos, cuyas mentes, oscurecidas por prejuicios de una que ellos llaman Teología y por la pasión política, no han sabido todavía comprender el sentido de nuestra Cruzada nacional.

Cher Révérend Père et mon ami: Avec quelle joie j'ai reçu votre lettre; Je pensais beaucoup à vous. Je prends ma part des souffrances de l'Espagne que j'aime tant et à cause de mon séjour à Salamanque. Mais, comment vous atteindre? On disait que vous aviez dû fuir en Portugal, que la splendide église de San Esteban avait été incendiée, etc. C'est déjà un très grand malheur que le Père Colunga soit prisonnier des rouges. On peut tout craindre. Depuis quelque temps on voyait que Salamanque était au pouvoir des vrais Espagnols. Je bénis Dieu que vous avez pu reprendre vos cours et même la CIENCIA TOMISTA. Mais nous ne savons combien de pères ont été victimes. On craignait en particulier pour le P. Paredes.

Peut-être ces affreux malheurs et l'héroïsme des nationaux ont ils préservé le monde d'une catastrophe; mais elle est cependant encore bien à craindre.

Je suis censé être au repos; je n'ai jamais eu tant à faire, avec des forces bien diminuées. Cependant je suis très bien pour mon âge.

Que le Seigneur donne à l'Espagne la paix dans la fidélité à ses glorieuses traditions catholiques. ¡Viva España!

No leemos la Biblia.

La belleza de la Biblia es ya un tópico, que yo no incurriré en la impertinencia de tratar, después de Bossuet. La Biblia comienza con el mundo y con el tiempo, y termina dejando entrever horizontes de eternidad. Ella no ignora nada del hombre, ni su debilidad, ni su grandeza, ni los rudos combates que riñen entre sí su razón y sus pasiones. Ciertamente la naturaleza humana y sus facultades han sido más sutilmente analizadas y coordinadas más armoniosamente por los griegos,—bien lo sabe Salamanca, heredera de la sabiduría antigua—, pero las doctrinas de la ciencia helénica fluctúan indecisas cuando afrontan los problemas de Dios. El Dios único aparece a Platón como una luz inaccesible. Según Aristóteles, redundaría en mengua de su gloria el ocuparse de nosotros. Por el contrario, la Biblia nos enseña sobre Dios cosas que la razón humana no podría ni siquiera sospechar, y produce en el lector menos ilustrado una impresión profunda de su justicia y de su bondad. Dios es en la Biblia el gran actor, la causa primera y el fin supremo de todas las cosas. Las acciones del hombre no tienen valor moral, sino cuando se obedece a su Ley. Su pueblo escogido le abandona con frecuencia por el culto de los falsos dioses, que lo seducen y pervierten. El le advierte y le amenaza por boca de sus profetas, y le castiga, hasta que los culpables vuelven a implorar su perdón. Su figura crece sin cesar ante los ojos de su pueblo siempre amado, y éste, más dócil, le obedece mejor, pero no le ama lo bastante. Finalmente, pone el sello a todas sus misericordias. Se inclina. Desciende. Su Hijo toma nuestra carne, y conversa con nosotros. El, que es el único que conoce a su Padre, lo revela a los hombres de buena voluntad; nos enseña el camino que conduce a la salvación, y nos da la prueba esencial del amor: muere por nosotros.

Por esta razón muchos creen en El, se entregan a El, y son bautizados para participar de la Redención.

Esta Religión es la nuestra. La Biblia es el libro que contiene esta historia, las palabras de vida, la promesa de salvación. ¡Y nosotros no leemos este libro!

La lectura de la Biblia en la antigüedad.

En los primeros tiempos de la Iglesia no sucedía esto. Los primeros cristianos, no teniendo todavía esos libros de piedad escritos con agua de rosas que nos brizan y nos adormecen, buscaban en la Biblia un apoyo para su fe, un consuelo en sus amarguras, y se aplicaban a su estudio con tanto más ardor cuanto más excitaban sus esfuerzos las dificultades. Sus pastores y doctores los educaban en esta santa costumbre.

Orígenes, educado en el ambiente del helenismo alejandrino, edita el Antiguo Testamento en hebreo, junto con varias versiones griegas en columnas separadas; trabajo tan gigantesco, que el manuscrito original no fué nunca copiado íntegramente. Pero este maestro se dirigía a un auditorio ordinario, y su predicación consiste en explicar, uno tras otro, todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento.

Ved a S. Agustín, delante de su auditorio sencillo y rudo de marineros. Les recita los salmos, y se detiene en los detalles más insignificantes, teniendo a su auditorio pendiente de sus labios, mediante continuas interrogaciones y alusiones a las escenas ordinarias de su vida. Con esa misma sencillez los eleva a las alturas del Evangelio de San Juan.

Idéntica familiaridad se aprecia en la elocuencia de San Juan Crisóstomo, ante el auditorio ilustrado y frívolo de Antioquía, cuando él opone a los atractivos del circo su palabra inflamada por el amor de San Pablo.

Por entonces San Jerónimo consagraba a la traducción de la Biblia hebrea el trabajo incesante de toda su vida, y la flor de las elegancias latinas.

Si Jerusalén había llegado a ser una gran ciudad, es porque en ella se veneraban los monumentos de la Pasión y de la Resurrección de Jesús, y porque se querían conocer en la Tierra Santa los lugares cuyo recuerdo nos había transmitido la Biblia. Se releía la revelación del agua viva junto al pozo de la Samaritana.

La Edad Media, más alejada de los hechos, ignorando las lenguas orientales en que los Libros sagrados fueron escritos, no podía guardar tan estrechamente el contacto con los textos, y se dedicó a estudiarlo filosóficamente. Pero su entusiasmo no fué menos admirable. Carlomagno encargó el trabajo a Alcuino, cuyas Biblias se han hecho célebres, al mismo tiempo que obtenía del califa Haroun-Al-Raschid las llaves del Santo Sepulcro. Comenzaron las peregrinaciones, seguidas de las Cruzadas. En tiempo de Sto. Tomás, el grado supremo de la ciencia, no era el de Maestro en teología, sino el de Maestro en Sagrada Escritura: *Paginae Sacrae Magister*.

Lutero y la lectura de la Biblia.

Lutero no tenía razón al acusar a la Iglesia de haber metido la Sagrada Escritura debajo del celemin, porque estaba en todas partes iluminándolo todo. Lo único cierto es que él mismo comprendió mal la función de la Sagrada Escritura. Resuelto, a fin de hacer prevalecer su doctrina de la justificación—hoy día anticuada—, a romper con la autoridad de la Iglesia que la condenaba, le fué necesario insistir en la existencia de otra

autoridad divina, que bastase por sí sola para resistir a la autoridad viviente de la Santa Sede y de los pastores. Entonces es cuando exclamó: «Será preciso que dejen pasar al Verbo». Pero, en su pensamiento, el verbo era la Escritura desligada de toda alianza con la Tradición, sin más comentador que el Espíritu Santo, a quien únicamente había que recurrir para entender los libros por El inspirados.

Pero el Espíritu de Dios, viviente en el cuerpo de la Iglesia, a manera de su alma, nunca ha prometido su asistencia a los que pretenden emanciparse de su tutela. En realidad, cada discípulo de Lutero no hacía más que seguir su propio espíritu, y de esta manera le era fácil encontrar en la Escritura los dogmas de su maestro, o los que a él se le antojaba introducir en ella. El resultado fué un completo desorden, una anarquía total, de suerte que los jefes de la revolución, para salvaguardar los principios que juzgaban fundamentales en el cristianismo, se vieron precisados a volver al principio de autoridad, pero de una autoridad fraccionada, la de los promotores del nuevo Evangelio, cuyos puntos de vista, con frecuencia divergentes, fueron erigidos en regla de fe de las diferentes confesiones, agrupadas en torno a la Biblia. Entre los Protestantes, fieles en parte a la antigua fe, se la lee todavía en comunidad y aún en familia, con respeto, y no sin algún provecho espiritual, fruto de su fecundidad y de su riqueza. Pero esta satisfacción que ella da, manteniendo en cada uno «su pequeña religión particular», como decía la condesa de Orleans de que habla Saint-Simon, no basta para realizar la unidad en la caridad, deseada por Jesucristo al decir: «ut sint unum», añadiendo además estas palabras inauditas: «sicut ego et Pater unum sumus».

Conducta de la Iglesia ante el peligro luterano.

Ante este peligro, la Iglesia ha tenido que volver a recordar que la unidad de la fe, principio de la caridad, está garantizada en la Iglesia católica por la autoridad del Papa, Vicario de Cristo, asistido por los pastores; y que esta autoridad se extiende particularmente a la interpretación de la Sagrada Escritura. No que la Iglesia tenga el derecho de suprimir ni de añadir nada a la palabra de Dios, por el contrario, ella ha enseñado expresamente en el Concilio de Trento, y más tarde en el Vaticano, el contenido y la dignidad de la palabra de Dios, sino que con ello quiere expresar que solamente ella posee el derecho de determinar el sentido en materias de fe y de moral.

Hay que decir también que la lectura de la Biblia no es necesaria a cada fiel en particular, puesto que no necesita investigar por su propio esfuerzo el dogma que debe creer. El desorden y los abusos en la lectura

de la Biblia es lo que obligó a la Iglesia a replegarse sobre sí misma, y esta es la razón de que, permaneciendo junto con la tradición el tesoro indiscutible de la verdad, sin embargo la Escritura fué menos leída y conocida de los fieles, que en su mayor parte se contentaban con leer las Epístolas y los Evangelios que encontraban en sus libros de devoción. Por otra parte, los pastores, viendo la fe atacada con violencia por errores todavía más radicales, que pretendían apoyarse en los progresos de la razón moderna y en aspiraciones mal definidas, descendieron al terreno a que se les llamaba, acumulando sermones, y sobre todo conferencias, menos nutridas de la palabra de Dios.

Se puede, pues, deplorar que, no antes de Lutero, sino después de él, y por causa suya, la Sagrada Escritura haya sido puesta un poco bajo el celemin.

Como era de esperar se dan buenas razones para justificar esta realidad. ¿Pretendeis acaso, se nos dirá, que la Acción Católica tenga que ir a remolque de las Sociedades Bíblicas? La experiencia demuestra que la lectura de la Biblia es frecuentemente inútil, como es fácil de comprobar. En efecto, hay cristianos separados de la Iglesia, a los que sin embargo llamamos hermanos nuestros, hermanos separados, porque están convencidos de que la salvación del mundo está en Jesucristo. Me refiero a los mejores de ellos. Parten para misiones lejanas, aunque su modo de vida sea con frecuencia más confortable que el de los misioneros católicos, pero de todos modos ellos llevan siempre consigo una gran cantidad de Biblias, traducidas a los idiomas de los países en que intentan difundir el Evangelio. Esos libros los distribuyen por centenares, por millares; y dicen: «He aquí la palabra de Dios. Tomad, leed, escuchad la voz del Espíritu y acabareis por pedir el Bautismo». El infiel lee, pero no comprende gran cosa. ¿Cómo podría él escuchar la voz del Espíritu? Si la acción del misionero se limitase a esto, sería completamente inútil. Casi lo mismo sucede en nuestros países, donde las Biblias se venden a precios baratísimos, con fin de propaganda. Todo el mundo lo ve y yo no lo niego. Y de aquí concluyen muchos que la Biblia no sirve gran cosa para el desarrollo de la vida cristiana... Esta opinión ha llegado a ser general.

Yo recuerdo muchas veces a uno de nuestros mejores predicadores—y lo que voy a decir no puede ofender a nadie, porque se refiere a un religioso de nuestra Orden—el cual, como yo le rogase que tuviese la bondad de leer uno de mis primeros sermones para darme su parecer, me dijo: «¡Ay Padrecito, Vd. va a terminar cayendo en la Sagrada Escritura!»

Los predicadores prescindían de ella porque los fieles no gustaban de ella; los fieles no se interesaban, porque nadie se dedicaba a explicársela.

Otros peligros.

Tal vez existe otra razón, además de esta negligencia. Pero al exponerla reconozco que camino sobre carbones encendidos. He dudado largo tiempo en decirla, pero me decido a hacerlo, seguro de la benevolencia de mis lectores.

Mientras que los católicos, que tanto habían amado la Biblia, la dejaban a un lado—no antes de Lutero, lo repito, sino después de él, y como reacción contra su método—este método del libre examen había dado copiosos frutos, sobre todo en las Universidades alemanas.

Nosotros apenas leíamos ya nuestros libros sagrados; ellos los devoraban, para destruirlos. De negación en negación, los maestros han llegado hasta rechazar su cualidad de libros canónicos e inspirados, cortando así la rama en que estaban instalados como luteranos, y no siéndolo, después de esto, más que de nombre. En realidad lo que atacaban era el cristianismo total. Y esta guerra, proseguida con tesón y con empeño, con todos los recursos de lo que se llamaba filología, crítica, crítica literaria, crítica histórica, acumulaba dificultades y objeciones, que no era fácil refutar con eficacia, sin poseer conocimientos propios de especialistas.

Es evidente que poquísimos fieles pueden dedicarse durante toda una vida a esta labor abrumadora. Además, pensaban muchos, ¿para qué darles a conocer esas dificultades, que podrían turbarles y hacerles peligrar en su fe? Que ellos sean dóciles a la enseñanza oral de sus pastores, que reciban los Sacramentos, que practiquen la caridad, y Dios se dará por contento. Nosotros no debemos ser más exigentes que Él.

Ciertamente que, en algunos casos, parece necesaria esta abstención. Yo recuerdo que en unos Ejercicios espirituales dados a los Cistercienses, un joven monje me rogó que le pusiera al corriente de las controversias sobre la Escritura. «¡Cómo,—le respondí—Vd. vive en la soledad en que San Bernardo ha bebido las suaves inspiraciones de sus homilías entre las hayas del bosque. Conténtese, como él, con la lectura que no aspira a la ciencia, sino a la sabiduría que gusta de Dios».

Tal vez algunos jóvenes se sonrían al leer esto y piensen: se puede cerrar con llave la Trapa y vigilar su biblioteca, pero nosotros vivimos en medio de un mundo, donde la objeción nos asalta, en los libros, en las revistas, en los periódicos, en las tribunas, en la escuela primaria, y hasta en las conversaciones íntimas con amigos vacilantes en su fe.

«No os preocupéis»,—dirán por otra parte directores demasiado tranquilos—, rechazad esas dudas como malos pensamientos. Y, por lo demás, dejad hacer a los incrédulos. Ellos mismos se encargan de comba-

tir a sus predecesores y contemporáneos. Un sistema, por mucho éxito que alcance, no dura nunca más de veinte o treinta años. Los racionalistas del siglo XVIII han sido puestos en ridículo por Strauss y su escuela mítica; ésta ha sido suplantada por los liberales, tipo Holtzmann y Harnack, que, a su vez, no han podido resistir la acometida de los escatologistas. Después ha venido la escuela de las religiones, ya en plena decadencia ante el *Formgeschichtliche Methode*; y ¡quién sabe lo que vendrá mañana!

Acabamos de enterarnos, y precisamente por una solemnísima conferencia, ensalzada hasta las nubes por la prensa católica, de que la crítica del Pentateuco ha terminado por ser conservadora. ¡Casi viene a reducirse a perder el tiempo como en un espectáculo nada divertido!

Todo esto sería muy bonito, si terminara bien, como sucede en el buen teatro. Pero desgraciadamente sucede lo que con el demonio del Evangelio, que se le expulsa, pero vuelve trayendo otros siete peores que él. El error no hace más que cambiar de aspecto. De ordinario es cada vez más radical, y su espíritu de destrucción más completo.

¿Deberé proseguir? ¿Habrá que decirlo todo? A veces parece que ciertas personas se consuelan fácilmente de la defección de aquellos que se llaman intelectuales, con tal de conservar los ignorantes, que son siempre la mayor parte, compacta y dócil. Pero esto es una ilusión, porque los ignorantes, conscientes, a pesar de todo, de su propia incompetencia, y deseosos de disimularla, se van en rebaño, como buenos corderos, hacia esos palacios escolares, perfectamente equipados para las ciencias humanas, y en que esos pobres creen hallar luz para todo, incluso para los destinos de sus almas.

Este éxodo continúa delante de nuestros ojos entristecidos. El síntoma es grave. Pero ¿cuál es el remedio? Estad seguros de que yo no tengo la receta preparada, o, para hablar más corrientemente, que yo no os diré: «Venid a mi clase; enviad estudiantes a nuestra Escuela Bíblica de Jerusalén». Esa escuela no es la única. Tan solo os suplico, pero seriamente, insistentemente, que fomentéis los estudios bíblicos superiores.

Es un hecho constante en la Historia de la Iglesia que son pocos hombres los que con su fe, preservan la de su rebaño. Nada hay que tanto asegure a las almas sencillas como el poder comprobar que los maestros católicos no quedan en zaga a sus enemigos en aplicación al estudio, en lealtad y en la práctica de los buenos métodos. Para esto es necesario un trabajo ímprobo. Pero sólo a este precio ganarán crédito, y estarán en el derecho, y en el deber, de decir que su inclinación a favor de la fe que profesan pesa menos en su ánimo que la pasión en el de los incrédulos,

sobre todo contra aquellos que, habiendo abandonado la Iglesia, han de probar que ellos tienen razón contra la Madre que los ha educado e instruído.

Es cierto que además habrá que luchar también contra una táctica más sutil todavía, que es la de Guignebert, uno de los principales críticos de nuestro tiempo, adversarios del cristianismo,—a quien yo no nombraría, si no se le reconociera fácilmente al exponer los caracteres de su polémica, si es que yo lo he comprendido bien. Guignebert afecta no experimentar pasión alguna, ni a favor ni en contra de la religión. Sólo trata de ver claro, estando dispuesto a reconocer la verdad, sea donde sea. Los hechos son los hechos, y él no puede hacer nada en favor de ninguna creencia, por muy respetable que parezca. Pero presenta los hechos de tal suerte, que de ellos resulta que no se puede creer en Jesucristo. Todo con un aire de llaneza casi paternal, que subyuga. Pero, que aparezca un libro como el de M. Mauriac. Entonces pierde su sangre fría, y la máscara cae. Así pues, sea el que quiera su íntimo sentir, que aparezca o que se disimule, no será nunca difícil comprobar la soberana arbitrariedad que reina entre los que practican esta crítica negativa.

Abrid los ojos. ¿Dónde están los eruditos que forman escuela, por ejemplo, en torno a M. Loisy? La falta de unidad entre los investigadores es el mejor argumento de que su obra es personal, subjetiva, caduca. No se puede imaginar un verdadero descubrimiento que no cuente con adhesiones decididas.

He aquí algunas indicaciones que yo someto al juicio de los maestros de Israel, sobre la ayuda que ellos pueden prestar a muchas almas de buena voluntad, tal vez turbadas por ataques tan furiosos como nunca se han conocido. Pero la mejor defensa de la Escritura está en ella misma. Nosotros no pretendemos excluir la acción del Espíritu Santo, sino solamente del espíritu propio que se encubre con su nombre. El Espíritu Santo obra poderosamente en la Iglesia, y se diría que su intervención se siente muy eficaz cerca de nosotros. Yo no ignoro que todo el que escribe, debe dirigirse a sus contemporáneos. Yo me dirijo, pues, a la generación que avanza, y que me parece realizar ya la profecía de Amós, pastor bajo los sicomoros de Télec (VIII, 11).

He aquí que vienen días,
—Palabra de Jahvé, el Señor—
En que enviaré hambre a la tierra,
—No hambre de pan,
—Ni sed de agua,
Sino de oír la palabra de Jahvé.

Interés actual de las cuestiones religiosas.

Se me asegura, en efecto, que aún en los círculos de estudios de los campos y de los talleres, los jóvenes quieren llegar a ser amigos de Jesús. Mas para esto es necesario conocerle tal como El es.

Lo mismo sucederá en España, cuando esta heroica nación haya recobrado la paz. ¿Se podrán rehusar a estas almas de buena voluntad ediciones aprobadas de los Evangelios, sinopsis en que se procuran colocar las palabras del Maestro según el orden cronológico? Se ve a muchos que se dedican con verdadero ardor a este que yo no quiero llamar juego, sino el ejercicio más noble de la inteligencia y del corazón.

Acababa de escribir lo que precede, hace dos o tres días, cuando recibí una carta de un desconocido, alumno de Filosofía en la Escuela Normal Superior de París. Y os ruego que me hagáis el honor de creer que esto no es un procedimiento, pudiéramos decir un truco de predicador, que finje recibir cartas que él mismo ha compuesto, para reforzar su argumentación. La carta que voy a copiar tiene un estilo lo bastante joven y también lo bastante pretencioso para revelar una experiencia de más de 80 años ..

«En fin, Vd. conoce el gran interés que despiertan en los medios intelectuales (y en el que yo vivo lo es en alto grado) las cuestiones religiosas. Casi me parece que el Espíritu Santo, que sopla donde quiere, ha elegido esta carrera para obrar en ella preferentemente. Las cuestiones de Exégesis y de Historia de las Religiones apasionan hoy más que nunca al mundo estudiantil. Ahora bien, la Escuela Normal Superior, no es acaso la principal?»

Jóvenes como este son la selecta minoría, que nosotros hemos de tener muy en cuenta para el futuro.

Por lo que toca al Nuevo Testamento, su causa está ya ganada. ¿Qué otra cosa son esos libros, sino el eco de la catequesis de los apóstoles, solicitados por los fieles, ávidos de escuchar de su boca lo que había dicho y hecho Nuestro Señor Jesucristo? ¿Cómo no conservar por escrito estos recuerdos, para calmar la piadosa curiosidad de los siglos posteriores? Esta luz pura que había brillado en Galilea y en Jerusalén la llevó San Lucas hasta Roma, y la elocuencia de San Pablo reflejó brillantemente sus acentos.

Se ha dicho todo cuanto se puede decir sobre la fuerza persuasiva de esta sencilla historia. Tan hermosa es que muchos incrédulos quieren ver en la difusión del Evangelio el éxito de un poema incomparable. Yo recuerdo la emoción que sentí en Jerusalén al ver a Paul Bourget, toda-

vía indeciso en su camino, apoyado sobre la pared del Santo Sepulcro, leyendo el Evangelio... y llorando. Dios ha llamado ya al que había llorado sobre Jesús... Pierre Loti estuvo también en Judea, y fué al Huerto de Getsemaní. Pero como Dios no le respondió, imaginándose él tal vez, por prejuicios de su educación protestante, que el Espíritu Santo no había debido faltar a su cita, se marchó triste... ¿Cuál es entre nosotros el cristiano viejo, que no haya sentido la emoción de la palabra de Jesús, no comentada, lo que por otra parte puede ser útil, sino vivida en la intimidad de su contacto divino? Como San Antonio, cuando escuchó en una Iglesia estas palabras: «Vete, vende tus bienes, da el dinero a los pobres, y sígueme». O como San Ignacio de Loyola. ¿Qué no han dicho los predicadores, y aún los paganos y los escépticos, sobre la inestabilidad y caducidad de las cosas humanas? Todo eso es muy bonito, se piensa en ello un momento, pero después se sigue adelante. «Si la vida es corta, decía Horacio, démonos prisa a gozar de ella». Pero, cuando Jesús, el adorable Maestro, dice: «¿Qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero, si al fin viene a perder su alma?» San Ignacio, y otros muchos que siguen a Aquel que ha dado su vida por salvar las almas, ¡todas las almas!, sienten el atractivo divino de esa palabra, y la gracia vence el atractivo del mundo y de la naturaleza.

Este atractivo de la persona de Jesús, de su Corazón Misericordioso, tal vez no ha sido nunca tan fuerte como en la actualidad. Se quiere conocerle. El atrae, aún a aquellos mismos que no creen en El. Continuamente se escribe su Vida, sobre todo desde hace algunos años. El éxito de las Vidas de Jesús es un indicio de la sed que consume a nuestros contemporáneos, sed que el agua de las viejas cisternas de la incredulidad no ha podido hasta ahora saciar.

Las Vidas de Jesucristo hacen, sin duda, mucho bien. Pero después de haberlas leído y admirado, ¿no se experimenta la necesidad de leer y de releer el Evangelio, esta Vida de Jesús que tan al vivo refleja su acción ardiente, inflamada de celo, aunque siempre misericordiosa para las lámparas que todavía no se han apagado totalmente?

Cómo se debe leer el Antiguo Testamento.

Está bien, dirán muchos. Vamos a leer, pues, el Nuevo Testamento. Pero el Antiguo ¿es igualmente útil? ¿No puede ser incluso peligroso? Además ¿es tan difícil de entender!

Yo, desde luego, no pretendo obligar a nadie a esta lectura, porque se puede llegar a un alto grado de santidad, aún sin leer el Evangelio. Y voy más lejos todavía. La lectura del Antiguo Testamento no dejaría de

tener sus inconvenientes si fuera exclusiva, es decir, si arrastrados por su aliento poderoso, y seducidos por sus imágenes y por un cierto espejismo oriental que hay en él, llegáramos a ordenar nuestras relaciones con Dios y con el prójimo, solamente según sus normas. Nuestro Señor ha venido para perfeccionarlo. Atenerse solamente al Antiguo Testamento sería decaer. El ideal del cristiano es mucho más elevado, porque, no lo olvidemos, el amor prescrito en el Antiguo Testamento se desborda ampliamente en la obra de Jesucristo. ¿Me atreveré yo a indicar como referencia un documento tan profano como una novela? Cuando se lee, si es que se lee todavía, «Los Puritanos» de Walter Scott, no puede uno menos de preguntarse si aquellos lectores asiduos de la Biblia no han bebido su fanatismo guerrero en los relatos de batallas llevadas hasta la exterminación.

El primero que ha traducido la Biblia en lengua gótica, el antiguo alemán, es el obispo Wulfila, que no quiso traducir los libros de los Reyes, porque decía él, que los godos eran ya de suyo demasiado inclinados a hacer la guerra. Pero al fin Wulfila era ario, y sin duda no comprendía que todo ese ardor bélico no impulsaba a la crueldad a los discípulos de un Dios hecho hombre, dulce y humilde de corazón. Y, además, hay guerras justas y necesarias.

El pseudo San Nilo, quien hoy día se cree ser Evagrio del Ponto, no veía en el A. T. más que los Salmos que excitan a la compunción. Pues bien, leed a lo menos el Salterio. Después que, por el impulso debido a los Benedictinos, la liturgia ha vuelto a ser un elemento esencial de la piedad, ¿cómo podríamos prescindir de los Salmos que son como su armazón cotidiana? ¿Pensais que todos esos jóvenes que ya no se contentan con repetir sin comprender, esos hombres maduros o de edad que tal vez repasan sus vidas en la amargura de su corazón, no habrán de escuchar con avidez la explicación de esos cánticos que tantas religiosas recitan a diario, sin, por desgracia, saber bien lo que quieren decir? Hay muchas congregaciones, por lo menos entre las dominicanas, que ya no se contentan, para mantener su caridad en la vida activa, con recitar el Oficio Parvo, sino que aprenden el latín, y piden como gracia el poder recitar el Oficio eclesiástico, que en su mayor parte está integrado por el Salterio. El Salterio está lleno de los relatos de beneficios hechos por Dios a su pueblo de Israel, casi siempre pagados por éste con ingratitudes; y las buenas religiosas convierten sin ningún esfuerzo esas antiguas historias en motivos de devoción para elevar sus almas a Dios. Apenas hay necesidad de forzar nada el texto, cuando ellas siguen en el camino que conduce al templo al buen Galileo que aspira a acercarse más y más a

Dios, sintiéndose más próximo a El cuando hace alto en el «valle de lágrimas». Es en el Salterio, donde bajo la inspiración divina, ha revelado el israelita fiel ese secreto de inmortalidad que angustiaba a todo el paganismo. Ciertamente, el que ha comenzado a amar a Dios vivirá en El eternamente, porque no quiere separarse jamás de un Dios demasiado bueno para rechazarlo (Ps. LXXIII, 23-26):

Estaré yo siempre contigo;
Tú cogiste mi mano derecha
Y con tu consejo me guiaste,
Y luego me llevarás a la gloria.
¿A quién si no a Tí tengo en los cielos?
Y sin Tí nada me es grato en la tierra.
Mi carne y mi corazón desfallecen:
Roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre.

No pretendo resumir en pocas líneas las innumerables bellezas espirituales que podrían servir de lectura y de meditación durante todo un año. Únicamente diré que los fieles de nuestros días, más ilustrados que los de Hipona, podrían encontrar en estas lecturas un precioso alimento espiritual. Lo único que necesitan es un S. Agustín que se lo sepa mostrar.

Sin embargo, yo no quiero exagerar. Si un joven, o una joven, demasiado ocupados, no pueden consagrar a la lectura espiritual más que un tiempo muy limitado, yo les aconsejaría que lo emplearan en la Imitación de Cristo, mejor que en la lectura del Levítico, donde Moisés describe tan minuciosamente las vestiduras sagradas y numerosos ritos que hoy día ya no se practican.

¡Cuántos directores de almas no han encontrado frecuentemente personas muy piadosas, que después de haber pasado por numerosas pruebas, se sienten un día tocadas en lo vivo, y os dicen tristemente: «¡Yo no comprendo los designios de Dios!», o también: «¡Yo no puedo comprender la Bondad de Dios!»

Al oírlas casi os sentís movidos a acusarlas de blasfemia. Pero hojead el Libro de Job, y poned en sus manos ese poema sublime. Allí verán esas almas a los ancianos que representan la sabiduría de Theima, ciencia estrecha y superficial que interpreta todo sufrimiento como castigo. Ellas escucharán a Job, mientras rae sus úlceras sentado sobre el mular, irguiéndose, se diría, contra Dios, para proclamar su inocencia. Y Dios le excusa, porque ha mostrado una fe inquebrantable en su justicia. AHÍ se ve claro cómo el sufrimiento tiene, en los designios de Dios, otra finalidad distinta que la de castigar.

Y paso por alto esa poesía incomparable—hoy se diría esa poesía pura—que pone en escena monstruos misteriosos, como Behemoth y Leviatán, que penetra en las regiones del cielo meridional y evoca las Pleiadas y el Orion refulgente. ¡Haced excavaciones, admirables investigadores que nos reveláis la antigüedad, y si encontráis en las tabletas antiguas esta inteligencia atormentada de los designios de Dios, os agradeceremos que nos lo deis a conocer!

Y ¿qué es esta doctrina, rodeada todavía de sombras, sino una tentativa audaz, para arrancar su secreto a Dios? Este secreto es la Cruz de Jesucristo. Job, es cierto, no ha podido decirnos más sobre el misterio del dolor. Pero él preparaba las almas y hacía presentir la respuesta.

Volveremos a repetirlo: todo el mérito del Antiguo Testamento consiste en preparar el Evangelio. Cuando la Iglesia nos habla del argumento de las profecías, que prueba la divinidad de la Religión cristiana, es decir, la divinidad de Jesucristo, alude en primer lugar a las profecías enunciadas por el Salvador mismo como el establecimiento de su reino sobre las ruinas del Templo, pero también a las del Antiguo Testamento que anunciaban a los judíos el Mesías que había de venir.

Pero al llegar aquí, parece como si escuchara a muchos promotores de círculos de estudios y de obras de enseñanza, multiplicadas por su celo: «Este viejo exégeta debe sin embargo saber que este argumento es muy complicado, que exige grandes y extensos conocimientos, y el manejo de textos casi todos discutidos, a los que se niega el valor probativo. ¿Cómo, pues, lanzar en medio de este laberinto a aquellos que no han pasado toda su vida en investigaciones imposibles para la inmensa mayoría de los hombres, enredados en sus ocupaciones de cada día?»

Todo eso es verdad. Pero no lo es menos que la Sagrada Escritura, lo mismo que las palabras de Jesús, se dirige a los sencillos. Renunciemos, pues, a una argumentación, que exigiría los recursos de la filología y de la historia. Pero echemos una mirada de conjunto sobre el Antiguo Testamento, sobre lo que ella anuncia del Mesías, y veamos si todo eso no coincide plenamente con lo que es Jesucristo, en una armonía admirable y persuasiva.

En síntesis, todo se desarrolla alrededor de cuatro temas.

Los profetas han anunciado que Dios mismo vendría a traernos la salvación. Escuchemos a Isaías:

Is. 63, 15.—Mira desde el cielo y contempla

Desde tu morada santa y gloriosa:

¿Dónde está tu celo y tu poder,

- La conmoción de tus entrañas y tu piedad?
 ¡Ah, no seas insensible!
- 16.— Porque tú eres nuestro Padre,
 Abraham no nos conoce,
 E Israel nos ignora.
 Tú, Jahvé, eres nuestro Padre;
 Nuestro Redentor es tu nombre por siempre.
- 17.—¿Por qué, Jahvé, nos dejas apartarnos de tus caminos,
 Y endurecerse nuestros corazones contra tu temor?
 Vuélvete, por amor de tus siervos,
 Tribus de tu heredad;
- 18.—¿Por qué han entrado los impíos en tu templo;
 Hollado nuestros enemigos tu santuario?
- 19.—¡Parece que desde hace tiempo dejamos de tenerte por jefe,
 Y de estar consagrados a tu nombre!...
 ¡Oh, si rasgaras los cielos y descendieras!...

No se mostrará Dios insensible a este grito de angustia, descenderá; pero será bajo la forma de hombre, nacido en la Tribu de Judá, de la casa de David.

*He aquí la Virgen embarazada dando a luz un hijo, a quien pondrá por nombre *Enmanuel* (Dios con nosotros):

- Is. 8, 5.—Porque un Hijo nos es nacido,
 Un Hijo nos es dado;
 Sobre sus hombros tiene la soberanía,
 Y se dirá su nombre:
 Consejero maravilloso,
 Dios fuerte,
 Padre secular
 Príncipe de la paz.
- 9, 1.—En Galilea, en el país de Neftalí y de Zabulón
 El pueblo que andaba en tinieblas
 Vió una gran luz;
 Sobre los que moraban en tierra de sombras
 Una luz brilló...
- 40, 9.—Sube sobre un alto monte,
 Tú que a Sión llevas la buena nueva;
 Levanta fuerte tu voz,
 Tú que a Jerusalén llevas la buena nueva.
- 10.—He aquí al Señor Jahvé que viene con fortaleza,
 Todo se lo somete su brazo...
- 11.—Como pastor apacentará su rebaño,

Con su brazo lo reunirá
Llevará los corderos en su seno;
Con suavidad pastoreará las paridas.

Este predicador, tan dulce, está llamado, sin embargo, a reinar sobre todos los pueblos. (Daniel, VII, 9): «Miraba yo fijamente hasta que fueron colocados tronos y se sentó un anciano. Blanco como la nieve era su vestido...; su trono era de llamas de fuego... Un río de fuego corría saliendo de él; mil millares le servían y una miríada de miríadas estaban de pie ante él... Miraba yo en las visiones de la noche y he aquí que sobre las nubes venía como un Hijo del hombre; llegó hasta el anciano e hiciéronle acercarse a él. Y le fué dado señorío, gloria y reino; todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su señorío es señorío eterno, que no será transitorio y su reino jamás será destruido».

Esta era la idea acariciada por todos los judíos. Tal era el Mesías que ellos esperaban. Un vencedor, reinando sobre todas las naciones, la piedra angular del Reino de Dios. Pero también estaba predicho que esa piedra angular había de ser piedra de tropiezo. El Salmista lo deploraba ya de antemano: «La piedra, rechazada por los que edificaban, se convirtió en piedra de tropiezo» (Ps. 118, 22), o de escándalo.

Lo que los judíos habían juzgado intolerable, eran los sufrimientos y la muerte ignominiosa del Mesías. Pero también eso estaba vaticinado.

Is. 53, 10.—Fué Jahvé quien quiso triturarle por el dolor.

Si ofreció su vida en sacrificio por el pecado,
Verá una posteridad, que multiplicará sus días.
En sus manos prosperará la obra de Jahvé.

11.—Después de la pena de su alma verá,

Se saciará de conocer;
Justo, hará justicia a las muchedumbres,
Porque con sus iniquidades cargará.

¿Cómo conciliar la infamia con la Gloria? ¿Cómo reconocer al Mesías de Israel en este miserable, más semejante a un leproso que a un rey, y un rey al cual todos los reyes han de rendir homenaje? Sin embargo esto no era razón suficiente para que el Targum entretejiere en este texto tan claro un perpetuo contrasentido, pronunciando «honor», allí donde estaba escrito «infamia».

Nadie podría resolver este enigma. Imaginad cuatro líneas de las que no se pudiera decir si son convergentes o paralelas, y que tal vez se habrán de encontrar allá a lo lejos. Si se os dice que se hubiera podido escribir la vida de Jesús, solamente con ayuda de las profecías, no deis cré-

dito a esta exageración. Pero la imposibilidad humana de trazar esta figura es precisamente la prueba de que Dios nos la ha mostrado realizada en Jesús de Nazaret. Las líneas se han ido a confundir en el infinito.

Es un hecho que Jesús ha sufrido y que ha muerto sobre la Cruz. Las críticas más fantásticas no pueden negarlo, y si M. Couchoud pide la palabra en vuestras reuniones, decidle que esto es cosa juzgada en el tribunal de los siglos.

Es un hecho que Cristo reina, y si todavía no todas las naciones lo reconocen por Señor, sin embargo, son cada día más numerosos, en todas las naciones, los corazones fieles que le adoran como Dios, considerando su Cruz como un trono de Gloria. La profecía divina es aquélla cuyos rasgos son plenamente realizados por el porvenir.

He aquí una manera sencillísima y decisiva de abordar el argumento sacado de las profecías del A. T. Por aquí se ve cómo todo él está orientado hacia N. S. Jesucristo.

Pero si el A. T. es eterno por su valor figurativo, no lo es menos por su valor propio, porque hubiera sido imposible preparar los espíritus a la revelación perfecta, e inclinar las almas hacia la salvación en Jesucristo, sin enunciar una doctrina ya muy excelente por sí misma. El sol brilla más en el mediodía, pero también la aurora tiene su encanto, el encanto de la primera luz que precede al día.

De este modo la lectura del Antiguo Testamento será una hermosa luz para vuestras almas. Tendréis, sin duda, necesidad, aún mayor que para el Evangelio, de ser iniciados por maestros, que os ayuden a franquear los escollos, porque los hay. Pero, si no debéis abordar por vos otros mismos el estudio de la Sagrada Escritura, sin embargo no debéis privaros de los grandes beneficios de este Libro Sagrado que ya desde los Padres Antiguos la Iglesia considera como un mensaje enviado por Dios... *para ser leído.*

FR. M. J. LAGRANGE, O. P

Convento de S. Máximo. Marsella.

La guerra nacional española ante la Moral y el Derecho

II

El acatamiento a los poderes constituidos. Actitud y doctrina de la Iglesia.

«La Iglesia, custodio de la más cierta y alta noción de la soberanía política, puesto que la hace derivar de Dios, origen y fundamento de toda autoridad, jamás deja de inculcar el acatamiento y obediencia debidos al poder constituido, aun en los días en que sus depositarios y representantes abusen del mismo en contra de Ella... Con aquella lealtad, pues, que corresponde a un cristiano, los católicos españoles acatarán el poder civil en la forma con que de hecho exista, y, dentro de la legalidad constituida, practicarán todos los derechos y deberes del buen ciudadano» (Declaración colectiva del Episcopado Español, 20 de diciembre de 1931).

Para no alargarme en citas de muchas Encíclicas y documentos pontificios, pongo aquí estas líneas del Episcopado Español, que perfectamente sintetizan la doctrina de la Iglesia en cuestión tan importante. Con la mente y el corazón sostenemos esta doctrina—como cualquiera otra que proceda de esta fuente de verdad indefectible—, y vamos a demostrar que en manera alguna se opone a lo que dejamos consignado en este escrito ni es una condenación implícita de nuestro movimiento nacional, como alguno creer pudiera. Para ello estableceremos una serie de proposiciones, que contengan la doctrina de la Iglesia en este particular, según la mente de Sto. Tomás y de los teólogos más conspicuos, aunque evitando citas, en gracia a la brevedad. Estas proposiciones nos manifestarán la razón de ser de este acatamiento y a qué nos obliga. Otra serie de proposiciones nos mostrará después en qué nos deja libertad para obrar.

1.^a *La Iglesia y los cristianos, en cuanto tales, no han de defenderse por la fuerza de las armas.*

Esta es la conducta que ha seguido siempre la Iglesia Católica, fiel a las enseñanzas y a los ejemplos de su Divino Fundador. Había dicho Cristo: «Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuese mi reino, mis ministros ciertamente pelearían para que no fuere entregado a los judíos; pero ahora mi reino no es de aquí» (Joan. 18, 36). Por eso mandó a Pedro volver su espada a la vaina cuando trató de defenderle (Joan. 18, 11), y, como manso cordero, se dejó conducir hasta la cruz. Y a sus discípulos los envía «como ovejas en medio de lobos» (Mat. 10, 16), y solamente les recomienda: «Si os persiguen en una ciudad, huid a otra» (ib. 23). Mas nunca les advierte que sean leones para los lobos, o se defiendan cuando los maltraten y calumnien, sino más bien les aconseja «no resistir al mal; antes bien, si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale la otra» (Mat. 5, 39). Esta conducta ha seguido siempre la Iglesia ante la furia de los tiranos y perseguidores, como se ve claramente desde los primeros siglos del cristianismo, y de ese modo asegura su triunfo contra todos los poderes de este mundo por virtud de la palabra divina y la promesa de su perpetuidad.

2.^a *La Iglesia no se mete a declarar la legitimidad o ilegitimidad de un poder constituido y, por tanto, su actitud no puede ser otra que la de acatamiento y obediencia al poder, como quiera que sea.*

No se mete la Iglesia a declarar la legitimidad o ilegitimidad de ningún poder, no porque no tenga autoridad para ello, como advierte el insigne Vitoria, sino por evitar males mayores, que se seguirían de que tratase de intervenir en cuestiones políticas, que tanto apasionan a los hombres. Así obra prudentísimamente, dejando que se resuelvan humanamente las cuestiones que son meramente humanas, manteniéndose a la altura de su misión divina, por encima de todos los Estados, de todos los poderes y de todas las formas que puedan adoptar en el transcurso de los tiempos. En virtud de esto, la actitud de la Iglesia ante cualquier poder constituido no puede ser otra que la de acatamiento y obediencia, como si en verdad fuera legítimo, aunque en realidad no lo sea, puesto que ella no se entromete a dirimir la cuestión. Así obró Cristo también ante sus jueces, y mandó dar al César lo que es del César, sin fallar la cuestión que los judíos le proponían sobre la legitimidad del tributo al Emperador romano. Y en toda la Historia de la Iglesia aparece claro este proceder, no queriendo fallar en cuestiones humanas y dejando a los

hombres que por sí mismos resuelvan los asuntos políticos de Gobierno y de Estado.

3.^a *Los poderes políticos, aunque hayan usurpado el poder injustamente, deben ser obedecidos en todo lo que manden justamente, mientras de hecho tengan ellos el mando.*

A primera vista pudiera parecer extraña esta afirmación y, sin embargo, nada más cierto en la doctrina católica. El poder ilegítimo, el que injustamente ha usurpado la autoridad, ningún derecho tiene a ser obedecido, pues no se puede concebir que un hecho intrínsecamente injusto sea fuente y principio de derechos. Por este lado, el poder ilegítimamente constituido ni merece acatamiento ni obediencia. Pero la sociedad civil no puede en manera alguna subsistir sin un órgano de la autoridad que la gobierne, la unifique y la dirija a sus fines. De donde proviene, como postulado de la existencia de la sociedad misma, como exigencia del bien común, para evitar la anarquía y la disgregación social, ser preciso el acatamiento de la autoridad existente, como quiera que sea, mientras ese órgano de la autoridad no sea debidamente sustituido por el órgano que legítimamente pueda desempeñar esa función divina. Y, con el acatamiento a todo el que la desempeña, ha de ir la obediencia a las leyes o disposiciones que sean intrínsecamente justas—aunque injustas por razón de su origen—, porque ese es otro postulado del bien común, y la sociedad misma, orgánicamente considerada—no por la sanción implícita de la multitud, que carece de toda autoridad en cuanto tal—, suple ese defecto de origen y confiere a la ley un verdadero valor obligatorio. En la concepción orgánica de la sociedad, con la función propia de la autoridad en su órgano correspondiente, esta tesis, admitida por los teólogos católicos, tiene perfecta explicación, porque la autoridad, que proviene de Dios, se comunica orgánicamente a la sociedad con su órgano respectivo y, de este modo, aunque el órgano sea defectuoso por razón del origen, la sociedad misma de un modo vital suple ese defecto ejerciendo la función de gobernar en la forma que puede y por el órgano que tiene de hecho. En los otros sistemas del origen de la autoridad, no vemos explicación posible de esta tesis; porque no hemos de pensar que Dios confiera inmediatamente la autoridad a quien injustamente se ha posesionado de ella—en cuyo caso quedaría legitimado todo poder por el hecho de haberlo arrebatado, aunque fuera injustamente—; ni tampoco se puede admitir que el pueblo—según los partidarios de la transmisión de poderes—haya transmitido la autoridad a un poder ilegítimo que él no ha aceptado ni aún virtualmente, porque de haberlo aceptado, ya quedaría con

eso legitimado. Mas, como quiera que sea, la tesis propuesta, que en el sistema tomista se puede demostrar con todo el rigor filosófico, es igualmente admitida por los seguidores de otros sistemas, aunque acaso con menos vigor de raciocinio.

4.^a *Aun las leyes injustas deben ser obedecidas, con tal que no manden alguna cosa ilícita, si de no obedecerlas se seguirían males mayores para la sociedad o para el individuo.*

Esta conclusión será fácil probarla después de lo dicho anteriormente. El criterio supremo que ha de regular la actuación de cualquier miembro de la sociedad en sus funciones sociales, dentro de lo lícito, ha de ser el bien común. Por lo tanto, si de la desobediencia a la ley injusta se han de seguir a la sociedad males mayores que los que su obediencia lleva consigo, es preciso obedecer, sacrificando nuestro propio interés en aras del bien común, que todos estamos obligados a procurar. Y esto no es porque la ley injusta contenga en sí valor obligatorio de ningún género, sino por la obligación de procurar el bien común, que atañe a todos los miembros de la sociedad, lo cual lleva consigo la obligación de evitar a la sociedad cualquier mal que de nuestra actuación se le pudiera seguir.

5.^a *La defensa de la Patria por medio de las armas contra el tirano, bien sea tirano por su origen o bien por el modo de gobernar, no es lícita mientras haya esperanza fundada de poder defenderla por medios pacíficos y legales, a no ser que hubiera peligro en la demora.*

También esta proposición se prueba con facilidad por lo anteriormente expuesto. La guerra es un mal formidable y fuente de males irreparables, mucho más cuando se trata de una guerra intestina entre los miembros de una misma nación. Basta abrir los ojos para ver lo que ocurre en nuestra amada Patria y cerciorarnos de esta verdad. En consecuencia de esto, si se pueden evitar a la Patria tantos males, defendiéndola de la tiranía por otros medios menos violentos, será preciso intentar estos medios antes de recurrir a las armas. El bien común ha de ser siempre la norma suprema de nuestra conducta social, y ese bien común exige que se procure el bien de la Patria, evitándole todo mal en cuanto sea posible. De este modo, si hay esperanza fundada de arrojar al tirano del poder mediante unas elecciones, o hacerle que desista de su tiranía por la oposición política a sus tiránicos intentos, de ningún modo será lícito el recurso de la fuerza armada. Mas hemos añadido «a no ser que haya peligro en la demora», porque puede ser tal la tiranía, que toda espera sea peligrosa, ya que el tirano la aprovechará para aumentar su fuerza y debili-

tar a los que aún pretenden defender a la Patria; y en ese caso urge que se adopte cualquier medio conducente a la liberación de la misma, antes de que el mal ya no tenga remedio.

6.^a *Tampoco es lícita la defensa armada contra el tirano cuando la tiranía no sea muy violenta y los males que de ella provienen son menores que los que se calcula han de provenir de la defensa armada.*

El inmortal Vitoria establece este principio para toda guerra, y Santo Tomás lo propone para el caso de la tiranía. La razón de esto es evidente. Entre dos males que no se pueden evitar, la prudencia manda que se elija el mal menor para evitar el mayor, como los moralistas declaran. Sólo tenemos que advertir que no se han de calcular los males en un orden meramente material, porque hay males de orden espiritual que superan incomparablemente a todos los males materiales imaginables, lo mismo que los bienes a que se oponen. Estos bienes espirituales pueden ser no sólo de un orden divino, como la religión o la virtud, sino de un orden meramente humano, como la Patria, la familia, la civilización, el honor y otros varios que se pudieran enumerar. Por defender y conservar tales bienes, de valor inmarcesible, con razón se pueden sacrificar cualesquier intereses de orden material, afrontando generosamente todos los males y todos los peligros de inferior categoría. Los bienes imponderables son los que más pesan en la balanza del hombre civilizado. Sólo el burdo y degradante materialismo puede desconocer su cuantía y valor inestimables.

En estas seis proposiciones creemos dejar resumido todo cuanto la Iglesia nos prescribe en su disposición de acatamiento y obediencia a los poderes constituidos, según la interpretación de sus mejores teólogos. Vamos ahora a establecer otra serie de proposiciones, negativas por decirlo así, esto es, manifestativas de lo que no se opone a la doctrina del acatamiento contenida en las proposiciones precedentes, aunque pudiera haber alguna apariencia de oposición.

1.^a *Aunque la Iglesia y los cristianos en cuanto tales, no se defiendan por las armas, bien pueden los pueblos cristianos defender a la Iglesia cuando la ven injustamente oprimida, bien sea en sí misma o bien en un país determinado, como pueden también defender cualquiera otra causa justa, en cuanto hombres y en cuanto ciudadanos.*

De todo ello tenemos hechos históricos en abundancia, de los cuales se pudiera hacer una larga disertación. La misma Iglesia, en ocasiones, exhortaba a los príncipes cristianos para venir en su defensa. Recordemos solamente a S. Pío V en la batalla de Lepanto. Y Pío IX ha con-

denado la doctrina de *la no intervención*, inventada precisamente por los enemigos de la Iglesia para impedir que los pueblos cristianos acudiesen en su defensa cuando injustamente se vió despojada y oprimida. Ese mismo principio de *no intervención* invocan hoy con la mayor falsía los enemigos de la causa nacional española, que son los mismos enmascarados enemigos de la religión y de la Iglesia. Y si una nación extraña puede intervenir para defender la causa de los cristianos en otra nación distinta, como sostiene el inmortal Vitoria y en otro lugar dejamos consagrado, con mayor motivo podrá defenderse la propia nación contra los enemigos internos o externos que traten de arrancarle su propia religión o le impidan el libre ejercicio de ella. La religión cristiana es el bien más grande que posee la humanidad, pues nos asegura los bienes eternos, y el libre ejercicio de ella es un derecho divino y humano al mismo tiempo. Y si es lícita una guerra para defender intereses materiales o un derecho temporal conculcado, con más razón lo será para defender los bienes eternos y los derechos que tienen su raigambre en lo divino. Y no se diga que ningún poder humano puede arrancarnos la religión del santuario de la conciencia, ni puede, por tanto, privarnos de esos bienes eternos a que aspiramos; antes bien, dejándonos morir a manos del tirano, los conseguimos más pronto y en mayor abundancia. Esto sólo tiene aplicación a los cristianos en cuanto tales y considerados individualmente, mas no puede aplicarse a una sociedad, que será bien pronto descristianizada si se persigue a la religión y se prohíbe su enseñanza, se asesina a sus ministros y se destruyen sus templos. Si el cristianismo triunfó de la tiranía pagana con la sangre de sus mártires, fué un milagro estupendo de la omnipotencia divina, necesario al principio de la Iglesia y que se podrá repetir siempre que sea preciso; mas nunca hemos de dejar de poner los medios que están a nuestro alcance, esperando el milagro, que Dios podrá hacer o no hacer según los designios de su sabiduría infinita, porque eso sería tentar a Dios. Aquí no se trata de defender la religión individualmente, sino social y colectivamente, y esto es no sólo un derecho, sino un deber sagrado, lo mismo contra los enemigos exteriores que contra los enemigos interiores, aunque estén constituídos en poder.

2.^a *La Iglesia no intenta declarar legítimo al poder constituido sólo por el hecho de estar en posesión de la autoridad y, consiguientemente, permanecerá ilegítimo el que injustamente lo haya usurpado, y el acatamiento y obediencia que de hecho se le rinda serán sólo en función del bien común.*

Sería un absurdo tan grande pensar que la Iglesia pretendía declarar

legítimo a todo poder constituido, aunque injustamente hubiera usurpado la autoridad, que no se podría sostener tal posición sin hacer una injuria gravísima a la Iglesia. Eso equivaldría a tener a la Iglesia por patrocinadora de injusticias y sostenedora de la licitud de todos los hechos consumados. De donde se sigue que tampoco la Iglesia puede reconocer ningún derecho real al poder injustamente constituido, aun cuando prescriba su acatamiento, porque no se concibe que de un hecho esencialmente injusto provengan derechos para quien lo ha perpetrado. Y más claramente se verá esto si llevamos la cuestión al caso práctico. En España tenemos dos poderes constituidos, que luchan entre sí por la posesión de la porción de territorio que no les está sometido. Si todo poder constituido fuera justo, ambos Gobiernos serían igualmente legítimos y la guerra sería justa por ambas partes, lo que es absolutamente inconcebible. Luego el hecho de estar en posesión del poder, en manera alguna puede producir su legitimidad. Y si alguno quisiera llevar hasta el extremo la doctrina del acatamiento, tendría que aplicarla aquí por igual a ambos Gobiernos, pues uno y otro están legalmente constituidos; y así, los que están bajo el Gobierno Nacional, por acatamiento y obediencia a él, tendrían obligación de ir a la guerra contra los del bando contrario; y los que están en el territorio dominado por el Frente Popular, tendrían la misma obligación de combatir contra nosotros por acatamiento y obediencia a su Gobierno. Tan ridícula es esta posición que no merece más comentarios. No. Lo que la Iglesia prescribe acerca del acatamiento al poder constituido, de ningún modo puede ser un reconocimiento de su legitimidad; y prueba de ello es que la Iglesia jamás prohíbe los partidos políticos contrarios al régimen existente. El acatamiento y obediencia al poder constituido se deben solamente considerar en función del bien común, pues el poder ilegítimo en su origen, ilegítimo permanece mientras la nación no lo reconozca expresa o tácitamente, y ningún derecho tiene a ser obedecido y acatado, como se ha visto en las proposiciones de la serie anterior. Ese es el verdadero sentido de la doctrina de la Iglesia, puesto que ella no manda cosas ridículas y absurdas. Cuando el acatamiento y obediencia al poder ilegítimamente constituido sean atentatorias al bien común, ya no pueden subsistir, ni lícitamente se pueden practicar ese acatamiento y obediencia, como sucede en España con el Gobierno del Frente Popular.

3.^a *La Iglesia, al prescribir el acatamiento al poder constituido, no intenta derogar ningún derecho de los ciudadanos, y mucho menos cuando esos derechos constituyen al mismo tiempo un deber.*

Es tan evidente esta proposición que apenas necesita demostración alguna. Todo derecho legítimo, ya se considere al hombre en cuanto hombre o en cuanto miembro de la sociedad, proviene, al menos remotamente, de la ley natural, que Dios ha impreso en la entraña misma de la humana naturaleza. Es imposible que Dios, por una ley positiva, venga a derogar lo que por ley natural ha establecido, porque sería contradecirse a sí mismo. Y si no deroga la ley natural, tampoco deroga ninguno de los derechos que de ella se derivan mediata o inmediatamente. Aun el consejo evangélico que se da a los cristianos de volver la otra mejilla, etcétera, no es una derogación del derecho de legítima defensa, pues, como enseña Sto. Tomás, a parte de ser un consejo y no un precepto, ni aun como consejo obliga sino *in praeparatione animi*, conviene a saber, que el espíritu ha de estar dispuesto a practicarlo cuando de ello se haya de seguir algún mayor bien espiritual, porque en ese caso la misma razón nos dicta que hemos de sacrificar los bienes materiales por los bienes espirituales; mas de ningún modo se ha de poner por obra tal consejo cuando de ello se hubieran de seguir males aun en el orden espiritual. Pues si Dios mismo no deroga ni anula derecho alguno del hombre o del ciudadano por su ley positiva, absurdo sería decir que la Iglesia, representante de Dios en la tierra en el orden sobrenatural, que deriva sus leyes de la misma ley divina, bien sea natural o bien positiva, pueda intentar siquiera la abolición de ningún derecho humano o social del hombre. Tal suposición sería hacer una injuria gravísima a la Iglesia, lo mismo que en el caso precedente. Y como quiera que algunos derechos son deberes al mismo tiempo y todo deber de alguna manera proviene de Dios, el pensar siquiera que la Iglesia pueda oponerse al más insignificante de nuestros deberes, sería como una blasfemia, pues equivaldría a declararla traidora a la misión que Dios le ha confiado sobre la tierra.

4.^a *La defensa armada contra el tirano, bien sea tirano por la usurpación o bien por el régimen, no se opone a la doctrina del acatamiento, cumpliéndose las condiciones establecidas en las proposiciones de la primera serie.*

De dos premisas ya establecidas anteriormente, se desprende esta conclusión. Es la primera lo que se ha dicho del derecho que la nación tiene a defenderse contra el tirano que injustamente ha usurpado su autoridad, o despóticamente la gobierna conduciéndola a la ruina. Derecho que, en ciertas ocasiones, pasa a ser deber sacratísimo, como sucede siempre que se trata de la independencia de la Patria, o de la conservación de sus más caras instituciones, cuales son la religión, la familia, la propiedad. Un

derecho semejante es de tal naturaleza que nadie puede renunciar a él, como se puede renunciar a ciertos derechos particulares. Y la otra premisa se halla contenida en la proposición anterior, pues bien probado queda que la Iglesia no deroga ningún legítimo derecho de los ciudadanos.

Mas puede pensar alguno: Si de este modo es lícita la defensa armada contra el tirano, ¿a qué queda reducido ese acatamiento que se nos inculca? ¿No es esto la negación más flagrante de todo acatamiento y de toda obediencia? De ninguna manera. En el momento que la nación, después de cumplir las condiciones debidas, comprende llegado el momento de tomar las armas contra el tirano y a ello se decide, constituyendo un nuevo poder que la defiende de la tiranía y la salve en el peligro, bien podemos afirmar que ya el anterior no es poder constituido, aunque todavía domine por la fuerza alguna parte de la nación, porque la nación, virtualmente ya le ha desposeído y se encuentra en el mismo caso que en el acto de usurpar el poder cuando no se halla todavía en plena posesión del mismo. La resistencia, en este último caso, a nadie se le ocurre decir que sea ilícita, porque el poder no está aún constituido; y en el otro caso, esto es, cuando la nación ha empezado ya a desposeerle, por lo menos con la decisión de arrojarle de sí como tiránico e injusto, ya no se halla tampoco en plena posesión del mismo y cesa toda obligación de acatamiento. No se olvide que esta obligación nace, no del derecho que el poder ilegítimo tenga a ser obedecido y acatado, sino de que así lo reclama el bien común. Y en el momento que la nación, cumplidas todas las condiciones, se decide a arrojar al tirano aun por la fuerza, ya el mismo bien común impone como obligación el que se le niegue todo apoyo, toda obediencia y todo acatamiento, porque él en cuanto tal ningún derecho tenía.

Queda, pues, demostrado que la defensa armada contra el tirano, en las debidas condiciones, en nada se opone al acatamiento que la Iglesia prescribe. La Iglesia Católica no es alcahueta de tiranos ni fautora de injusticias, aunque siempre reverente con quien desempeña la función divina del poder.

5.^a *El pueblo español ha cumplido fielmente la doctrina del acatamiento y obediencia, como cumple ahora su deber en la defensa de la religión y de la Patria, habiendo observado todas las condiciones que se requieren para la licitud del levantamiento.*

Desde el advenimiento de la República, el pueblo español que padecía la más horrible de las tiranías por parte de un Gobierno usurpador y despótico, viendo conculcados sus derechos más legítimos, debeladas sus

instituciones más santas, escarnecidos sus sentimientos más profundos, aguantó y sufrió con la mansedumbre de un cordero, cual conviene a un pueblo sinceramente cristiano. He ahí el verdadero acatamiento al poder constituido. Y le acató obedeciendo a todas las leyes justas que de él emanaban; y le acató y obedeció en muchas leyes injustísimas y vejatorias, como la referente a las Congregaciones religiosas, por evitar males mayores y no incurrir en la nota de rebeldía; y aun cooperó con el Gobierno tiránico e ilegítimo, para atenuar la tiranía y no verse en la precisión de dar una violenta sacudida. A este fin, el pueblo español intentó todos los medios pacíficos y legales, intensificando la propaganda, siempre que le fué permitido—pues en muchas ocasiones era atropellado este derecho—, y aun exponiéndose a la muerte algunos de sus campeones; acudiendo a las urnas electorales, aunque sabía que el sufragio era vilmente pervertido por la astucia o la violencia; oponiéndose valientemente en las Cámaras legislativas a las leyes injustas de la tiranía imperante, aunque sus reclamaciones y argumentos contundentes en pro del derecho y de la justicia eran totalmente desatendidos; reclamando, en fin, el poder que por derecho consuetudinario del régimen constitucional y parlamentario le pertenecía, por ser la fracción más numerosa de la Cámara legislativa. Y esta actitud mantuvo el pueblo español durante cinco largos años, sufriendo y sufriendo, mientras algún rayo de luz pudiera traerle una tenue esperanza de triunfo por medios pacíficos y legales. Mas llegó el momento en que el mansísimo cordero cristiano tenía que ceder su puesto al clásico león español, si no queríamos ver a la madre Patria perecer entre las garras del oso soviético. Las fuerzas marxistas se armaban y preparaban para la lucha, amparadas por el Gobierno masonico del Frente Popular. Para un día muy próximo estaba determinada la revolución comunista con todos sus horrores. Un momento más y ya la salvación de España sería imposible. Pero «lo cortés no quita lo valiente», como dice nuestro refrán castellano. Y el pueblo español que dió clarísimo ejemplo de acatamiento y obediencia al poder constituido durante esos cinco penosísimos años, se apresta a la defensa armada cuando ya con las armas se le combate y no es posible otro medio de defensa.

Mas todavía nos falta por examinar la última de las condiciones que se requieren para la licitud de esta guerra. Los males enormes que ella trae consigo ¿pueden ser compensados por los bienes que fundadamente esperamos nos ha de reportar el triunfo? Indudablemente que sí. Y no sólo compensados, sino que los bienes que esperamos exceden sin comparación a todos los males que nos acarrea la guerra. En el orden material y económico, el Gobierno del Frente Popular conducía la nación a la rui-

na, y aunque la guerra ocasione cuantiosísimas pérdidas y gastos, hay la esperanza de que un Gobierno moralizador y austero haga prosperar la economía de la nación con un rápido resurgimiento. Mas esto es lo de menos. Los bienes principales que aquí entran en juego son de un orden muy superior. La integridad, libertad e independencia de la Patria, su honor y su civilización, su religión y su moral, sus instituciones, sus artes y sus ciencias tradicionales, son los verdaderos bienes que en esta guerra se defienden y por los cuales es lícito y santo y obligatorio sacrificar vidas y haciendas. ¡Ojalá que este ideal de verdadera grandeza brille siempre ante los ojos de los nuevos gobernantes para que no se malogre el triunfo que amorosamente el Señor nos concede ni se malgasten tamaños sacrificios! Bien persuadidos estamos de que Dios tiene señalados, en su amorosa y misericordiosa providencia, fines gloriosos a la nueva España, como los tuvo la España de nuestros antepasados; mas es preciso hacernos dignos, porque nuestra infidelidad, con una prematura decadencia, acarrearía sobre nosotros más tremendos castigos. Miremos a Dios, manantial inagotable de todo bien, y todo lo demás se nos dará por añadidura.

APENDICE

Sobre el catolicismo del Gobierno Nacional.

Hemos demostrado anteriormente que el Gobierno Nacional es católico, fundándonos principalmente en lo que él representa—la antítesis del Frente Popular—, en los partidos políticos que se asocian a él en esta grande obra—todos, en una forma o en otra, de glorioso abolengo nacional y, consiguientemente, católico—y en sus actos de gobierno en sentido francamente cristiano. Mas es preciso insistir sobre esta afirmación concreta, porque los del bando contrario, diestros en la calumnia y falsificación de los hechos, se esfuerzan por presentar nuestro movimiento como fascista o simplemente militarista. ¿Qué extraño es que se obstinen en llamarnos a todos fascistas, cuando en años anteriores no cesaban de resellar con ese remoquete a los militantes de Acción Popular, a pesar de las reiteradas declaraciones antifascistas de su Jefe y de toda la actuación antifascista de este partido político? Mas esa insistencia en presentarnos como fascistas, puede torcer la opinión de los que de lejos consideran nuestro movimiento nacional, y de ahí proviene la necesidad de insistir sobre este punto.

La mejor manera de poner de manifiesto el carácter nacional y católico de este movimiento, sobre lo que hemos dicho, será copiar aquí algunos trozos de discursos y declaraciones de los principales Jefes del movimiento; y esto nos dará motivo también para explicar algunas frases

de los mismos que pudieran prestarse a torcidas interpretaciones, las cuales emplean nuestros enemigos como ariete formidable para torcer en contra nuestra la opinión del mundo católico.

En primer lugar, que este movimiento no es fascista ni militarista, lo ha declarado abiertamente el mismo Jefe del Estado, Generalísimo Franco. He aquí sus palabras: «La composición de las fuerzas que figuran en el campo nacional permite afirmar que no se trata de un movimiento que se le pueda llamar fascista exclusivamente. Si nos fijamos en los principios programáticos y en las declaraciones repetidas de las grandes milicias que figuran al lado del Ejército, se puede afirmar que se trata de masas de ideología nacional... Todo esto no quiere decir que no haya fascistas, *individualmente consideradas las convicciones*... Tampoco hay derecho a calificarnos de militaristas. No es el Ejército el que lucha solo... Toda nuestra Nación está en armas y espontáneamente se ha movilizizado toda la población civil, sin distinción de clases, sexos y edades...» (*La Gaceta Regional*, de Salamanca, n.º 5.016).

Desmentidos rotundamente estos dos conceptos de fascismo y militarismo y afirmado por contraposición el carácter nacional del movimiento, oigamos nuevamente al Caudillo en la alocución pronunciada en la emisora Radio Nacional con motivo de su inauguración, que es tal vez donde mas clara y terminantemente nos declara su pensamiento; pensamiento que no es suyo, sino de toda la nación que a su lado y bajo su mando — fuerte y suave al mismo tiempo, como impulsado por la verdadera caridad cristiana — ha emprendido y sostiene esta cruzada heroica contra los enemigos de Dios y de la Patria. Sólo transcribiremos algunos párrafos que más directamente atañen a nuestro propósito, en los cuales plenamente y a toda luz se declara el carácter nacional del movimiento, los motivos de nuestra contienda y el sentimiento religioso que la informa. Habla el Caudillo.

«Este es un movimiento nacional, el despertar de un pueblo que se desconocía a sí mismo y se sentía extraño y desplazado... Por la paz y el bienestar del campo; por la mejora, racional y justa, de las clases obrera y media; por la libertad de conciencia y el respeto a la Religión y a las tradiciones; por la tranquilidad y el bienestar de los hogares; por nuestra civilización amenazada y por el prestigio de nuestra bandera; por la independencia de nuestra Patria; por una España nueva, por una España libre y por una España grande, luchan hoy nuestros soldados contra la invasión rusocomunista... Esta es nuestra ejecutoria: el amor a la Patria, la honradez, el amor al pueblo, *un sentimiento católico profundo* y una fe ciega en los destinos de España. En el orden religioso, a la persecución

enconada de los marxistas y comunistas a cuanto representase la existencia de una espiritualidad, de una fe o de un culto, *oponemos nosotros el sentimiento de una España católica, con sus santos y con sus mártires, con sus instituciones seculares, con su justicia social y con su caridad cristiana...* Esta es la España que saluda al mundo, honrada con el reconocimiento de aquellos países que saben de la amenaza del comunismo y comprenden la santidad de nuestra cruzada para la defensa de la civilización. La España que agradece caballeramente la espiritual asistencia de otros pueblos que, sin exteriorización oficial, *lloran como suyas las profanaciones de nuestros templos* y el martirio que las hordas sanguinarias hacen sufrir a nuestros connacionales. La España que comulga en devoción íntima con su Jefe» (*A B C*, de Sevilla, n.º 10.496).

Tal es el pensamiento de «ese ilustre Caudillo de la España caballesca, que resume la hidalguía, el valor, el saber, la austeridad y la verdadera democracia cristiana». (Palabras del almirante Cervera, jefe del Estado Mayor de la Marina nacional) Como único comentario y compendio de nuestros anhelos, este mismo católico jefe de nuestra Marina, almirante Cervera, nos dirá en dos palabras lo que defendemos. «Defendemos, dice, el honor y la vida de España grande, una y libre, y con ella las raigambres de nuestra Historia y la *Sacrosanta y hermosa Religión de Cristo*». (*La Gaceta Regional*, de Salamanca, núm. 5.002).

Ante estas declaraciones solemnes y paladinas ¿podrá haber quien dude de que el Gobierno Nacional es católico, como lo son las personas investidas de esta altísima función y el auténtico pueblo español con quien se hallan perfectamente compenetradas? Individualmente podrá haber en nuestro bando quienes no profesen la religión católica; mas colectivamente católico es este movimiento nacional, católico el espíritu que le alienta y católicos quienes le dirigen y representan. Y aun individualmente, los que sin participar de esa convicción y sentimiento cristianos están a nuestro lado, con nosotros comulgan en el amor a España, a la España verdadera, que es la España católica de nuestros antepasados, regenerada y rejuvenecida con este bautismo de sangre; y ese amor a España no puede menos de producir en ellos profundo sentimiento de respeto, de veneración y hasta de amor a la religión cristiana, que es como el espíritu de nuestra alma española y el blasón de todas nuestras grandezas ancestrales. En esto se distinguen de los que están del lado contrario, que no saben nada de amor, sino de odio: odio a la madre Patria y odio a todo cuanto ella representa. Dios es Amor y quien de El se aparta no sabe más que odiar, mientras que el amor verdadero nace de Dios y es camino que lleva a Dios.

Pudiera algún escrupuloso poner reparo todavía a la frase del Caudillo cuando dice que luchamos por «la libertad de conciencia y el respeto a la Religión». Mas es preciso reconocer que bien poco alcance visual posee quien no comprenda lo que esa frase en este caso significa. Es que en España, desde el advenimiento de la República, la persecución religiosa se había desencadenado, a pesar de las protestas falaces de los jerifaltes del Frente Popular. Para los católicos españoles, que forman la mayoría de la nación, no existía esa libertad de conciencia, ni su religión era respetada, sino vejada y oprimida; y esa libertad y ese respeto es lo que exigimos virilmente, como declara nuestro Caudillo, por tratarse de un derecho inconcuso e inalienable.

Otras palabras del Generalísimo Franco merecen un breve comentario, pues de ellas han abusado los que pretenden convencer al mundo de que nuestro movimiento no es la expresión del alma nacional, vigorosamente cristiana, sino un levantamiento partidista con un contenido más o menos político. Son las del discurso pronunciado en Burgos con motivo de su elevación a la jefatura del Estado. Dicen así:

«El Estado, sin ser confesional, concordará con la Iglesia Católica, respetando la tradición nacional y el sentimiento religioso de la inmensa mayoría de los españoles...» (*A B C*, de Sevilla, núm. 10.403).

Ingenuamente confesamos que esa frase: «sin ser confesional», a no pocos ha escandalizado, bien sea por malicia o bien por ignorancia. Analicémosla un momento y veremos que no hay motivo para escándalo, como no sea farisaico. Las palabras *confesional* y *aconfesional* pueden tomarse y de hecho se toman, en muy diversos sentidos. Tres grados principales de confesionalidad religiosa podemos señalar en esta gama para cualquier institución u organismo social. En el grado supremo de confesionalidad están todas aquellas instituciones que tienen como objeto principal algún fin religioso, y éstas, tratándose de instituciones católicas, han de estar plenamente sometidas a la jurisdicción eclesiástica. El íntimo grado de esta gama lo constituye la *aconfesionalidad* absoluta, es decir, la negación de toda idea religiosa, el ateísmo oficial de una institución cualquiera, el *laicismo*, como se dice, en el cual se prescinde socialmente hasta de la idea de Dios, relegando la religión al secreto de la conciencia o, cuando menos, al templo y al hogar. Entre estos extremos, hay otro grado intermedio, que es el que conviene a las instituciones que tienen su fin propio específicamente distinto del fin religioso, las cuales no prescinden de Dios ni de la idea religiosa, antes la aceptan para conformar sus actos a lo que la religión y la moral prescriben, sin que su fin propio y los medios para conseguirlo sean absorbidos por la religión ni

sometidos, en cuanto tales, a la jurisdicción eclesiástica; así como tampoco las instituciones de que tratamos han de inmiscuirse en asuntos religiosos ni arrogarse autoridad sobre tales asuntos, como sucede en Inglaterra con su religión del Estado. Las instituciones de este género tienen una confesionalidad relativa, según su propia naturaleza, y pueden decirse *confesionales*, como también pueden decirse *no confesionales*. Son confesionales con respecto a las del ínfimo grado, que carecen de toda confesionalidad; y no son confesionales con respecto a las del grado supremo, que tienen por fin principal algún bien religioso. Y también pueden decirse no confesionales con respecto a aquellas que, teniendo su fin propio específicamente distinto del fin religioso, admiten, sin embargo, la promiscuación de fines, con la intromisión de autoridades ajenas a ellos, bien sea que la autoridad religiosa se sobreponga y hasta cierto punto absorba a la civil, o bien suceda lo contrario, como en el citado caso de Inglaterra.

Ahora bien, al decir el Jefe del Estado Español que el Estado no será confesional («sin ser confesional»), ¿habla de una aconfesionalidad absoluta, que prescinda de la idea de Dios y de la religión católica, que es la «de la inmensa mayoría de los españoles»? Sería tan absurdo atribuirle este sentido que no se concibe quien de buena fe pueda admitir semejante interpretación. Al reconocer a la Iglesia Católica para concordar con ella, al sentirse representante de un pueblo católico en su inmensa mayoría, declara ya solemnemente su confesionalidad, esta confesionalidad relativa de que hemos hablado. Y esto mismo se comprueba por los otros testimonios aducidos y, más que nada, por sus hechos de gobierno. Lo que con esa expresión nos ha querido decir nuestro Caudillo es que el Estado no será confesional, porque los dos poderes, civil y religioso, se mantendrán dentro de sus límites propios, sin intromisiones absurdas en el ajeno campo. El Estado no se inmiscuirá en asuntos puramente religiosos, ni tratará de mermar los derechos de la Iglesia y de su Jerarquía, absorbiendo poderes que no le competen; y por eso añade que «concordará con la Iglesia Católica» los derechos respectivos en las materias mixtas. Esto se contrapone a lo que sucedía en España en tiempo de la Monarquía, donde, a pretexto de que el Estado era católico—aunque con los hechos no lo fuera en muchísimas ocasiones—, se arrogaba el derecho de intervención en el nombramiento de cargos eclesiásticos y en otras muchas cosas que sólo a la Iglesia pertenecen. Eso no lo hará el nuevo Estado Español.

Y para que más claramente se vea que ese es el sentido de la frase que comentamos, basta advertir la que se sigue a las palabras ya citadas.

Después de reconocer el derecho de la Iglesia Católica, la tradición nacional y el sentimiento religioso de la inmensa mayoría de los españoles, añade: «sin que ello signifique intromisión ni reste libertad para la dirección de las funciones específicas del Estado». Es decir, que la Iglesia no restará al Estado ni un átomo de su soberanía, ni el Estado se atribuirá funciones eclesiásticas. No otra cosa pueden significar aquí las palabras de que el Estado no será confesional, por contraposición a ciertos Estados que, a pretexto de ser confesionales, sólo buscan la servidumbre de la Iglesia y el mangoneo de las cosas eclesiásticas. Ningún católico quiere un Estado confesional en la forma que lo eran muchos Gobiernos de la Monarquía. Sin temor a falsear el pensamiento del Jefe del Estado español, pudiéramos traducir sus palabras por estas otras: «El Estado reconocerá los derechos de la Iglesia Católica, otorgándole plena libertad en asuntos de su exclusiva incumbencia y concordando con ella en materias de jurisdicción mixta, respetando la tradición nacional y el sentimiento religioso de la inmensa mayoría de los españoles; sin que ello signifique intromisión ni reste libertad para la dirección de las funciones específicas del Estado».

¿Es esto ser o no ser el Estado confesional? Ya hemos visto que las dos cosas se pueden decir. Es ser confesional en cuanto que con ello se excluye el ateísmo político del Estado republicano que hemos padecido en los años precedentes; y es no ser confesional en cuanto se opone a la confesionalidad del régimen proteccionista imperante en España durante los últimos siglos, que en la práctica no venía a ser más que un medio disimulado de mantener a la Iglesia en sumisión y dependencia del Estado. Este sistema proteccionista no puede ser el ideal de ningún católico. Lo que nosotros queremos, como católicos y como españoles, es que cada uno de los poderes, civil y eclesiástico, tenga perfecta libertad e independencia en la prosecución de sus fines y en el desempeño de sus propias funciones, concordando amistosamente en fórmulas precisas aquellos asuntos en que pueda haber colisión de derechos por ser de jurisdicción mixta. Y esta libertad mutuamente reconocida y religiosamente respetada, conducirá a una mutua cordialidad y compenetración espiritual—no expresada en fórmulas huera, cuyo contenido real es muchas veces de recelo, prevención, desconfianza y empeño en someter al otro poder que se conceptúa contrario—; y de ahí surgirá la mutua ayuda, el mutuo apoyo que espiritual e indirectamente se presten la Iglesia y el Estado para el florecimiento de la Religión y de la Patria, sin pretender el uno de los poderes encaramarse sobre el otro y crecer a expensas del otro, antes bien, reconociendo que el engrandecimiento del uno ayuda poderosamente

te al engrandecimiento del otro, porque no tienen fines antitéticos que estén en razón inversa, sino más bien en razón directa, compenetrados en unos mismos sujetos. La Iglesia, al formar perfectos cristianos, forma también perfectos ciudadanos, que sabrán siempre cumplir sus deberes para con la Patria y elevarla a la altura que le corresponde. Y el Estado, laborando por el bien temporal de la Patria misma, contribuye indirectamente al florecimiento de la Religión que en esa Patria se profesa; y de un modo más directo, reprimiendo el vicio, la inmoralidad, la propaganda impía y disolvente, con leyes justas y prudentes, prepara el terreno para que la semilla religiosa arraigue y produzca frutos exquisitos.

No quiero terminar este modesto trabajo sin estampar aquí unas palabras de uno de los principales jefes y promotores de nuestro movimiento nacional. En su discurso del 28 de Enero de 1937, titulado *Quiénes somos y a donde vamos*, pronunciado en la emisora de Radio Nacional, don Emilio Mola, Capitán General del Ejército del Norte, se expresa en los siguientes términos, precisos y contundentes.

«Somos católicos, pero respetamos las creencias religiosas de los que no lo son; entendemos que la Iglesia debe quedar separada del Estado, porque así conviene a aquélla y a éste, pero entendemos también que esta separación no indica divorcio, sino *forma externa de un estrecho maridaje espiritual*. **España, a Dios gracias, no ha dejado ni puede dejar de ser católica,,.** Y antes de terminar su discurso, añade: «Organizaremos escuelas donde los maestros enseñen a amar a Dios y a la Patria» (*La Gaceta Regional*, de Salamanca, n.º 4.997).

He aquí nuestro catolicismo rotundamente afirmado por voz autorizada. He aquí el «maridaje espiritual» de que hablábamos hace un momento. He aquí al Estado ayudando a la Iglesia y a la Iglesia ayudando al Estado con la creación de escuelas «donde los maestros enseñen a amar a Dios y a la Patria».

¿Habrá acaso quien ponga reparos por lo que se dice de que «la Iglesia debe quedar separada del Estado»? Bien puede ser que, haciendo caso omiso de lo que se sigue, alguno se obstine en decir que esa *separación* no es conforme a la doctrina católica. ¡Lo que tiene el dar a las palabras un valor desmesurado, prescindiendo de su real contenido! Nunca mejor pudiéramos decir con el Apóstol que «la letra mata, mientras el espíritu vivifica» ¿Qué es, en efecto, esa *separación* en la «forma externa», con «estrecho maridaje espiritual», más que el deslinde necesario de las atribuciones y funciones de ambos poderes, sin el confusionismo y servidumbre del régimen proteccionista, para provecho de entrambos, entre los cuales ha de reinar la más perfecta armonía? Para la felicidad de un ma-

rimonio y la prosperidad de la familia, es preciso que haya *separación* de funciones y reconocimiento de mutuos derechos, con el cumplimiento exacto de los deberes de cada consorte, sin entrometerse el uno en lo que es exclusivo del otro, unificados ambos por una misma corriente vital de amor, de fidelidad, de anhelos mutuos de bienandanza. La separación, que es divorcio, es la ruina y la muerte de la sociedad doméstica; mas la separación de que hablamos es el índice de su engrandecimiento. Otro tanto sucede con la Iglesia y el Estado para el engrandecimiento de la sociedad civil.

Es verdad que la palabra separación suele tomarse en el sentido de apartamiento, de alejamiento, de «divorcio», perfecto o imperfecto; y en esa acepción ni se aplica ni puede aplicarse al caso presente. Los fines de la Iglesia y del Estado son perfectamente armónicos. El fin del Estado es procurar a los hombres la felicidad imperfecta de esta vida, que no puede alcanzarse sino dentro de un orden de moral y de derecho, por el cumplimiento estricto del deber y la práctica de la virtud. El fin de la Iglesia es conducir a esos mismos hombres a la felicidad perfecta de la vida futura, mediante la práctica también de la virtud, elevada a un orden sobrenatural en la sociedad cristiana y fomentada por los medios sobrenaturales de que la Iglesia dispone. De ahí nace ese «estrecho matrimonio», esa compenetración espiritual entre los dos poderes, para el engrandecimiento de ambas sociedades y en provecho de sus miembros, que son unos mismos como ciudadanos y como católicos, y no podrán arribar a la Patria futura sin conducirse como buenos ciudadanos en la Patria que aquí tenemos.

Tal vez no se ha inventado todavía una fórmula exacta que declare, por un lado, la separación o deslinde de derechos y funciones que ha de haber entre la Iglesia y el Estado, y, por otro, la perfecta unión o matrimonio espiritual entre ambos poderes cuando se trata de una sociedad cristiana. A título de ensayo, no con carácter definitivo, nos atrevemos a presentar una fórmula tripartita que pueda expresar adecuadamente el pensamiento que bulle en la mente de todos. Es como sigue:

Libertad e independencia de la Iglesia y del Estado en la prosecución de sus fines respectivos y en el ejercicio de sus funciones propias; concordia jurídicamente prestablecida en las materias de jurisdicción mixta; y compenetración espiritual, con mutua ayuda y amistosa colaboración para el bien integral de los ciudadanos, en cuanto ambos poderes informan un mismo organismo social.

Parécenos que esta fórmula expresa con bastante exactitud el contenido ideológico de la filosofía cristiana en lo tocante a las relaciones en-

tre la Iglesia y el Estado, y también el pensamiento de los principales jefes de nuestro movimiento nacional, como punto programático del nuevo Estado. Y no tocamos en esa fórmula la cuestión de la superioridad de la Iglesia por razón de su fin, porque prácticamente no es necesario establecer esa superioridad si las relaciones mutuas entre ambos poderes se regulan con arreglo a la fórmula propuesta, y el hablar de superioridad de la Iglesia pudiera sembrar desconfianza haciendo pensar que se trataba de mermar al Estado su libertad e independencia, induciéndole con ese motivo a tomar la revancha o mantenerse en actitud de defensa, lo cual rompería la cordialidad y verdadera unión espiritual que ambicionamos.

Que Dios bendiga nuestro movimiento; que la sangre de nuestros mártires fecundice nuestro suelo; que el heroísmo de nuestros soldados arranque las espinas envenenadas de nuestro campo; que el espíritu de nuestros jefes levante sobre escombros el edificio de la España una, grande, libre y católica; que el esfuerzo de todos por el cumplimiento del deber nos regenere individual y colectivamente; que la oración unánime y ferviente arranque de nuestros pechos y florezca en nuestros labios y embalsame nuestro ambiente, desterrando el lenguaje procaz y atrayéndonos una lluvia de gracias celestiales; que la caridad cristiana nos estreche con sus lazos suavísimos, buscando nuestras más puras satisfacciones en procurar el bien de nuestros semejantes; y así llegaremos a la meta de nuestros ideales y cosecharemos en abundancia lo que hoy sembramos con dolor y sacrificio.

FR. IGNACIO G. MENENDEZ-REIGADA, O. P.

La reorganización de la sociedad actual per la economía dirigida y la organización corporativa

Realidad consoladora.

Después de haber expuesto las razones que tenemos para vivir en inquietud, esperarán mis lectores que les indique las que existen para confiar a pesar de todo.

No podemos menos de sentir una gran satisfacción ante una realidad altamente significativa.

Apenas han transcurrido cuatro años desde la promulgación de la Encíclica «Quadragesimo Anno», y ya los acontecimientos se han encargado de confirmar brillantemente las enseñanzas del Sumo Pontífice sobre tres cuestiones, íntimamente relacionadas entre sí, que voy a abordar en el presente estudio: la economía dirigida, la organización corporativa y las colaboraciones internacionales en el orden económico y social.

Sin duda, ninguna de estas tres reformas ha dado todavía resultados decisivos. Las dos primeras, es cierto, han sido ya incorporadas a muchas legislaciones, pero éstas son aún demasiado recientes para que sea posible dar un juicio decisivo sobre su eficacia. El Jefe del Gobierno italiano daba a entender esto mismo cuando decía en su discurso de apertura de la primera reunión de las veintidos corporaciones italianas:

«Es todavía prematuro hablar de los desarrollos que puede tener la organización corporativa en Italia y en otros países desde el punto de vista de la creación y distribución de bienes. Estamos en el punto de partida, no en el de llegada».

Sin embargo, no es menos cierto que todos los gobiernos se ven abo-

cados al mismo dilema: o bien presenciar el triunfo de un programa socialista de nacionalización de la mayor parte de las empresas industriales y financieras; o recurrir a una combinación de economía dirigida y de organización corporativa: la economía dirigida orientando la acción corporativa y la organización corporativa, sosteniendo la economía dirigida. Todo ello coronado por alianzas internacionales, indispensables por la interdependencia más evidente cada vez de los fenómenos económicos y sociales.

La Economía dirigida.

¿Qué hay que entender por economía dirigida?

Tanto la palabra como su contenido suscitan vivas desconfianzas en muchos medios. Unos ven en ella una intromisión intolerable de los gobiernos en los negocios privados, y un peligroso desconocimiento de las leyes económicas naturales. Otros se la figuran como un robustecimiento alarmante de los monopolios financieros e industriales.

En un folleto titulado «La Economía dirigida», el nuevo doctor del socialismo belga, M. De Man, afirma que el mantenimiento de la libre concurrencia actual sobre el mercado de trabajo es incompatible con una economía dirigida que sea realmente capaz de remediar la presente crisis. Y añade, que ninguna perspectiva de mejoras durables es posible, sin la transformación radical del régimen capitalista de la propiedad.

Llamado a precisar cómo él concibe la transformación del régimen actual de la propiedad, el mismo M. de Man responde que hay que contentarse con la nacionalización de las industrias básicas, por ejemplo, del alumbrado, los transportes, el carbón, y sobre todo del crédito, porque éste es el alimento de todas las demás industrias. Todas las demás empresas permanecen en lo que el autor denomina sector de la propiedad privada. El preconiza, además, un sistema de carteles nacionales e internacionales, que tengan por fin el estudio de las posibilidades de consumo, a fin de poder contingentar eficazmente la producción y repartirla más fácilmente según las necesidades de cada uno. Estamos, pues, lejos, como se ve, del marxismo de ayer, que no admitía discusión sobre la necesidad de «colectivizar» todos los medios de producción.

La doctrina tradicional de los católicos sociales se ha esforzado siempre, como todos saben, en buscar la solución en la coexistencia de la libertad de las empresas y el respeto de las iniciativas privadas con una coordinación y un control metódico que emanase del Estado, guardián

y defensor de ese bien común que es patrimonio lo mismo de los pequeños que de los grandes.

No conozco mejor definición de la economía dirigida que la que se dió en la Semana Social de Francia, celebrada en Lila en 1932:

«Bajo el nombre de economía dirigida se afirma una concepción que, mal comprendida nos llevaría al socialismo del Estado; pero que, si se inspira en las enseñanzas pontificias, disciplinaría la libertad sin destruirla. La función esencial del Estado consiste, no en empuñar por sí mismo las palancas de mando de la Economía, sino en disponer los estatutos legales de la institución corporativa. El Estado orientaría de este modo el mundo económico hacia las resoluciones corporativas, que dan su plena y exacta medida a la acción de los mismos interesados, y no hacia las soluciones dictatoriales. Todas las intervenciones en que el servicio del bien común reclama el poder público serían así preparadas por la colaboración efectiva de los individuos, de las corporaciones, de las regiones y del poder central».

Esta definición refleja exactamente la doctrina de la «Cuadragésimo Anno»: «La libre concurrencia, mantenida dentro de justos límites, es cosa legítima y útil. Sin embargo no se la puede erigir en norma reguladora de la vida económica. Los hechos lo han probado sobradamente, después que se han puesto en práctica los postulados de un individualismo nefasto. Es, pues, absolutamente necesario colocar la vida económica bajo la ley de un principio directivo, justo y eficaz. La dictadura económica, que ha sucedido hoy día a la libre concurrencia, no podría, seguramente, llenar esta función; y tanto menos lo puede, cuanto que inmoderada y violenta por su propia naturaleza, para ser útil a los hombres, tiene necesidad de un freno enérgico y de una dirección prudente, que no encuentra dentro de sí misma».

Y un poco más arriba, después de haber insistido sobre la necesidad de abandonar a las agrupaciones profesionales todo aquello que cae dentro de su jurisdicción y de su competencia, el Papa define la misión del Estado en el dominio económico y social con una fórmula lapidaria: «Dirigir, vigilar, estimular, contener, según lo aconsejen las circunstancias y lo exija la necesidad».

Pero esta dirección necesaria de la vida económica, no puede consistir únicamente en la difusión de los principios de justicia y de caridad sociales que deben presidir la actividad de los particulares y de los poderes públicos.

Tener principios y ajustar a ellos la conducta, son, por desgracia, co-

sas muy distintas, sobre todo en las transacciones económicas y financieras. Por esta razón, su Santidad Pío XI escribe que la eficacia de los principios no será real, si no llega hasta «la creación de un orden jurídico y social que informe de algún modo toda la vida económica».

Se trata, pues, de cristalizar, si así se puede decir, los principios de la justicia y de la caridad cristianas en instituciones jurídicas y económicas, unas de orden nacional y otras de orden internacional.

En la hora que vivimos, sería verdaderamente difícil sostener que el Papa ha predicado en desierto. En casi todos los países industriales podemos notar la elaboración paralela de un sistema de economía dirigida y de un régimen de organización profesional.

Ciertamente, que la delicada clasificación de un máximo de libertad individual con un mínimo de intervención de los poderes públicos difiere grandemente de un país a otro. En unas partes sucede que las agrupaciones profesionales son, en cierto modo, verdaderos organismos del Estado, dirigidos por una administración central que puede y debe consultar a especialistas interesados, pero que no está obligada a conformarse a su parecer. En otras, las decisiones de las organizaciones corporativas carecen de sanciones eficaces, pues el Estado no las hace obligatorias. Pero todos los sistemas están dominados por una gran idea general, y es: que ya no es admisible que una medida propuesta por la mayor parte de los representantes de una profesión haya de permanecer indefinidamente en estado de voto o de proyecto, a causa del egoísmo o de la ceguera de una minoría que rehusa dar su asentimiento.

En el último informe anual de la sociedad industrial y financiera más poderosa de Bélgica leemos estas sugestivas líneas: «No es posible, en las actuales condiciones, seguir trabajando de una manera dispersa, atendiendo cada uno exclusivamente a su interés particular, sin preocuparse de su vecino. Es indispensable la colaboración razonada de todas las energías, con un espíritu amplio y generoso, para reconstituir una economía que acontecimientos, tanto nacionales como internacionales, han terminado por descentrar peligrosamente» (1).

Siempre es más prudente hablar con preferencia de aquello que se conoce mejor. Por esta razón me voy a permitir citar, a manera de ejemplo, los proyectos de ley belgas relativos a la economía dirigida y a la organización corporativa.

En Bélgica vivimos en un régimen que, ciertamente, no carece de originalidad. Las Cámaras votan los presupuestos sin renunciar a su dere-

(1) *Compte rendu de l' Assemblée gén. de la Soc. Gén. de Belgique*, 1934, p. 2.

cho de rehusar la confianza al Gobierno. Entretanto, lo mismo entre nosotros que en casi todos los países, la prolongación de la crisis obliga al poder ejecutivo a tomar a cada paso medidas urgentes, sin pasar por las formalidades, necesariamente lentas, del procedimiento normal.

Esta es la razón de que el Parlamento belga otorgue periódicamente al Gobierno poderes especiales, autorizándole a dar inmediatamente fuerza de ley a las decisiones tomadas en el Consejo de Ministros.

Entre estos anteproyectos hay uno que constituye una verdadera reglamentación de la producción, es decir, una aplicación práctica de la economía dirigida. Cosa curiosa, el autor ha expuesto los motivos que ha tenido para ello, preocupado visiblemente de no asustar a los industriales, que, en general, continúan siendo muy individualistas, y cuya labor es hoy día tan ardua. El autor parece excusarse de querer hacer economía dirigida. Pero las explicaciones que siguen a esta explicación tranquilizadora no son otra cosa que una justificación de la economía dirigida tal como la entienden los católicos sociales.

Juzguen mis lectores:

«Son precisamente las industrias que han instituido una organización fuerte y aceptado una disciplina libremente consentida, las que mejor han logrado tratar con los grupos de los países vecinos y defender su situación.

Los países extranjeros cuya actividad económica estaba dominada por la iniciativa individual, como los Estados Unidos, Checoslovaquia, Holanda, y aun la Gran Bretaña, han entrado ya, o se disponen a entrar resueltamente en el camino de la intervención gubernamental, para sancionar la organización profesional.

La organización profesional es libre en Bélgica. No existe ninguna institución oficial que agrupe los particulares ni las sociedades que ejercen una misma rama de industria o de comercio. Las agrupaciones se han constituido bajo el régimen de libertad de asociación consagrada por la Constitución... No puede por lo tanto haber cuestión de obligar a un industrial o comerciante a ingresar en una agrupación privada y someterse a su disciplina. Pero nada se opone, por otra parte, a que la ley confiera al Gobierno el poder de dictar, a petición de un organismo libre, representativo de una parte muy importante de los que se dedican a una rama de industria o de comercio, una reglamentación que se habrá de imponer a todas. Para dictar esta reglamentación, el Gobierno no debe dejarse guiar más que por el interés general».

Notad la distinción diplomáticamente sutil del texto de los autores del proyecto, cuidadosos de no herir las susceptibilidades patronales. Los in-

dustriales no estarán obligados a someterse a la disciplina de la agrupación; bastará con que se sometan a las decisiones reglamentarias que ella tome. Esto recuerda lo que decía un soldado muy valiente, pero un poco gruñón, a quien su jefe intimaba una nueva orden en la tarde de una jornada fatigosa: «Mi capitán, yo quiero obedecer, pero yo no quiero que se me mande».

Es interesante comparar los textos belgas con el del artículo 1.º del proyecto de ley depositado por M. Flandin en las Cámaras francesas:

«Cuando a consecuencia de circunstancias excepcionales, el conjunto de empresas de una rama de producción de interés para la economía nacional, se encuentra en una situación económica grave, los acuerdos tomados entre los interesados con el fin de remediarla, sea en el orden nacional, sea en el regional, pueden ser declarados obligatorios, con carácter temporal, para todos los miembros de la rama en cuestión».

La idea de la economía dirigida va siendo aceptada, bajo modalidades diversas en todos los grandes países industriales. Sería verdaderamente difícil calcular la importancia social de este hecho.

La organización corporativa.

Mis lectores habrán podido notar que el Gobierno belga, sin hacer obligatoria la afiliación a la organización corporativa, considera su existencia como una condición previa del funcionamiento normal de todo régimen de economía dirigida.

Se pueden reducir a dos grandes tipos los diversos ensayos profesionales o corporativos: uno el de los países en que el régimen dictatorial está más o menos acentuado, como Italia, Austria, Alemania y Portugal, y otro el de los que conservan el régimen parlamentario. Los representantes del primer tipo están convencidos de que una organización corporativa no podría funcionar seriamente sin una disciplina rigurosa que supone siempre un *mínimum* de dictadura. Otros, por el contrario, sostienen que el corporatismo no puede desarrollarse sino en un régimen de amplia libertad, libertad plenamente conciliable con el mantenimiento de un poder central, fuerte y respetado; pero limitado estrictamente al ejercicio de sus funciones naturales. En confirmación de su modo de ver nos indican la corporación tal como se la concibe en Francia, Holanda, Bélgica y Suiza. Pero es extraordinariamente interesante hacer notar que tanto los partidarios de uno como del otro de estos dos tipos de corporatismo coinciden en una impresionante adhesión a las normas directrices generales trazadas por la «*Quadragesimo Anno*».

En el Congreso católico, celebrado en Viena en Septiembre de 1933, el canciller Dollfus hizo la siguiente declaración:

«Nosotros tomaremos por fundamento de nuestra vida constitucional las formas y las bases tan admirablemente expuestas en la Encíclica «*Quadragesimo Anno*». Nosotros tenemos la ambición de ser el primer país en responder en la elaboración de su constitución política al llamamiento de esta Encíclica maravillosa».

Y no solamente en Austria, sino en todos los países industriales de Europa se rechaza cada vez más la teoría de la lucha de clases, porque es indefendible, aún no considerándola más que desde el punto de vista económico. Patronos y obreros tienen intereses distintos, y su situación respectiva es comparable a la de los propietarios e inquilinos. El interés personal de los primeros consiste en alquilar su inmueble a un precio elevado; el de los segundos en no pagar más que un moderado alquiler. Pero al fin terminan por hacerse concesiones mutuas, porque el propietario desea que su inmueble no permanezca vacío, y porque el inquilino tiene necesidad de alojarse en alguna parte. Uno y otro tienen un interés común que termina por acercarlos.

No otra cosa sucede en las empresas industriales. De no considerar más que su interés personal e inmediato, el patrón se sentiría tentado a buscar en la disminución de salarios una reducción de sus gastos de producción. Naturalmente, el obrero se opondrá a ello. Pero, por encima de sus intereses distintos, patronos y obreros tienen un interés común, que es el de la prosperidad de la profesión de que forman parte uno y otro. Mas esta prosperidad no puede resultar sino de su colaboración, porque esta colaboración cordial es indispensable para que el capital tenga una ganancia segura, y el trabajo una remuneración conveniente.

El Papa alega tres motivos principales que justifican la reorganización corporativa de las profesiones.

Es preciso despojar al Estado de numerosas atribuciones que le sobrecargan inútil y peligrosamente, y cuyo menor inconveniente no es tal vez la existencia de una burocracia excesiva y que lo invade todo.

Hay que recordar, además, que un cuerpo social vigoroso no puede ni siquiera concebirse sin órganos robustos. Esta es la razón por qué hay que volver a la doctrina tradicional de los católicos sociales sobre el deber que al Estado tiene de proteger y coordinar las iniciativas privadas, sin llegar a absorberlas.

Por último, la reorganización profesional es en la hora presente el medio más eficaz de establecer la paz social, condición preliminar indispensable para la prosperidad general.

Por lo tanto, debe de tenerse muy en cuenta que la organización profesional no sólo no lleva consigo la supresión de los sindicatos independientes de patronos y obreros, sino que, por el contrario, la presupone. La organización sindical constituye la infraestructura de la organización profesional. Sin ella, esta última no pasaría de ser un sindicato mixto de patronos y de obreros, y nada hay que más haya entorpecido el progreso de las organizaciones obreras cristianas que la obstinación de muchos católicos influyentes en querer organizar sindicatos mixtos. La solución era hermosa en teoría, pero prescindía por completo de la psicología obrera moderna.

Mientras que muchos industriales y sabios teólogos exponían largas y profundas teorías sobre el sindicalismo mixto, nuestros adversarios agrupaban activamente la mayor parte de los obreros, y nos ganaban una ventaja que todavía no hemos podido recobrar. Nosotros disputábamos. Ellos trabajaban.

Un proyecto belga de organización corporativa.

Ahora quisiera exponer sumariamente el proyecto de organización corporativa que los mandatarios de la Liga de Trabajadores cristianos de Bélgica han presentado a las cámaras legislativas.

Bélgica, donde abundan las leyes y las obras sociales, no es una tierra virgen en la cual sea posible hacer tabla rasa de todo lo que existe, para sustituirlo de golpe por nuevas instituciones. El buen sentido tradicional, que por todos se nos reconoce, nos impide el dejarnos fascinar por reformas que, siendo seductoras en teoría, hacen abstracción de las posibilidades del momento.

Lo que caracteriza en primer lugar la proposición de nuestros amigos, es que toma por punto de partida lo que ya existe, lo ya experimentado, es decir, primeramente los sindicatos de obreros y los sindicatos de patronos; en segundo lugar, las convenciones comectivas; y, en tercero, los comités paritarios, es decir, compuestos por igual número de delegados patronales y obreros. Nuestros amigos han querido ante todo perfeccionar y estabilizar estas tres instituciones, para atribuirles después una esfera de acción y poderes más amplios. En la misma proposición en que los resultados correspondan a las experiencias, podrá extenderse más y más la acción de los comités paritarios.

La segunda característica del proyecto consiste en que, por encima de los comités paritarios nacionales ya constituidos para cada grupo de industrias, establece comisiones regionales interprofesionales y, sobre

éstas, una comisión nacional de producción, encargada de organizar los intereses de las distintas profesiones y de ser el consejo asesor del Gobierno. De esta manera se hace resaltar netamente que, por encima de cada industria particular es necesario poner el interés de la industria belga en general.

El tercer rasgo característico del proyecto consiste en que, por el momento, no impone, como hacen otros proyectos, el establecimiento de una Cámara legislativa con base corporativa, lo que implicaría una revisión inmediata de la Constitución y exigiría un procedimiento largo y complicado.

No ignoramos que los primeros proyectos elaborados hace ya medio siglo por los grandes iniciadores, que fueron el Marqués de la Tour du Pin en Francia y el Barón de Vogelsang en Austria, comprenden la organización de un régimen representativo adecuado a la organización misma. Pero como una Cámara corporativa de verdadera influencia presupone la existencia de corporaciones fuertemente organizadas en el conjunto de la industria, nosotros opinamos que es preferible proceder por etapas.

El proyecto belga no prevé, pues, como la ley italiana, una verdadera magistratura del trabajo; ni tampoco instituye, como la Constitución portuguesa, una Cámara corporativa; ni como el proyecto luxemburgués, instaaura Cámaras profesionales distintas; entrando, sin embargo, en sus atribuciones todo aquello que tiene relación con la salvaguardia y defensa de los intereses profesionales.

Basta leer un párrafo de la exposición de motivos para darse cuenta de su plena conformidad con las normas directrices de la «*Quadragesimo Anno*».

•La organización de las profesiones, que constituye el objeto de la presente proposición de Ley, debe facilitar a todos los que ejercen una misma profesión, el estudio, el cuidado y la defensa de sus intereses profesionales comunes. Además debe prevenir, en la medida de lo posible y en caso de necesidad, suministrar los medios para resolver los conflictos que surjan en el seno de una misma profesión entre las distintas categorías de colaboradores. Añadamos una tercera misión: la de ayudar a la autoridad pública a cumplir sus deberes económicos, singularmente en lo que toca a la coordinación, estímulo y moderación de las actividades profesionales y en la protección de los trabajadores. El Gobierno de cada país tiene una función que llenar en la vida económica, pero debe evitar con cuidado toda tendencia al estatismo, a la centralización excesiva, a intervenciones exageradas o demasiado frecuentes. Debe además abstenerse de

promulgar leyes demasiado rígidas y que se adaptan mal a las diferentes industrias».

«En Bélgica, los comités paritarios constituídos por las grandes industrias, tienen por fin principal el de evitar la promulgación de leyes demasiado rígidas, y por lo mismo, poco aplicables».

En estos comités paritarios se han discutido primeramente los tipos de salarios, la duración de la jornada de trabajo y otras cuestiones de este género; pero bien pronto se han abordado las condiciones de funcionamiento de las empresas interesadas, porque la remuneración de los trabajadores y su situación en los distintos establecimientos depende estrechamente de la prosperidad de estos últimos.

«No es deseable, y por otra parte, es imposible, que los trabajadores permanezcan ajenos a todo lo que conviene a los intereses comunes de todos cuantos contribuyen a la actividad de las diferentes ramas de la industrias y del comercio. Evidentemente no se trata de hacer decidir en los parlamentos profesionales cuestiones en las cuales se requerirá siempre la intervención pronta, enérgica y soberana de la dirección de las empresas. Será necesario determinar, según los datos de la experiencia, cuáles son los asuntos que podrán someter con provecho a los organismos profesionales, y cuáles los que para nada requieren su intervención...

«Nosotros apreciamos toda la importancia de la disciplina y del orden que deben reinar en las empresas industriales y comerciales, y estimamos que los sindicatos faltarían a su deber si atentaran contra estos factores indispensables de la prosperidad económica. Pero el director que creyera poder asegurar el orden, la disciplina y la buena marcha de los negocios, sin consultar con sus colaboradores, sin respetar su dignidad, y sin detener su consentimiento expreso o tácito, se engañaría gravemente» (1).

Una dificultad.

Pero aquí se nos plantea una cuestión muy difícil.

Esta colaboración que presuponen los distintos proyectos de ley sobre la organización corporativa, ¿será más seguramente realizada el día en que, al régimen del salario, hayamos sustituido nosotros el contrato de sociedad, entrevisto por el Papa como la probable culminación de la evolución actual de ideas e instituciones sociales?

Nadie podría demostrar que con el régimen del salariado hayamos llegado al último estadio de una evolución. Sin embargo, no hay tampoco

(1) Exposición de motivos del proyecto belga.

indicios de que nos hallemos en la víspera de la desaparición del salariado, aun hoy en que la organización corporativa está en vías de mejorar considerablemente.

En los grandes países industriales de Europa y de América han pasado ya los tiempos en que el patrono imponía sus condiciones a sus futuros colaboradores, sin ocurrírsele siquiera consultarles. El dilema era aceptarlas o dejarlas. Pero la más sutil organización corporativa no sabría resolver la dificultad que parece habrá de retardar todavía largo tiempo la generalización del contrato de sociedad. Desde el punto de vista de la jerarquía de valores el trabajo intelectual y técnico prevalece ciertamente sobre la aportación de un capital en dinero, máquinas, inmuebles o en terreno. Sin la acción vivificadora del trabajo, esta aportación no pasaría de ser una materia inerte y casi siempre inutilizable. Por esta razón será incomprensible dentro de algunos años, que haya sido preciso tanto tiempo para reconocer a los delegados de los trabajadores intelectuales y manuales un derecho de participación en la discusión de las condiciones de trabajo, y aun en la gestión de las empresas. Pero es preciso no perder de vista otro aspecto del problema. Si la empresa fracasa, el socio capitalista pierde todo cuanto había puesto en ella, mientras que, fuera del tiempo de crisis, el ingeniero o el obrero especializado, poseedores de un capital inalienable, que es su capacidad profesional, podrán fácilmente encontrar trabajo en otra parte. Por esta razón, aquel que se expone a todos los riesgos, ¿podrá aceptar el verse en situación inferior respecto de aquellos que apenas corren ninguno? Por otra parte, los trabajadores ¿tendrán algún interés en formar parte de una administración en que ellos no pueden hacer prevalecer sus ideas, a no ser que sean aceptadas por los socios capitalistas?

El derecho común permite ciertamente a los trabajadores o a sus organizaciones, cuando éstas gozan de personalidad civil, adquirir acciones de la empresa a que pertenecen. Pero entonces sucede una de dos cosas: o bien ellos no tienen la mayoría de las acciones, y en este caso su influencia no puede ser preponderante; o, si la tienen, se exponen a todos los riesgos que lleva consigo la gestión de una empresa moderna. Estos riesgos, se comprende fácilmente, que no se muestren muy inclinados a correrlos los que sólo disponen de recursos muy modestos.

¿Es preciso concluir de aquí que no hay opción entre el mantenimiento del régimen del salariado y la explotación colectiva de los medios de producción? No, porque nunca se llegarán a refutar los argumentos de orden psicológico con que Sto. Tomás demuestra los inconvenientes de la propiedad colectiva. Los siglos hacen progresar la ciencia y la técnica,

pero no llegan a modificar las tendencias innatas de la naturaleza humana. Por estos motivos, yo creo que es preferible considerar en este momento la organización corporativa como una etapa hacia un régimen, teóricamente más perfecto sin duda que el del salariado, pero del que nadie podría trazar todavía un plan definitivo. Estamos actualmente, es ya vulgar repetirlo, en unos momentos casi trágicos de la historia económica de los pueblos. Por esto no es en realidad la ocasión de pisar demasiado el acelerador de nuestra máquina.

Peligros del sindicato neutro.

No quiero dejar de decir que en Bélgica nosotros somos irreductiblemente hostiles a cualquier tentativa de neutralismo de las organizaciones sindicales de obreros y de empleados. Consentir en dejarlas transformarse en instituciones neutras u oficiales, bajo el pretexto de asegurar mejor la unidad del movimiento obrero, sería quitarles su carácter esencialmente cristiano. Nosotros no queremos esto, ni aún cuando este neutralismo pudiera parecer menos peligroso por estar patrocinado por un Estado más o menos firmemente cristiano. En primer lugar, porque nuestros obreros no tienen necesidad de dejar de ser católicos para defender con toda independencia sus legítimas reivindicaciones. Segundo, porque nada impide, en circunstancias especiales, una acción paralela y simultánea con otras organizaciones sindicales, desde el momento que esté conforme con las instrucciones dadas por la Santa Sede. Tercero, porque una organización corporativa fuerte no excluye totalmente la libre elección del sindicato. Cuarto, porque una larga experiencia nos ha demostrado que las organizaciones neutras, aun cuando tengan el contrapeso de la afiliación a un círculo obrero católico, constituyen un peligro real desde el punto de vista religioso. En este campo, como en todos los demás, no ganamos nada y lo perdemos todo si nos apartamos de la tesis tradicional, que quiere que el Estado no intervenga en estos asuntos más de lo que sea necesario para suplir la insuficiencia de las iniciativas privadas.

Necesidad de una colaboración internacional.

Por numerosas y seguras que sean las ventajas que garantiza en cada país una fuerte organización corporativa, éstas no serán firmes y decisivas, sino en la medida que estén garantizadas por las organizaciones internacionales. Una organización semejante no presupone, sin embargo, la fusión total e imposible de las distintas economías nacionales en una

especie de economía general que las absorbiera todas. Solamente se trata de llegar a un equilibrio armónico entre las economías nacionales por una coordinación metódica de sus recursos y de su producción.

En la Semana Social de Francia, celebrada en Lila en 1932, bajo la presidencia del Cardenal Lienart, Monseñor Bruno de Solages y el padre Danset, S. J., han planteado claramente el problema.

Una organización como esa tropezará sin duda al principio con dificultades que, aunque reales, no por eso son insuperables. El equilibrio internacional armónico, que hemos de esforzarnos en realizar, ocasionará por una parte la desaparición progresiva de ciertas industrias y de ciertas «culturas» creadas artificialmente con miras políticas excesivamente nacionalistas. Por otra, será necesario mantener una red de diversas producciones para las industrias entorpecidas con relación a otras de países más favorecidos, pero cuyo sostenimiento lo exige el interés general de la nación.

¿Cómo realizar una colaboración tan complicada?, se preguntan los profesores de la Semana Social de Lila.

Primeramente por lo que se llama *economía informada*. Una oficina internacional de estadística, disponiendo de medios de investigación y de un control serio, suministraría a los industriales indicaciones utilísimas. Saber, por ejemplo, que en tal lugar, una fábrica, dotada de tal capacidad de producción, está a punto de ser construída, evitaría un juego de ocultación muy peligroso, en que cada uno, caminando a tientas, solamente procura hacer mejor y más que su vecino.

A la economía informada convendría añadir la *economía concertada*. Porque es muy conveniente que las inteligencias, ya numerosas, entre los industriales de una misma profesión se vayan encuadrando poco a poco en una organización general de la producción y del consumo internacional.

Pero la economía informada y la economía concertada, ¿deberán completarse por la *economía coordinada*, dando a esta palabra su sentido pleno, que implica un poder directivo?

«Esto parece casi inevitable, por dos razones. Primera, porque sería cosa extraña que la concertación de voluntades pudiera en este caso—privilegio de orden internacional, que sería único en su especie—prescindir de una autoridad directiva. Segunda, porque en muchos casos los productores son demasiado numerosos, para que se pueda esperar de ellos que se organicen espontáneamente. Ahora bien, la organización corporativa de los productores en el cuadro nacional es evidentemente el estadio preliminar indispensable para toda inteligencia internacional. Esta econo-

mía no podrá, pues, realizarse sin poner restricciones a la libertad. Lo que es verdadero en el cuadro de cada economía patronal lo será igualmente en el de la economía mundial».

¿Cuál habrá de ser este poder coordinado?

Por el momento no se ve otro que los comités financieros y económicos agregados a la Sociedad de Naciones, y algunos grandes «carteles» establecidos sobre bases sólidas.

Resulta interesante comparar con esta explicación de los católicos sociales de Francia la declaración del principal teorizante del socialismo actual, M. de Man.

•Para conseguir este fin, escribe, es preciso concretizar esta voluntad de solidaridad internacional, basada en una concurrencia sin fronteras, en la obra positiva de una unidad supranacional que, para ser real, implica una restricción de la soberanía de los Estados—se debería comenzar por el derecho ilimitado a los armamentos. Y esto significa, ciertamente, una especie de economía dirigida—bien que dirigida en el sentido de una mayor libertad a favor de la concurrencia comercial. ¿Utopía? Puede ser. Ya se verá. Pero si no llega a realizarse, esto no probará otra cosa, lo repetimos, que la incapacidad del régimen actual para realizar por sí mismo las condiciones que pueden hacerlo aceptable y viable».

Sólo nos resta esperar que los hombres de Estado y los industriales católicos no se dejen impresionar por todos aquéllos que pretenden que la economía mundial caracterizada por una especie de unión económica entre los principales países de Europa no es más que un bello sueño que es preciso dejar a los economistas de gabinete. Es tal la situación económica presente que nada hay más peligroso para nuestra organización social que oponerse sistemáticamente a aceptar toda tentativa de reformas enérgicas. Sería humillante para los católicos dejarse acorralar por un proceso verbal de carencia que constituiría una verdadera deserción ante el enemigo.

¿Es posible imaginar a los católicos, que poseen una doctrina social tan excelente, contentándose con observar la evolución de las ideas y de los hechos, como se mira correr el agua desde lo alto de un puente?

De nosotros dependerá que las reformas sociales, que todos los hombres clarividentes declaran necesarias, sean revolucionarias y anticristianas, o pacíficas y bienhechoras.

Conclusión.

Resumo y concluyo.

A causa de la interdependencia, cada día más estrecha, entre los fenó-

menos económicos y sociales, el problema social ha llegado a ser, en primer lugar, un problema europeo, y después mundial.

La seguridad de Europa no se concibe sin la paz social, y esta paz social implica necesariamente organizaciones nacionales y una organización internacional. En el interior de cada país presupone primeramente una colaboración leal, metódica y continua, entre los representantes del capital y sus colaboradores intelectuales y manuales. Es la organización corporativa.

En segundo lugar, postula una autoridad superior que no puede ser otra que el Estado, guardián del bien común, y encargado, no de entorpecer las iniciativas privadas, sino de coordinarlas en interés de todos. Esto es la economía dirigida, tal como he intentado explicarla.

A esta organización corporativa y a esta economía dirigida en el interior de cada país, es necesario superponer uniones e instituciones internacionales, que vayan progresivamente poniendo fin a la guerra económica actual; porque, ya lo he dicho, si esta guerra se prolonga todavía largo tiempo, ¿cómo evitar que degenera en un conflicto armado, al que Europa tal vez no podría sobrevivir?

Solamente los socialistas y los comunistas oponen a este problema un plan cuya peligrosa precisión es imposible de negar. En su conjunto, este plan es inconciliable con el programa católico. Por otra parte no se nos oponen más que quejas estériles o un anacrónico individualismo. En estas condiciones, nuestra elección no puede ser dudosa, pero ¡por Dios, que no sea diferida!

FR. G. C. RUTTEN, O. P.

Bruselas.

La exención de los religiosos

35. ASOCIACIONES DE FIELES EN GENERAL.—Hacen una obra digna de elogio los fieles que se inscriben en las asociaciones erigidas, o por lo menos recomendadas por la Iglesia (can. 684).

El por qué de esto lo señala el can. 685 cuando indica los fines que la Iglesia persigue al instituir tales asociaciones, cuales son: promover una vida cristiana más perfecta entre los socios, la práctica de obras de piedad o caridad, o, finalmente, el incremento del culto público.

a) *Erección de las asociaciones*.—La Iglesia no reconoce ninguna asociación que no haya sido erigida o al menos aprobada por la autoridad eclesiástica legítima (c. 686 § 1).

Cuáles sean esas autoridades legítimas lo expresa el mismo canon a continuación, cuando dice:

§ 2. Erigir o aprobar asociaciones compete, además del Romano Pontífice, al Ordinario del lugar, exceptuadas aquellas asociaciones cuya institución, por privilegio apostólico, está reservada a otros.

§ 3. Sin embargo, aun cuando se pruebe la concesión de dicho privilegio en favor de alguien, mientras otra cosa no se disponga en él, se requiere para la validez de la erección, el consentimiento del Ordinario del lugar, dado por escrito; advirtiéndole que el concedido por dicho Ordinario para la erección de una casa religiosa es suficiente para erigir en ella o en la iglesia aneja, las asociaciones propias del Instituto religioso, con tal que no estén instituidas a modo de corporación orgánica (64).

(64) Por tales son tenidas aquellas asociaciones a las cuales es esencial la jerarquía interior, compuesta de presidente y consiliarios elegidos para cuidar del gobierno interno de las asociaciones. Otra nota característica de las asociaciones constituidas en forma de corporación orgánica, consiste en que después de algún tiempo de prueba son recibidos los candidatos con cierta solemnidad y ceremonia pública *inter praesentes*, e imposición de hábito, escapulario u otra insignia particular. (G. VROMANT, *De Fidelium Associationibus*, n. 12, nota (1).

Por privilegio apostólico se reserva generalmente a las Ordenes religiosas la institución de aquellas cofradías que en dichas Ordenes tuvieron su origen (S. C. de Indulg. 16 de julio de 1887) (65).

En particular, aparte de las terceras Ordenes seculares, que corresponden a los Superiores generales de las respectivas primeras Ordenes, v. gr., de Dominicos, Franciscanos, Carmelitas, Agustinos, Trinitarios, etcétera, al General de los Dominicos o a su Vicario está reservada la erección de las Cofradías del Santísimo Nombre de Dios, de la primera Comunión y perseverancia bajo el patrocinio de la Bta. Imelda Lambertini, del Santísimo Rosario, de la Milicia Angélica o del Cíngulo de Santo Tomás de Aquino, y la Pía Unión de la Obra Apostólica de Jesús Obrero (66).

b) *Estatutos*.—Cada asociación debe tener los suyos (redactados por ella) y examinados y aprobados por la Sede Apostólica o por el Ordinario del lugar.

Los estatutos que no hubieran sido confirmados por la Sede Apostólica quedan siempre sometidos a las modificaciones y correcciones que el Ordinario del lugar juzgue oportuno introducir (can. 689).

•Pero los estatutos de aquellas asociaciones que los religiosos pueden establecer en sus iglesias sin necesitar el consentimiento del Ordinario del lugar, no necesitan la aprobación de éste. Cfr. S. C. de Indulg., 15 nov. 1905» (67).

c) *Visita del Ordinario del lugar*.—Todas las asociaciones, aún las erigidas por la Sede Apostólica, si no obsta especial privilegio, hállese sometidas a la jurisdicción y vigilancia del Ordinario del lugar, el cual tiene derecho y deber de visitarlas a tenor de los sagrados cánones.

Sin embargo, las asociaciones erigidas en virtud de privilegio apostólico por los religiosos exentos en sus iglesias, no pueden los Ordinarios de lugar visitarlas en las cosas que atañen a la disciplina interna o dirección espiritual de la asociación (can. 690).

Por tanto, en dichas asociaciones la visita del Ordinario del lugar se limita a las cosas relativas a su administración, y si les incumbe atender al sostenimiento de sus respectivos altares y del culto que en ellos se celebre, abarcará todo lo concerniente a éste y a los ornamentos del altar o capilla, a los divinos oficios que allí se celebren y al cumplimiento de las

(65) Ferreres, S. J., *Instituciones Canónicas* ⁶, T. I, n.º 957.

(66) Cfr. Fanfani, O. P., *De Confraternitatibus aliisque Associationibus Ordini FF. Praedicatorum propriis*.

(67) Ferreres, Ob. cit., n. 693; V.

cargas de Misas que pesen sobre las asociaciones, y la administración y empleo de los bienes temporales que posean.

d) *Bienes temporales*.—Acerca de éstos en general, dispone el canon 691 § 1 que toda asociación legítimamente erigida (es decir, por decreto formal, que la constituye en persona moral), puede adquirirlos y administrarlos bajo la autoridad del Ordinario del lugar, al cual rendirán cuentas de la administración una vez al año, cuando menos, conforme lo ordena el can. 1525; pero no al párroco, aunque estuvieran erigidas en territorio de éste, a no ser que el Ordinario lo mandara expresamente.

§ 3. Ninguna asociación puede recoger limosnas, no siendo que lo autoricen sus estatutos, o la necesidad lo reclame y se cuente con el permiso del Ordinario del lugar, guardando las prescripciones que éste señale (68).

§ 4. Para recoger limosnas fuera del territorio donde está establecida la asociación, se requiere el permiso por escrito de los respectivos Ordinarios.

§ 5. Del fiel empleo de los donativos (que según el § 2 puede recibir) y de las limosnas, rendirá cuentas la asociación al Ordinario del lugar.

Con ocasión de admitir los socios en una asociación, nada se puede exigir, ni directa ni indirectamente, como no sea lo señalado en los estatutos legítimamente aprobados o lo que el Ordinario del lugar, por razón de circunstancias especiales, expresamente permita en favor de la asociación (can. 695).

Es digno de notarse y de elogiar el cuidado que pone la Iglesia en impedir cuanto pueda tener sabor de lucro temporal, en todo lo relativo a las asociaciones, de manera que no se dificulte por ese lado el ingreso y permanencia en ellas, ni pueda nadie atribuir a miras temporales el empeño con que recomienda a todos que procuren afiliarse a ellas; pues además de lo que acabamos de ver en este último canon, manda el can. 686 § 5 a quienes por privilegio apostólico están facultados para erigir asociaciones, que expidan gratis las letras de erección, exceptuando únicamente los gastos imprescindibles de papel y correo, etc.

e) *Expulsión de los socios*. Después de sentar el can. 696 § 1, el principio de que nadie legítimamente inscrito sea expulsado de la asociación sin causa justa y ateniéndose a lo dispuesto en los estatutos, añade luego en el § 3 que aun cuando éstos nada dispongan expresamente, puede ex-

(68) No entra en la categoría de «recoger o pedir limosnas», cuando esto se hace de una manera privada, y sólo respecto de algunas personas allegadas o conocidas. (Vermeersch-Creusen, *Epit.*, T. I, n. 789).

pulsar el Ordinario del lugar a los socios de cualquier asociación, y el Superior religioso a los que pertenezcan a las asociaciones erigidas por los religiosos en virtud de privilegio apostólico.

f) *Nombramiento de director y capellán*.—A no ser que el privilegio apostólico determine otra cosa (69), el nombramiento de director y capellán pertenece al Ordinario del lugar respecto de las asociaciones por él o por la Santa Sede Apostólica erigidas o aprobadas, y también respecto de las erigidas por los religiosos, en virtud de privilegio apostólico; fuera de sus propias iglesias; pero respecto de las asociaciones por éstos erigidas en las iglesias a ellos pertenecientes, sólo se precisa el consentimiento del Ordinario del lugar, si el Superior religioso quisiera nombrar director o capellán a un sacerdote secular (can. 698 § 1).

No se necesita que sean distintas personas sobre quienes hayan de recaer dichos nombramientos; puede muy bien un solo sacerdote desempeñar ambos cargos (§ 4).

Por lo que a la remoción atañe, pueden verificarla, con causa justa, los mismos que dieron los nombramientos, e igualmente sus sucesores y Superiores (§ 3).

(69) Cual sucede con el Director de la Cofradía del Rosario, cuyo nombramiento reservó León XIII en la Const. «*Ubi primum*», § VIII, al Maestro General de los Dominicos, que lo señalará en el Diploma de erección de la Cofradía, no sólo cuando ésta se establece en una iglesia de la Orden, sino también en otras cualesquiera, con el consentimiento del Ordinario del lugar, si se trata de iglesias encomendadas al clero secular. También, según Fanfani, es menester el consentimiento de dicho Ordinario en caso de que se tratara de nombrar para director de la Cofradía a un sacerdote secular, siquiera se estableciese aquélla en una iglesia de Dominicos o de cualquiera otra Orden religiosa.

Y si, por cualquier motivo, llegase a faltar el Director de la Cofradía, y no hay modo de darle sucesor, entonces el Obispo puede, por concesión del mismo León XIII, nombrar para ese cargo al párroco que por tiempo sea.

Por donde, concluye el ya citado Fanfani, en tales casos, dos son los modos de proceder, o bien se pide al General de los Dominicos que nombre nuevo Director, designando a la vez a los que le hayan de suceder en dicho cargo, o bien se acude al Obispo. La diferencia entre ambos modos de proceder consiste en que el General de los Dominicos es libre para nombrar a quien bien le parezca, mientras que el Obispo sólo puede designar al párroco y a sus sucesores en ese cargo. (Fanfani, *De Rosario B. M. Virginis*, Historia-Legislatio-Exercitia, nn. 52-53).

El ya mencionado Vromant, es de opinión que también los Franciscanos tienen privilegio para nombrar directores en las Hermandades de sus Terciarios establecida uera de sus iglesias (Ob. cit., n. 39, pág. 54 (1)).

g) *Supresión de las asociaciones*.—Por causas graves (70) y salvo el derecho de recurso a la Sede Apostólica, puede el Ordinario del lugar suprimir no ya las asociaciones erigidas por él o por sus antecesores, sino también las erigidas en virtud de indulto apostólico por los religiosos con el consentimiento del mencionado Ordinario (can. 699 § 1).

Únicamente la Sede Apostólica puede suprimir las asociaciones por ella erigidas (§ 2).

Hemos visto al principio de este número que, según el can. 686 § 3, el privilegio apostólico concedido a los religiosos para erigir asociaciones, puede eximir a éstos de tener que contar con el consentimiento del Ordinario del lugar, en cuyo caso pueden ellos por sí mismos suprimir las así erigidas, cuando lo reclamen causas graves. No es eso ciertamente lo más común, antes de ordinario precisan dicho consentimiento, bien sea el que va *implícito* en la licencia para fundar la casa religiosa, el cual, como vimos, vale para la erección de asociaciones no constituidas a modo de corporación orgánica, bien sea un consentimiento *explícito*, cual es el que para éstas últimas se requiere.

Según Claeys-Bouuaert-Simenon (71) no puede el Ordinario del lugar suprimir las asociaciones erigidas por los religiosos con dicho consentimiento *implícito*; de donde parece inferirse que pertenece también a los Superiores religiosos la supresión de éstas.

Coronata (ob. cit. n. 684, 3.º) se expresa de este modo: «No existe parecer unánime entre los autores sobre si puede el Superior regular suprimir una asociación erigida con el consentimiento necesario del Ordinario del lugar. Ateniéndonos a los principios generales del derecho, parece que se le debe reconocer semejante potestad».

Maroto, en cambio, admitiendo ser cosa discutible si pueden los religiosos suprimir las asociaciones para cuya erección necesitan el consentimiento del Ordinario, tiene por más probable que no pueden hacerlo (72).

Del mismo sentir parece ser Cappello (Ob. y l. cit.), cuando dice que al suprimir tales asociaciones procedan de común acuerdo el Ordinario y el Superior regular.

(70) Según Cappello la existencia de tales causas se requiere para la licitud, y, muy probablemente, también para la validez de la supresión, como quiera que la asociación tenga derecho adquirido a continuar existiendo, a no ser que se trate de la supresión decretada por la Santa Sede (*Summa Juris Canonici*, Vol. 2, n. 653, 4, 2.º)

(71) *Manuale Juris Canonici* 3, T. I, n. 714.

(72) *Institutiones Juris Canonici*, T. I, n. 464, nota (1).

Esto es lo que juzgamos más aceptable.

36. ASOCIACIONES DE FIELES EN PARTICULAR.—En la Iglesia se distinguen tres clases de asociaciones, a saber: *Ordenes terceras seculares, cofradías y piadosas uniones* (can. 700).

a) *Ordenes terceras seculares*.—Son asociaciones de fieles que permaneciendo en el siglo, se esfuerzan por conseguir la perfección cristiana en forma adaptada a personas seglares, pero según el espíritu de la respectiva Orden religiosa, bajo cuya dirección viven, observando las reglas para ellos aprobadas por la Sede Apostólica (can. 702 § 1).

Si la tercera Orden secular se divide en varias asociaciones, cada una de éstas, legítimamente constituida, se llama *hermandad de terciarios* (§ 2).

Ocupan, por consiguiente, las terceras Ordenes seculares, un lugar intermedio entre los Institutos religiosos y las Cofradías. Aunque son verdaderas Ordenes, puesto que se rigen por una regla aprobada por la Santa Sede, y tienen su hábito, noviciado y profesión, en lo cual se distinguen de las Cofradías; todavía se diferencian de aquéllos en algo tan importante como es el carecer de votos.

Quedando firme el privilegio concedido a algunas Ordenes (como arriba dejamos indicado), ningún Instituto religioso puede anexionarse una Orden tercera (can. 703 § 1).

Pero, aún gozando de privilegio apostólico, los Superiores religiosos sólo pueden inscribir en la tercera Orden a personas particulares, mas no están facultados para erigir válidamente hermandades de terciarios sin el consentimiento del Ordinario del lugar, en conformidad con lo dispuesto en el can. 686 § 3, respecto de cualesquiera asociaciones, según vimos en el número anterior (can. 703 § 2).

Ni después de erigidas con dicho consentimiento, pueden los Superiores religiosos concederles el uso de vestidos especiales en las funciones sagradas públicas, sin especial licencia del mencionado Ordinario (§ 3).

Claro está que no entra en la categoría de vestidos particulares el escapulario y demás insignias de la tercera Orden. Puede considerarse como vestido especial el uso del hábito completo.

b) *Cofradías y piadosas uniones*.—Las asociaciones de fieles que han sido erigidas para ejercer alguna obra de piedad o caridad, se denominan *piadosas uniones*; las cuales si están constituidas a modo de corporación orgánica se llaman *hermandades* (can. 707 § 1).

Las hermandades erigidas para el incremento del culto público, reciben la denominación especial de *cofradías* (§ 2).

Es de notar, sin embargo, como advierte Prümmer (ob. cit., q. 272),

que las cofradías no siempre ni en todas partes constituyen un cuerpo orgánico. Así, por ejemplo, la nobilísima cofradía del Rosario en muchas regiones no constituye cuerpo orgánico con estatutos propios y administración temporal.

No queremos decir con esto, añade, que no pueda constituir cuerpo orgánico; pues, de hecho, en algunos lugares lo constituye, en efecto.

Institución.—Las cofradías no pueden constituirse como no sea por decreto formal de erección; en cambio para las piadosas uniones basta la aprobación del Ordinario, y aun cuando con ella no adquieren personalidad moral, pero sí capacidad para obtener gracias espirituales, especialmente indulgencias (can. 709).

El can. 711 § 1 prohíbe la multiplicación en un mismo lugar de cofradías o piadosas uniones del mismo título e instituto; pero, por excepción, lo permite en las grandes ciudades, con tal que medie entre ellas la conveniente distancia, a juicio del Ordinario del lugar.

No es la Iglesia partidaria de grupitos y capillitas, y por eso, a excepción de las grandes ciudades, donde resulta difícil reunirse en un mismo lugar, quiere que todos los socios de cada cofradía o pía unión se concentren bajo una sola bandera.

Y cuando la conveniencia de los fieles exija la multiplicación de las cofradías, al Ordinario del lugar queda reservado fijar los límites a que ha de ajustarse.

Respecto del sitio donde han de radicar, establece el can. 712 § 1 que sea una iglesia u oratorio público, o a todo más semi-público; añadiendo en el § 3, que en las iglesias u oratorios de las religiosas el Ordinario del lugar únicamente puede permitir la erección de asociaciones de mujeres o de piadosas uniones que se dediquen exclusivamente a rezar, y sólo disfruten de la comunicación de gracias espirituales. Con las restricciones dichas pueden pertenecer a estas últimas no ya las mujeres, sino también los varones, mientras que las cofradías en tales iglesias u oratorios establecidas han de ser exclusivamente de mujeres.

Comunicación de gracias espirituales.—Los religiosos pueden y deben comunicar a las cofradías y piadosas uniones por ellos erigidas todas y solas las gracias espirituales que en las facultades recibidas de la Sede Apostólica se declaran expresa y nominalmente comunicables, debiendo manifestárselas en el acto mismo de la erección; pero ateniéndose a lo dispuesto por el can. 919, del cual nos ocuparemos en el lugar correspondiente.

No pueden, por tanto, los religiosos comunicar a las cofradías y piadosas uniones, para cuya erección gozan de privilegio apostólico, *todas* las

gracias espirituales que disfrute el Instituto, sino *únicamente* las que la Santa Sede les concedió a tal objeto, si bien *éstas* deben comunicarlas en su *totalidad*.

No pueden dichas cofradías sin licencia especial del Ordinario del lugar adoptar un vestido o insignias propios, para usarlos en las públicas procesiones y demás sagradas funciones (can. 713 § 2).

Una vez adoptado por alguna cofradía, haya sido o no erigida por religiosos, hábito o insignias propias, no puede dejarlos o cambiarlos sin licencia del Ordinario del lugar (can. 714).

Intervención del Ordinario del lugar en las juntas, etc.—A dicho Ordinario pertenece, por sí o por delegado, presidir, sin derecho de votar, las juntas de las cofradías, aun cuando hayan de celebrarse en las iglesias u oratorios de los regulares, confirmar las elecciones de oficiales y ministros, si recayeran en personas dignas, rechazar o remover a los indignos o no idóneos, corregir y aprobar los estatutos u otras normas, siempre que no hubieran sido ya aprobadas por la Sede Apostólica (can. 715 § 1).

Debe la cofradía avisar con tiempo al Ordinario del lugar o a su delegado, cuando se celebren juntas extraordinarias; de lo contrario tiene dicho Ordinario derecho de impedir que se celebren o de revocar sus decretos (§ 2).

Nótese que, a diferencia de los anteriores, estos dos últimos cánones hablan sólo de las cofradías, no de las uniones piadosas.

Funciones de las cofradías y piadosas uniones.—En sus iglesias propias pueden celebrar con independencia del párroco funciones no parroquiales, cumpliendo las debidas prescripciones, y a condición de que no perjudiquen el ministerio del párroco en la iglesia parroquial (can. 716 § 1).

En caso de duda sobre si tales funciones ocasionan perjuicio, corresponde al Ordinario del lugar el derecho de resolver, así como también el de establecer las normas prácticas a que deben ajustarse (§ 3).

Asistencia a las procesiones.—Las cofradías tienen obligación de asistir a las procesiones, ya sean las acostumbradas, ya también aquellas otras que el Ordinario del lugar mande celebrar (hablan de ambas los cc. 1291-1292), y dicha asistencia ha de ser en corporación con las insignias y estandartes propios, a no ser que el Ordinario dispusiera otra cosa (can. 718). Tampoco este canon menciona las piadosas uniones, sino que se limita a las cofradías.

Traslación de las cofradías y piadosas uniones.—Ocupase de ella el can. 719, que en el § 1 se expresa de este modo: Si el Ordinario del lugar presta su consentimiento, pueden las cofradías y piadosas uniones trasladarse de un lugar a otro, con tal que el derecho o los estatutos aprobados por la Sede Apostólica no prohíban la traslación.

«Las traslaciones de una *diócesis* a otra no pueden hacerse en derecho, y así habría necesidad de nueva fundación (Sgda. Congregación de Indulgencias, 22 de agosto de 1886)» (73).

Si se pretende trasladar una cofradía o piadosa unión reservada a un Instituto religioso, es menester que dé su consentimiento el Superior religioso (can. 719 § 2).

Para saber si en la traslación de estas últimas hay que contar con el Ordinario del lugar, se atenderá a su fundación. Cuando en ésta intervino dicho Ordinario, igualmente intervendrá para la traslación; pero si aquella fué exclusiva del Superior religioso, éste solo basta para autorizar la traslación, siempre que la Iglesia u oratorio a donde se traslade la cofradía o pía unión sean exentos.

c) *Archicofradías y Uniones primarias*.—Llámanse así las asociaciones que poseen el derecho de agregarse otras de la misma especie (can. 720).

Entre las condiciones requeridas para que la agregación sea válida, aparte de las consignadas en el can. 721, pone el can. 723 dos, que hacen a nuestro propósito. Es una, que se haga con el consentimiento del Ordinario del lugar, dado por escrito juntamente con sus letras testimoniales (n.º 2.º) La otra es como sigue: Las indulgencias, privilegios y demás gracias espirituales que en virtud de la agregación se comunican a las asociaciones agregadas, deben consignarse en el catálogo que, revisado por el Ordinario del lugar donde la archicofradía tiene su asiento, se ha de entregar a la asociación agregada (n.º 3.º)

37. PADRINOS DEL BAUTISMO Y DE LA CONFIRMACIÓN.—Para que uno pueda ser admitido lícitamente a desempeñar tales funciones, exigen los cc. 766, n. 5.º y 796 n. 3.º, que no esté ordenado *in sacris*, a no ser con licencia expresa del Ordinario propio.

Por consiguiente, esta licencia, a los que pertenecen a religión clerical exenta, se la debe dar el Superior mayor.

38. EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.—a) *Celebración en iglesia extraña*.—Para que un sacerdote extraño sea admitido a celebrar, han de observarse las prescripciones del can. 804, el cual en el § 1 exige que presente letras comendaticias auténticas y no caducadas de su Ordinario, si es secular, o de su Superior, si es religioso, o de la Sgda. Congregación de la Iglesia Oriental, si es de este rito, a no ser que conste que después de expedidas dichas letras haya cometido alguna indignidad por la cual merezca ser excluido de celebrar la Misa.

(73) Ferreres, *Las Cofradías y Congregaciones eclesiásticas* (1907), n. 348.

§ 2. Si carece de las mencionadas letras, pero al rector de la Iglesia le consta que es persona honrada, puede admitirlo a celebrar. Aunque no lo conozca, todavía lo puede admitir, pero sólo una vez o dos, y aún esto a condición de que se presente con vestido eclesiástico, que por ningún título reciba emolumento alguno de la iglesia donde celebra, y anote en un libro *ad hoc* su nombre, oficio y diócesis (74).

§ 3. Si, salvas las prescripciones de este canon, da el Ordinario del lugar normas peculiares acerca de esto, todos deben cumplirlas, aún los religiosos exentos, a no ser cuando se trate de admitir a celebrar en la iglesia propia a los religiosos de su Instituto.

b) *Celebración fuera de lugar sagrado*.—Por regla general la Misa debe celebrarse en iglesia u oratorio consagrados o bendecidos (c. 822 § 1).

Dejando a un lado la facultad de oratorio privado, cuya concesión está reservada a la Santa Sede, autoriza el derecho a los Ordinarios del lugar, o tratándose de casas de religión exentas, a los Superiores mayores (Provinciales, etc.), para que puedan conceder licencia de celebrar fuera de iglesia y oratorio, bajo las siguientes condiciones: que la Misa se celebre sobre un ara consagrada, colocada en un lugar decente, nunca en la alcoba, sólo por causa justa y razonable, en algún caso extraordinario y de una manera transeunte (*per modum actus*) (can. 822 § 4).

Es de advertir en primer lugar que, según declaró la Comisión del Código el 16 de octubre de 1919 (75), esta facultad de los Ordinarios se debe interpretar en sentido estricto.

Sin perder de vista dicha norma, detengámonos unos momentos a considerar el alcance de las tres últimas condiciones, ya que la primera es demasiado clara para que necesitemos insistir sobre ella.

Habiendo de fijarnos, aunque no exclusivamente, sí de una manera principal, en lo que a los Superiores religiosos atañe, menester es no olvidar que la facultad de éstos se limita a las casas que se hallan bajo su dependencia, y por consiguiente para que un religioso, siquiera sea exento, pueda hacer uso de ella fuera de tales lugares, necesita, lo mismo que otro cualquier sacerdote, autorización del Ordinario del lugar.

En cambio, dentro de dichas casas muy bien podrían los mencionados

(74) El vestido eclesiástico con que debe presentarse, por declaración expresa de la Sda Congregación del Concilio, del 28 de julio de 1931, ha de ser precisamente el traje talar, que exige el can. 811 para celebrar la Misa, aun en aquellas regiones donde para lo demás se usa otro, en conformidad con el can. 136 § 1 (A. A. S. Vol. XXIII 1931), pág. 337.

(75) A. A. S., Vol. XI, p. 478.

Superiores permitir que celebren no ya sus propios súbditos, sino también un sacerdote de cualquier otro Instituto religioso y hasta del clero secular, aplicando al presente caso, por analogía, lo que el can. 875 § 1 dispone respecto de la jurisdicción para oír confesiones.

Pasando ya a ocuparnos de la condición relativa al lugar, no exige el canon lujos, se contenta con que sea decente, pero excluye en absoluto las habitaciones destinadas a servir de dormitorio. Cabe, sin embargo, hacer una distinción. Sabido es que las hay de dos clases, o sea unas que forman un cuerpo único, y otras que constan de varios departamentos de los cuales uno solamente se destina a dormitorio o alcoba, estando separado del resto por un tabique o algo equivalente, en cuyo caso se puede colocar el ara consagrada en el otro departamento, que para el efecto viene a ser como otra habitación, y celebrar allí la Misa, de suerte que el enfermo, en favor del cual se celebra, pueda desde su lecho oírla, y hasta ver al celebrante.

Tocante al motivo que se precisa para conceder dicha licencia, señala el canon una *causa justa y razonable*, añadiendo que sólo en *algún caso extraordinario*.

Si volvemos atrás la vista para fijarnos un poco en los antecedentes de este canon, observaremos que no había uniformidad en los autores al exponer el alcance del Decreto promulgado por el Concilio Tridentino (Sess. XXII, *de observ. et evit. in celebr. Missae*) inculcando a los Ordinarios que no tolerasen la celebración del santo sacrificio fuera de las iglesias u oratorios dedicados al culto, pues al paso que algunos querían ver en semejante medida una supresión radical de la facultad de los Ordinarios para permitir la celebración de la Misa en casas particulares, por grave que fuese el motivo que para tal concesión existiera, opinaban otros que en casos particulares podían los Obispos autorizar dicha celebración, existiendo causa justa y razonable. Como en tantos otros casos, no faltaron quienes, ocupando un lugar intermedio, ni fueron tan rígidos como los primeros, ni tan condescendientes como los segundos, y sostenían que si bien podían los Obispos conceder semejante licencia, la restringían, con todo, a las circunstancias en que lo reclamaran causas graves y urgentes.

Esta última opinión fué la que obtuvo mayor número de adeptos a partir del año 1856 en que la Sda. Congr. del Concilio declaró in *in Calatayeronem* que «el Obispo no podía conceder facultad para celebrar en oratorios privados, a no reclamarlo causas graves y urgentes» (C. J. C. Fontes, Vol. VI, n. 4149).

Pues claro está que si no podía permitir el Obispo la celebración en los

oratorios privados, fuera de las circunstancias mencionadas, menos podría permitir la en otros lugares.

Sin embargo, con el tiempo se fué atenuando semejante rigor, y en los años 1912 y 1915 declaraba la Sda. Congr. de Sacramentos que «podían los Ordinarios por causas justas y razonables, de una manera transeunte, permitir la celebración de la Misa fuera de lugar sagrado en casas particulares, en un lugar decente, excluida la alcoba» (C. J. C. Fontes, Vol. V, nn. 2107, 2110).

Confrontando el § 4 del can. 822 con estas últimas declaraciones, échase de ver que aquél reproduce casi textualmente el contenido de éstas, si bien añade una coletilla, «in aliquo casu extraordinario», cuyo resultado es limitar la facultad concedida a los Ordinarios, volviéndola al mismo estado en que se encontraba antes de esas dos últimas declaraciones, si hemos de atenernos al parecer manifestado por los Consultores de la mencionada Congregación con motivo de la consulta sobre si, en virtud del canon que nos ocupa, podían los Ordinarios permitir la celebración de una o varias Misas de cuerpo presente en la *capilla ardiente*, ya que como puede verse en A. A. S., Vol. XVIII, pp. 389-390, para ellos semejante requisito equivale a decir que se necesita causa *grave* para que puedan los Ordinarios hacer uso de la facultad que el canon les concede.

Si nos fijamos en los comentaristas del Código, hallamos alguna variedad de apreciación acerca de este punto.

Ferreres, por ejemplo, se muestra bastante amplio cuando dice: «La causa ha de ser *justa y razonable*, como sería, por ejemplo, en caso de enfermedad de un sacerdote que le impidiera salir de casa por unos días, pero que en ésta podría decir Misa y no tiene privilegio; o también para que un enfermo benemérito, sea o no sacerdote, la pueda oír y comulgar en ella» (76).

En esta segunda hipótesis se ve una alusión implícita al «caso extraordinario» del cual no parece acordarse en la primera.

Juzgamos más conforme con el canon y las declaraciones mencionadas la opinión de Vermeersch-Creusen, los cuales, sin hacer distinción entre sacerdotes y seglares, no dan por suficiente el simple hecho de una enfermedad, ya que eso de por sí nada tiene de extraordinario, a no ser que concurra con ella la celebración de algún aniversario especial (77). En términos parecidos se expresa De Meester (ob. cit., n. 1151, III, 1.º)

La frase «per modum actus», por el canon empleada, no es cosa nueva.

(76) *Derecho Sacramental* 4, n. 170, a).

(77) *Epít. J. C.* 4, T. II, n. 99.

Su significado, como ya advertía Many (78) se opone a «per modum habitus», y por tanto es algo que obedece a una *causa transitoria y mientras ésta dure*, que podrá ser por un espacio más o menos largo, pero, en todo caso, limitado, puesto que lo que es urgente nunca es de mucha duración.

Abundan en el mismo sentir la generalidad de los comentaristas del Código, si bien con especiales matices, como vamos a ver.

Según Cappello, hablando en general, la licencia *per modum actus* puede concederse por un espacio de ocho o diez días aproximadamente, de tal suerte que mientras dure la misma causa puede renovarse muchas veces. Pero si se prevé—añade—que ha de durar largo tiempo, conceda el Obispo la facultad de celebrar, y acuda luego a la Santa Sede (79).

Ferreres también en cuanto a este extremo manifiesta su amplitud de criterio, expresándose en estos términos: «*Per modum actus* no significa por una vez solamente, sino por una causa accidental que se espera cesará pronto, y mientras ésta dure, aunque se prolongue algunos meses» (80).

Coronata, refiriéndose al can. 1194, es del mismo sentir, aunque no descende a detallar el tiempo, contentándose con afirmar que el «per modum actus» se puede extender cuanto dure la causa justa y razonable (81).

c) *Estipendios de Misas manuales*.—Al Ordinario del lugar toca señalarlos en su diócesis, y debe hacerlo mediante decreto dado, a ser posible, en el Sínodo diocesano. A los sacerdotes no les es lícito exigir mayor cantidad de la señalada.

A falta del mencionado decreto, se observará la costumbre en la diócesis existente.

No solamente los sacerdotes seculares, sino también los religiosos, aunque sean exentos, deben atenerse a la tasa diocesana, ya sea la señalada en el decreto, ya por la costumbre (can. 831).

Al sacerdote le está permitido recibir estipendio más elevado, siempre que el donante lo entregue voluntariamente; y, de no prohibirlo el Ordinario del lugar, también más bajo del señalado (can. 832).

Los religiosos exentos quedan obligados a la observancia de esto último, lo mismo que de lo primero. No así en lo concerniente a las Misas fundadas, como en su lugar se dirá.

(78) *De Locis sacris*, n. 82.

(79) *Tractatus Canonico Moralis. De Sacramentis*, Vol. I, nn. 750-751.

(80) Ob. y l. cit.

(81) *Institutiones J. C.*, n. 770.

No obrarían, sin embargo, contra derecho, si no obstante la mencionada prohibición, aceptasen estipendios inferiores a la tasa diocesana, con tal que los reciban no para celebrar ellos las Misas, sino con el fin de enviarlos fuera de la diócesis, v. gr. a una comunidad de su Instituto establecida en un lugar donde la tasa de los estipendios es inferior, o aun sin serlo, no existe semejante prohibición.

A cualquiera se le alcanza, sin necesidad de que insistamos sobre ello, que, de hacerlo, deben procurar guiarse por motivos muy fundados, y cuidando que se frustre lo menos posible el objeto por el cual dicha norma fué dictada.

Por la analogía que existe entre los dos que acabamos de reproducir y lo establecido en el can. 1303, pondremos a continuación lo que éste dispone respecto de la tasa por el uso de ornamentos y demás cosas necesarias para celebrar.

En él se autoriza al Obispo para que en el Sínodo diocesano, a poder ser, o fuera de él, oído el parecer del Cabildo, señale una tasa moderada, que las iglesias pobres puedan exigir por las cosas mencionadas, a los sacerdotes que por su propia comodidad celebren en ellas.

Y añade luego que a nadie, siquiera sean los religiosos exentos, le está permitido exigir mayor cantidad de la señalada.

d) *Celebración de Misas*.—Todos y cada uno de los administradores de causas pías, o que de cualquier otro modo estén obligados a cumplir cargas de Misas, ya sean eclesiásticas, ya seglares, deberán entregar al fin de cada año las intenciones aun no satisfechas, a sus respectivos Ordinarios en la forma que éstos determinen (can. 841 § 1).

No creemos que vaya contra la mente del canon, aunque para ello sea menester dar una interpretación algo amplia a sus palabras, si afirmamos que los religiosos de religión clerical, aunque no sea exenta, cumplen lo en él dispuesto, entregando a su Provincial las Misas no celebradas.

Una de las razones que a ello nos mueve es el can. 842, cuyo tenor es como sigue: El derecho y el deber de vigilar porque se cumplan las cargas de Misas, en las iglesias de los seculares pertenece al Ordinario del lugar; en las de religiosos, a sus Superiores.

Los rectores de iglesias y otros lugares piadosos, añade el can. 843—y ya se ve que este vocablo se toma aquí en un sentido más amplio que en el can. 479 § 1—ya sean seculares, ya religiosos, en los cuales suelen recibirse limosnas para Misas, llevarán un libro especial donde anoten con toda diligencia el número, intención, limosna y celebración de las Misas recibidas.

Los Ordinarios, por sí o por otros, están obligados a revisar todos los años, una vez cuando menos, dichos libros.

Aquí la palabra *Ordinarios* se ha de tomar en sentido estricto, y por consiguiente, sólo en las religiones clericales exentas compete al Superior mayor. Las demás deben presentarlos a la revisión del Ordinario del lugar.

Es de advertir, sin embargo, que pues el canon dice que éste puede revisarlos por sí o por otro, en nada faltaría si lo encomendase al Superior religioso para que éste, en su nombre, cumpla dicha prescripción.

A propósito de este canon, hemos de añadir aquí, aparte de lo consignado arriba en el n. 31, sobre la visita de los Ordinarios de lugar a las iglesias parroquiales de los regulares, que en las de los exentos, sean de votos solemnes o simples, pues en lo tocante a las Misas, que es de lo que al presente tratamos, ninguna diferencia hay entre los primeros y los segundos, corresponde al Ordinario del lugar, sin excluir al Superior mayor respectivo (can. 631 § 2), informarse acerca de la aplicación de la Misa *pro populo* que todo párroco debe aplicar los domingos y días festivos a tenor del can. 339, según prescribe el can. 466.

No faltaron en tiempos anteriores quienes pretendían extender más allá la facultad de los Obispos en tales iglesias, como advierte Benedicto XIV en su clásica obra: *De Synodo Dioecesana*, L. XIII, cap. ult., n. V, pero la Sda. Congr. del Concilio, no obstante los argumentos alegados por algunos en favor de los Obispos, negó que éstos pudieran informarse de otras Misas a excepción de la parroquial ya mencionada.

Y esto mismo es lo que actualmente rige, según puede verse en el can. 631.

Como apéndice a lo que llevamos dicho en este número, queremos consignar aquí una resolución de la mencionada Congregación, que copia Benedicto XIV en el n. VII del capítulo anteriormente citado, a propósito de una consulta *in S. Miniati 13 nov. 1683*, sobre la celebración de Misas en iglesia de regulares por un sacerdote extraño, que a la letra dice así: *Primo, an legatarii possint deputare sacerdotes saeculares, qui Missas a testatore praescriptas celebrent in ecclesia regulari, praestita conventui congrua contributione pro usu sacrorum indumentorum et aliis ad celebrationem Missae necessariis. Secundo, an dicti regulares praestita eis contributione praefata, teneantur praestare patientiam, ut praedictae Missae in eorum ecclesiis celebrentur. Tertio, an in casu quo regulares ex rationabili causa id negent, liceat legatariis onus Missarum in alia ecclesia arbitrio Ordinarii impleri facere.*

La respuesta de la Sda. Congregación fué afirmativa para los tres puntos.

39. LA SAGRADA EUCARISTÍA.—a) *El ministro ordinario de la sagrada*

comuni3n es 3nicamente el sacerdote (can. 855 § 1). El extraordinario es el di3cono, con licencia del Ordinario del lugar o del p3rroco, que s3lo por causa grave la conceder3n, y en caso de necesidad se presume leg3timamente (§ 2).

Por la semejanza que con este canon tienen, hemos dejado para este lugar dos c3nones relativos al bautismo, y adelantaremos un tercero, de la extrema unc3n, los cuales, sin referirse exclusivamente a los religiosos, tienen aplicaci3n a ellos, ni m3s ni menos que a los cl3rigos seculares.

El ministro ordinario del bautismo solemne, son palabras del canon 738 § 1, es el sacerdote; pero se reserva al p3rroco o a otro sacerdote, con licencia del p3rroco o del ordinario del lugar, la cual se presume leg3timamente en caso de necesidad.

El di3cono, dice a su vez el can. 741, es ministro extraordinario del bautismo solemne; pero no debe usar de semejante potestad sin licencia del Ordinario del lugar o del p3rroco, que no la conceder3n sin causa justa; mas en caso de necesidad tambi3n se presume leg3timamente.

El sacramento de la extrema unc3n lo administra v3lidamente cualquier sacerdote y s3lo el sacerdote (can. 938 § 4).

§ 2. Salvo lo dispuesto en los c3ns. 397, n. 3.º, y 514, §§ 1-3, el ministro ordinario es el p3rroco del lugar donde se halla el enfermo; en caso de necesidad o con licencia, al menos razonablemente presunta, de dicho p3rroco o del Ordinario del lugar, cualquier otro sacerdote puede administrar este sacramento.

El C3digo abrog3 la excomuni3n con que la *Const. Apostolicae Sedis* castigaba a los religiosos que se atrevieran, fuera del caso de necesidad, a administrar, sin licencia del p3rroco la extrema unc3n o el Vi3tico a cl3rigos o seglares.

La comuni3n, en p3blico o en privado, a los enfermos, y su administraci3n en forma de Vi3tico. Oc3panse de ello los cc. 848-850. Seg3n el primero es derecho y deber del p3rroco dentro de su territorio, llevar p3blicamente la sagrada comuni3n a los enfermos fuera de la iglesia, aunque no sean feligreses suyos.

Los dem3s sacerdotes, 3nicamente podr3n hacerlo en caso de necesidad o con licencia, presunta al menos, del p3rroco o del Ordinario del lugar.

En privado puede llevar la comuni3n a los enfermos cualquier sacerdote, con licencia, al menos presunta, de aquel a quien est3 encomendada la custodia del Smo. Sacramento (can. 849).

En el Tit. IV, cap. IV, n. 29, transcribe el Ritual Romano lo que seg3n

había ordenado Benedicto XIV en el Decreto «Inter omnigenas» se ha de observar en tales casos, y es como sigue: El sacerdote deberá llevar siempre estola por lo menos, cubierta con sus vestidos (puede también llevar roquete, si éstos son aptos para ocultarlo), guardará el coponcito en una bolsa que mediante los respectivos cordones colgará del cuello y ocultará en el pecho; nunca irá solo, sino acompañado de un clérigo, o por lo menos de un fiel, cuando otra cosa no sea posible. Una vez llegado al aposento del enfermo vestirá el roquete, si no lo llevaba puesto ya, y le administrará la sagrada comunión, observando las ceremonias correspondientes.

El can. 847 prescribe que se lleve públicamente la comunión a los enfermos, de no aconsejar lo contrario una causa justa y razonable.

No pocos autores opinaban que el juzgar cuándo existía dicha causa correspondía al sacerdote que en cada caso hubiera de llevar la comunión a los enfermos; pero algunos Obispos eran de parecer que dicho juicio pertenecía exclusivamente a los Ordinarios del lugar.

Así las cosas, no se hizo esperar la consulta a Roma, y la Sgda. Congregación de Sacramentos en la sesión plenaria del 16 de diciembre de 1927, dió la razón a los últimos, añadiendo, empero, que «si la común opinión, corroborada por la experiencia, asegura no haber en la diócesis o en determinado lugar de ella inconveniente alguno que impida llevar la comunión a los enfermos de una manera privada, deben los Ordinarios abstenerse de establecer normas generales o muy detalladas, preceptuando se les lleve públicamente, o de reservarse el dar licencia en cada caso, para poder llevársela en privado; no sea que tales medidas den por resultado impedir a los enfermos el consuelo de la comunión frecuente, y hasta cotidiana, si la desean» (82).

El Cardenal Jorio, actual Prefecto de dicha Congregación, y a la sazón Secretario, añadió unas *anotaciones* a la respuesta de los Eminentísimos y Rdmos. Padres, y más tarde publicó un interesante estudio sobre el mismo asunto, titulado *La Comunione agl' infermi*, donde insiste con gran interés y celo en favor de los enfermos para que no carezcan de la ayuda que la comunión frecuente proporciona a cuantos la reciben con las disposiciones debidas, lo cual ocurriría, atendida la escasez de clero que en muchos lugares se experimenta; viéndose por ello obligados los Obispos a encargar a un párroco el cuidado de varias parroquias, si se prohibiera a los simples sacerdotes llevar la comunión en privado, como

(82) A. A. S., Vol. XX, p. 81.

quiera que el llevarla públicamente está reservado a los párrocos, según el can. 848.

Tal acontece, prosigue el mencionado autor, en algunas diócesis, donde se ordenó que la comunión de devoción se lleve a los enfermos dos veces al mes, en días fijos y en forma pública, fuera de los cuales está prohibido llevársela en forma privada.

En otras diócesis, no habiendo los Ordinarios adoptado disposiciones especiales, reconocen por ese mismo hecho, sobre todo en las ciudades, que no es posible llevar la comunión de devoción a los enfermos en forma pública, en cuyo caso, queda, como es claro, en todo su vigor, el can. 849 § 1, en virtud del cual queda autorizado cualquier sacerdote, secular o religioso, para llevar en privado la comunión de devoción a los enfermos.

Nuestro parecer es—sigue hablando el esclarecido autor—que las disposiciones de los Ordinarios carecerían de vigor si, contra la declaración de la Sgda. Congr. de Sacramentos, impiden la comunión frecuente, y aun diaria, a los enfermos. Por tanto, o se lleva todos los días en forma solemne la comunión a los enfermos que la deseen (lo cual no es posible), o es preciso reconocer a tenor del can. 849, que cualquier sacerdote está facultado para llevársela en forma privada, con licencia, al menos presunta, del sacerdote a quien está encomendada la custodia del Santísimo Sacramento (nros. 109-111).

La autoridad de la persona y la forma tan clara y terminante con que se expresa, excusan todo comentario.

El can. 850 habla de la administración del Viático, y dice que corresponde al párroco, ya se lleve de una manera pública, ya privada, salvas las mismas excepciones que hemos visto respecto de la extrema unción.

b) *Lugares y horas en que puede darse la sagrada comunión.*—Según el can. 869, puede administrarse en todos aquellos lugares donde se permite celebrar la Misa, aunque sea en oratorios privados, a no ser que el Ordinario del lugar, por causas justas lo hubiera prohibido en casos particulares.

— Hace el canon mención expresa de los oratorios privados, porque en ellos estaba antes prohibido, como no fuera a los indultarios, y aún para éstos se requería licencia del Ordinario, siendo menester para administrarla a los demás, indulto apostólico, según había declarado la Sda. Congregación de Ritos el 10 de febrero de 1906.

En cambio, ahora, si aquél no lo prohíbe, puede administrarse a cualesquiera y donde quiera que esté permitido celebrar la Misa; teniendo presente que la facultad de los Ordinarios del lugar para prohibirlo no es ilimitada, antes bien, queda circunscrita a casos particulares, y sólo cuando causas justas lo reclamen, y mientras éstas subsistan.

También a propósito de este canon fué consultada la Sda. Congregación de Sacramentos por un Obispo del Piamonte, a cuyas preguntas respondió que puede el Ordinario del lugar autorizar, en cada caso y de una manera transitoria, para que cuando se lleve la sagrada Eucaristía a los enfermos pueda darse la comunión en un lugar sagrado o en otro, con tal que sea decente y honesto, a los fieles que por residir en lugares de comunicaciones difíciles no les sea posible acudir aquel día a la iglesia, ora se hallen en la casa del enfermo, ora en otras del mismo lugar o de los demás por donde pase el sacerdote (83).

En las anotaciones puestas por el ya mencionado Secretario, se dice, entre otras cosas, que pueden los Ordinarios delegar dicha facultad a los párrocos, para los casos en que la premura de tiempo no les permitiera acudir cada vez al Ordinario.

Hablando de las horas en que se puede dar la comunión, como norma general señala el can. 867 § 4, aquéllas en que se permite celebrar la Misa, a no ser que una causa razonable aconseje darla también a otras horas.

Respecto de la noche de Navidad existía alguna duda sobre si podía distribuirse la comunión en la Misa parroquial o conventual, única que, fuera de indulto apostólico, pueden comenzarse a la media noche, según expresa el can. 821 § 2.

En el § 3 añade que en todas las casas religiosas o piadosas dotadas de oratorio con facultad de tener habitualmente reservado el Smo. Sacramento, puede un sacerdote celebrar la noche de Navidad una o tres Misas... y dar la comunión a los que la pidan.

El hecho de mencionar en este § 3 lo de poder dar la comunión, mientras que en el anterior nada se dice sobre esto, daba motivo para dudar si podía administrarse la comunión en la Misa parroquial o conventual.

Prümmer (84) invocando el can. 867 § 4, inclinábase por la afirmativa, si bien con cierta mesura, por no decir timidez.

Vermeersch-Creusen (85) mostrábanse más vacilantes al observar el contraste entre los dos mencionados párrafos del can. 821; afirmando que el § 2 contenía una excepción de la regla general establecida en los cánones 846 y 869, no sin añadir que semejante excepción parecía haber desaparecido con la respuesta dada por la Comisión del Código al Obispo

(83) A. A. S., Vol. XX, p. 79. En LA CIENCIA TOMISTA, Julio-Agosto (1928), pp. 76-81, pueden ver los lectores una exposición más detallada de ambos documentos de dicha Sda. Congregación.

(84) *Manuale J. Canonici* 5, q. 291 (21),

(85) *Epit. Juris Canonici* 4, T. II, nn. 97 y 111.

de Tuguegarao, no publicada en A. A. S., sino únicamente en *Cultura Social* de Manila (1920), *sed non est promulgatum* (subraya el autor). «Quare res nondum plane constat. Concordat tamen stylus S. C. Concilii».

Regatillo (86), por el contrario, afirmaba resueltamente «que aún en las iglesias parroquiales y conventuales, en que conforme al can. 821 § 2, se puede celebrar la misa parroquial o conventual a media noche, *januis apertis*, es lícito repartir la comunión a todos los fieles que lo deseen. Así respondió el Presidente de la Comisión de Intérpretes del Código al Obispo de Tuguegarao (Filipinas), 10 de julio 1919».

También Blat lo admitía, y de una manera más absoluta, ya que en la primera edición de su *Commentarium Textus C. J. C.*, Liber III, Pars I, *De Sacramentis*, publicada el mismo año que apareció en C. S. de Manila la respuesta mencionada, y sin referirse para nada a ella, comentando el § 4 del can. 867, se expresaba de la siguiente forma en la pág. 202: «haec clausula est interpretanda ad normam can. 821 ac etiam de communione ministranda intra Missam conventualem vel paroecialem in nocte Nativitatis Domini».

Abundaba en el mismo sentir Schäfer (Ob. cit., n. 377).

Hoy, afortunadamente, ya tenemos resuelta la cuestión de una manera auténtica, con la respuesta dada por la Comisión del Código el 16 de marzo de 1936, declarando «que el can. 867 § 4, relacionado con el can. 821 § 2, se ha de entender de manera que se puede distribuir la sagrada comunión en la Misa que, ya sea en virtud del derecho, ya por indulto apostólico, se celebre a media noche de la Natividad del Señor, a no ser que el Ordinario del lugar por causas justas y en casos particulares lo prohíba, de conformidad con el can 869» (87).

Huelga advertir que esa facultad del Ordinario del lugar se extiende también a las iglesias de los religiosos exentos.

Los autores que limitaban a los oratorios privados la facultad por el canon últimamente citado concedida de prohibir en casos particulares administrar la sagrada comunión, tendrán que reconocer en la presente respuesta una ampliación de aquella facultad.

FR. SABINO ALONSO, O. P.

(86) *Casos de Derecho Canónico*, T. II, n. 197.

(87) A. A. S., Vol. XXVIII, p. 178.

Cayetano y la Tradición Teológica Medioeval en los problemas de la Gracia

V.—¿Es Cayetano premocionista? Doctrina de los teólogos medioevales sobre la ciencia y causalidad divinas. Posición de Cayetano en estos problemas.

La posición de Cayetano en las doctrinas que acabamos de exponer, parece obligarnos a formular la pregunta con que encabezamos este apartado. Su modo de explicarnos los actos meritorios, por nuestra unión con Cristo, y la compenetración establecida entre nuestro acto sobrenatural con la gracia y el obrar del Espíritu Santo, parecen llevarnos a una conclusión afirmativa. Cayetano debe ser forzosamente premocionista, y reflejo exacto de la doctrina de Sto. Tomás. El examen de sus obras responderá por nosotros, y nos descubrirá su posición ante la teología medioeval.

Anotemos, por adelantado, que no fué este problema de los que más apasionaron en la Edad Media, a juzgar por lo que sabemos, ni tampoco se planteó siempre en toda su amplitud. La explicación histórica de este hecho no es difícil. En la base del problema topamos con los principios de la metafísica. No debe, por lo tanto, sorprendernos el que, en los comienzos de la Escolástica, cuando el influjo de la filosofía era harto limitado, según dijimos, se plantease y resolviese de un modo parcial. Lo sorprendente sería lo contrario (1).

A pesar de esto, el P. Martín, O. P., afortunado y conocido historiador belga de la teología medioeval, nos descubrió hace años a un teólogo del XII, que ya menciona las tres teorías, que aparecen vinculadas luego a figuras posteriores. Por esto no ha dudado en escribir: «Ni Molina, S. J., ni Durando de S. Pourçain, O. P., pueden gloriarse de haber sido los pri-

(1) Cfr. P. Norberto del Prado, O. P., *De Gratia et Libero arbitrio*, II, cap. 10, p. 340 y sgts.

meros en presentar las respectivas soluciones del problema; esas soluciones eran conocidas antes de existir ellos». El mismo autor, al final de su artículo, hace resaltar las coincidencias de Roberto Melun (T. 1167), que es el teólogo aludido, con Sto. Tomás (1). Quiere esto decir que el problema y las soluciones no eran una novedad, al aparecer el doctor Angélico, aunque este preste a su doctrina la contextura y el vigor conocidos, habida cuenta de la filosofía aristotélica, que sin disputa le sirve de base.

Con todo, debemos reconocer que el premocionismo de los teólogos del XII, a juzgar por las obras conocidas, se reduce, por su naturaleza y por su origen, al premocionismo de S. Agustín. Es lo que ya advertimos, al exponer otros problemas, como el de la preparación a la gracia. No dan un paso más, ni le llegan, a nuestro juicio. Es el premocionismo del orden sobrenatural, tan acabado en las obras del Doctor de la Gracia, y de un modo particular en las obras que escribió contra pelagianos y semipelagianos, desde 411 a 430 (2). Esta es la impresión que nos produce Lombardo, que en justicia puede ser considerado como el más completo, y sus predecesores Hugo de S. Víctor y el autor de la *Summa Sententiarum*, con los continuadores Gandulfo de Bolonia y Pedro de Poitiers. Ya advertimos que algunos tocan poco las cuestiones de la gracia. Con todo, al hablar de ella, siempre la consideran como «*praevia*» y, respecto de ella, la voluntad es «*pedisequa*», como decía ya S. Agustín, de quien toman estas expresiones y otras semejantes (3). Mas, por lo mismo que su premocionismo es ante todo de orden sobrenatural, a través de las frases de la Escritura y de S. Agustín, suelen contentarse en lo demás con afirmaciones generales, exactas ciertamente, pero sin que nos puedan dar

(1) P. Martín, *El problema del influjo divino sobre las acciones humanas un siglo antes de Sto. Tomás*. Aparte de LA CIENCIA TOMISTA (1915), p. 5, 18-20.

(2) Quien se haya tomado el trabajo de leer seguidas, y en el orden que fueron escritas, las obras de S. Agustín, desde «*De Peccatorum meritis et remissione*» (411) hasta la «*De Dono Perseverantiae*» (429), pasando por las *Retractiones* (c. 427) y *De Praedestinatione Sanctorum* (429), con las otras comprendidas en este período de controversia pelagiana y semipelagiana, tendrá que concedernos que nada añadió el tomismo para ser premocionista en el orden sobrenatural. Dió, sí, base filosófica y perfiló la doctrina y, si se quiere, frenó.

(3) Lombardus, *Lib. II. Sent.*, dist. 26, c. 1-2; *Summa Sent.*, tract. III, c. 7. (PL. 176, 99); Gandulphus de Bononia, *II Sent.*, § 209-211, p. 263; Pet. Pictaviensis, *III Sent.*, c. 1. (PL. 211, 1039-1043). Dentro de los límites en que se plantea el problema, se expresa con claridad. La gracia y el libre albedrío obran «*simul tempore*», «*sed non simul natura*», pues la gracia precede, es previa (ibid. col. 1042).

base para clasificarlos, en este problema (1). En una palabra, el problema de la premoción, en toda su amplitud, se asienta sobre dos bases necesarias: la doctrina filosófica y metafísica y la distinción entre la gracia actual y habitual; y como las dos faltan, en los comienzos de la escolástica, o no están más que embrión, no podemos exigirle mayor claridad. Harto hicieron con no desviarse.

Este juicio podíamos extenderlo a más de un teólogo de los siglos posteriores, y en especial a los que se mostraron más reacios a la nueva corriente filosófica, amparada en el nombre de Aristóteles. Los eruditos y beneméritos editores franciscanos de S. Buenaventura advierten que no planteó el problema con la amplitud de un Sto. Tomás y teólogos posteriores (2). La observación nos parece exacta. A pesar de esto, puede inferirse su tendencia a través de las cuestiones afines, que sirven de base a la premoción.

Siempre hemos tenido por cierto, que el problema de la premoción divina, en cualquier orden, no puede desligarse de las cuestiones sobre la ciencia y voluntad divinas, por ser básicas, y con reflejos directos en todas las operaciones «ad extra» de Dios. Así lo entendió Sto. Tomás, que las resuelve muy al principio de la *Summa Theologica* (q. 14 y 19). Por no tener esto en cuenta, se desviaron algunos teólogos, olvidando el verdadero método teológico.

Rastreando, por lo tanto, el pensamiento de esos teólogos en las cuestiones fundamentales, podemos adivinar cuál sería su opinión en el problema que nos ocupa, si se lo hubiesen planteado en toda su amplitud. Al menos podremos fijar su tendencia. En honor a la verdad, debemos decir que no encontramos desviaciones de bulto, a no ser en algunos teólogos del xiv y xv. ¿Qué nos dicen los teólogos medioevales sobre la ciencia divina? ¿Cómo explican el conocimiento de Dios respecto de todos los seres creados, incluso los futuros contingentes?

Para nuestro objeto baste consignar que ni S. Anselmo (3), ni el autor de la *Summa Sententiarum* (4), ni Lombardo (5), con los demás teólogos

(1) No es que nieguen la necesidad de la moción divina en el orden natural. Se contentan con afirmaciones generales, como diremos luego.

(2) S. Bonaventura, *I Sent.*, dist. 45, art. 2, q. 2, schol. de los editores (Apud Claras Aquas. 1924).

(3) S. Anselmus, *Tract. de concordia praescientiae et praedestin. necnon gratia Dei*, c. 7. (PL. 158, 512-519).

(4) *Summa Sentent.*, tract. 1, c. 12-13, col. 61-67.

(5) Lombardus, *I Sent.*, dist. 31, c. 1; dist. 38, c. 1; Gandulph. de Bonon., *I Sent.*,

del xii, tienen el mal pensamiento de subordinar la ciencia de Dios y su certeza a los seres creados. La conocida expresión de S. Agustín se transmite de unos a otros: Dios no conoce las cosas, presentes o futuras, porque existen; al contrario, existen porque las conoce.

No es otro el sentir de los grandes teólogos del xiii. Ni Alejandro de Hales (1), ni S. Buenaventura (2), ni S. Alberto Magno (3), ni Tarantasia (4), reconocen la menor dependencia en el conocer divino respecto de las cosas creadas, ya sean presentes, pasadas o futuras, libres, necesarias o contingentes. A ninguno se le ocurre acudir a la supercomprensión de las causas segundas. A ninguno se le ocurre acudir a la supercomprensión de las causas segundas, ni a otros medios semejantes, para explicar el origen de ese conocimiento, ni su certeza. Todos repiten que Dios no sería Dios, si se admite cualquier clase de dependencia.

¿Cuál es la doctrina de Sto. Tomás? Nos bastaría decir que sigue la misma trayectoria, perfeccionándola, como acostumbra, en casi todos los problemas. En tres palabras sintetiza su doctrina. Para resolver el problema debemos considerar cuál es el «medio», el «modo» y el «término» de la ciencia divina. El medio no puede ser otro que su divina esencia, aunque se trate de los futuros contingentes y libres (5); el modo queda expresado con decir que es intuitiva, pues para Dios todo está presente en un *ahora* eterno. Si hemos de ser exactos, escribe Sto. Tomás, debemos decir que en Dios no hay «*praescientia*», ni «*praevidentia*»; hay, sí, ciencia, conocimiento intuitivo, y hay providencia (6). El término queda

§ 122-131, p. 84 9; Pet. Pictaviensis, *I Sent.*, c. 14, col. 844 9. El Pictaviense utiliza la distinción «in sensu diviso et composito», para explicar en qué sentido es imposible que lo conocido por Dios suceda de modo distinto. Sus palabras son estas: «*compositionis et divisionis*» (id. col. 847), que equivalen al «*conjunctim*» y «*disjunctim*» de Lombardo en el *lib. I. Sent.*, dist. 38, c. 2.

(1) Alex. de Hales, *Summa Theol.*, P. I, inq. 1, tract. 5, sect. 1, q. unica, memb. 2, c. 1, 3, 4.

(2) S. Bonav., *I. Sent.*, dist. 39, art. 2, q. 1 et ad. 1. donde dice también que supuesta la ciencia divina y la determinación de su voluntad, las cosas se llaman necesarias «in sensu composito», pero no «in sensu diviso».

(3) S. Albert. Magn., *Summa Theol.*, I. P. tract. 15, q. 60, memb. 1; q. 61, memb. 4-5, donde utiliza la misma distinción que S. Buenaventura.

(4) Pet. de Tarantasia, *I. Sent.*, dist. 35, q. unica, art. 2. En el art. 6 escribe: «*Deus scit omnia per seipsam causam immediatissimam*».

(5) Div. Thomas, *I. P.*, q. 14, art. 5; *I. Sent.*, dist. 35, art. 2; *I. Cont. Gent.*, c. 48-9; *De Veritate*, q. 2, art. 3.

(6) *De Veritate*, q. 2, art. 12.

consignado con afirmar que nada escapa a la visión divina, sin excluir los menores detalles. «*Nihil est in re*», que sea perfección, escribe el doctor Angélico, que no dependa de la causalidad divina, y por consiguiente, que no sea conocido por El (1).

Con todo, se dice que Dios no conoce nada fuera de sí mismo, para significar que el medio es siempre su divina esencia. Aunque Dios ve todo lo creado, no importa el tiempo o momento de su existencia, y lo conoce tal como es, en cada momento, el medio de su conocimiento no varía; es siempre su esencia (2).

Mas con esto no está resuelto el problema. Sto. Tomás explica el conocimiento de los futuros, ya sean necesarios o contingentes y libres, por la doctrina de la presencialidad, que tanto daría que discutir a los teólogos, antes y después de Cayetano. El gran comentarista sintió el agobio de lo insondable, como diremos, reservando para entonces la exposición de este punto. De momento, baste decir que el doctor Angélico, percibiendo la dificultad, no se contenta con repetir, como hacen otros, las fórmulas consagradas. No basta afirmar que Dios conoce todo por su esencia, y a través de la misma, y de un modo intuitivo. Es esto, a la verdad, un postulado y una exigencia del mismo concepto de Dios; pero es menester un nuevo avance, explicando esa presencialidad de los seres, incluidos los libres, con todos sus actos. La solución la encuentra Sto. Tomás en las determinaciones de la voluntad divina. Los seres no salen de la nada, como impulsados por un resorte automático. La voluntad soberana y libre de Dios es la que determina la distinción entre lo posible y lo existente, no importa el momento, ni la naturaleza de lo creado. La ciencia divina se dice causa de los seres, en cuanto va unida con la voluntad, que a su vez obra sapientísimamente. De este modo la presencialidad de los futuros es posible, es un hecho (3).

En los teólogos posteriores, a juzgar por los que hemos consultado, no vemos diferencias fundamentales, si se exceptúa algún nominalista. Es

(1) *ibid. id.*, q. 2, art. 4; *I. P.*, q. 14, art. 6; *I. Sent.*, dist. 35, art. 3; *I. Cont. Gent.*, c. 50; *De Potentia*, q. 6, art. 1.

(2) *De Veritate*, q. 2, art. 3, ad 10.

(3) *ibid. id.*, q. 2, art. 14. «*Scientia in quantum scientia, non dicit causam activam*», «*et ideo a scientia nunquam procedit effectus nisi mediante voluntate, quae de sui ratione importat influxum quemdam in voluta*». Y ad 2, añade: «*quia res procedunt a scientia, mediante voluntate, non oportet quod esse prodeant quandocumque est scientia, sed quodocumque voluntas determinat*».

Cfr. etiam *II. Cont. Gent.*, c. 22; *I. P.*, q. 14, art. 8; *I. Sent.*, dist. 38.

cierto que el espíritu antitomista de algunos, que ya mencionamos, les llevó a criticar la doctrina de la presencialidad de los futuros, tal como fué expuesta por el doctor Angélico; pero no se separan en el fondo. Estas censuras se explican por el modo grosero de entenderla. Es el caso del Guillermo de Mara, en su *Correctorium* (1), a quien respondió el dominico Clapwel, en este punto como en los otros, y de Duns Scoto (2), y Durando (3). Defienden a Sto. Tomás Herveo en el siglo xiv (4) y Capreolo en el xv, aceptando su doctrina y rechazando las censuras de sus adversarios (5).

En cambio, sienten la duda ante el problema, y no encuentran solución que les agrade, para armonizar la certeza e inmutabilidad de la ciencia divina con la naturaleza de los futuros contingentes y libres, el inquieto Ockam (6), y Pedro de Ailly, que atribuye al franciscano Aureolo una doctrina, que nos recuerda la teoría de la supercomprensión de las causas segundas (7). Biel parece más decidido por esta doctrina, que no sin causa merece el calificativo de absurda. No se atreve a romper con los demás teólogos, pero apunta la posibilidad del conocimiento de los futuros, por parte de Dios, aunque no fuese su causa total o parcial, pues aún podría ver «quae pars contradictionis esset, fuit, et erit vera, quae falsa» (8).

* * *

Las opiniones sobre la ciencia divina se reflejan directamente en el problema de la causalidad de Dios en los seres creados, pues son inseparables. Si Sto. Tomás pone, según dijimos, como base del conocimiento de Dios, respecto de los futuros, las determinaciones de su voluntad, no hacen otra cosa Alejandro de Hales, S. Buenaventura, S. Alberto y Tarantasia. Los mismos teólogos del xii, que mencionamos, la incluyen (9), aunque unos y otros no llegan a precisar como el doctor Angélico.

Esto nos explican las coincidencias, al llegar al problema de la causa-

(1) Glorieux, *Le Correctorium Corruptorii* «Quare», p. 18-25.

(2) Duns Scotus, *I. Sent.*, dist. 39, q. unica; *Reportata Paris.*, I, dist. 35, q. 2; dist. 38, q. 1-2.

(3) Durandus, *I. Sent.*, dis. 38, q. 3.

(4) Herveus, *I. Sent.*, dist. 35, q. 1; dist. 38, q. 1.

(5) Capreolus, *I. Sent.*, dist. 35-38.

(6) G. Ockam, *I. Sent.*, dist. 35, q. 5.

(7) Pet. Alliacus, *I. Sent.*, q. 9.

(8) Cfr. Lombardus, *I. Sent.*, dist. 25, 28, 29; Pet. Pictaviensis, *I. Sent.*, c. 14.

(9) G. Biel, *I. Sent.*, dist. 38, q. unica.

lidad divina, aunque no todos vean el fundamento filosófico del problema. Según Alejandro de Hales, la voluntad de Dios es «causa universalísima respecto de las cosas que proceden de una causa eficiente, es decir, de todo lo bueno, pues el mal no tiene causa eficiente, sino deficiente» (1). Es la solución dada por los teólogos de esta tendencia al difícilísimo problema del mal. En los actos buenos la cuestión no existe. «La voluntad divina, escribe S. Buenaventura, es la causa primera, y causa universalísima y actualísima». Nada hace la causa segunda, en lo que tiene de ser y perfección, sin la moción de Dios; pero «una causa no destruye a la otra, pues todo el efecto procede de la causa creada, y todo también de la voluntad increada» (2). Es la frase querida ya a S. Agustín, a Sto. Tomás y a los defensores de la premoción. S. Buenaventura se detiene en el camino, como tantos otros, mas no puede tachársele de inexacto.

En cambio S. Alberto Magno, como más filósofo, más aristotélico, se expresa con gran claridad. Al referirse a la opinión algo semejante a la atribuida luego a Durando, y que ya mencionaba Roberto de Melun, nos dice que apenas tiene defensores en las escuelas. La causalidad divina no puede limitarse a la creación y conservación de los seres (3). Dios es causa inmediata, que no es determinada por las causas segundas (4).

La doctrina del doctor Angélico es harto conocida, aunque haya quien pretenda desfigurarla o desconocerla. Los fines no se ocultan a nadie. Es algo peligroso el ir abiertamente contra el doctor común de la Iglesia. El principio de la causalidad de las criaturas se encuentra, según Sto. Tomás, en las determinaciones de su querer divino. Dios obra libremente (5), y su querer no es causado, ni depende de las causas subordinadas. Ordena, sí, unas a otras, pero en la base de todas ellas se encuentra su voluntad soberana (6).

A pesar de esto, no se excluye la causalidad propia de los seres creados, ni todos los efectos se producen necesariamente. La eficacia del que-

(1) A. de Hales, *Summa Theol.*, I. P., inq. 1, tract. 6, q. 2, c. 2.

(2) S. Bonavent., *I. Sent.*, dist. 45, art. 2, q. 1.

(3) S. Albert. Magn. *II. Sent.*, dist. 35, art. 7. «Fere cessit ab aula et a multis modernorum reputatur haeretica». Se trata del problema del mal. De aquí surgió esta sentencia, que tuvo muchos defensores entre los antiguos, al decir de S. Alberto.

(4) id. *Summa Theol.*, I. P. tract. 20, q. 79, memb. 2, art. 1, pars. 3, ad 1.; *I. Sent.*, dist. 45, art. 8.

(5) Div. Thomas, *I. P.*, q. 19, art. 4.

(6) *ibid.* id. art. 5 7.

rer divino se extiende «al modo de producirse» el efecto. En otros términos, de una causa segunda, que es libre, el efecto, el acto gozará de esta misma condición, aunque la causa segunda obre movida por Dios. El ser y obrar libre del hombre es uno de los efectos de su causalidad divina y de su eficacia (1).

¿Hasta donde llega la moción divina? Con una palabra podíamos responder: desde el principio al fin. ¿En qué actos es necesaria? En todos, variando el modo, según la naturaleza del acto y de las causas segundas.

Como no intentamos exponer, con toda amplitud, el pensamiento de Santo Tomás, limitándonos a señalar brevemente la tradición teológica, con vistas a Cayetano, prescindiremos de muchas citas. Notemos, sin embargo, que la providencia, la predestinación y el gobierno de los seres creados, lo mismo que su conocimiento divino de lo particular libre y contingente, tienen por base, según el doctor Angélico, la causalidad inmediata y universal del mismo Dios, que incluye la existencia y el obrar de las causas segundas. Basta leer las cuestiones dedicadas a estos problemas, para convencerse de ello. Sin la causalidad divina todo quedaría en el aire y sin base firme (2).

Así se comprende que plantee el problema, en toda su extensión, al tratar del gobierno divino. El método de Sto. Tomás es siempre teológico, que vale tanto como decir que es descendente, desde Dios a las criaturas, pasando escalonadamente por todas sus operaciones, como autor de todo el universo, en sus distintas manifestaciones. Quiere esto decir que el problema se plantea, como una consecuencia de lo expuesto anteriormente; es un corolario de las cuestiones resueltas en las 104 cuestiones precedentes, que llenan la *I. Parte* de la *Summa*. Al llegar a la q. 105, en el art. 5, se pregunta a modo de conclusión final: ¿Obra Dios en todo agente o en toda causa, que obra, y en cada uno de sus actos? La respuesta no puede ser más clara.

Parte el doctor Angélico de una verdad indiscutible entre católicos: no sólo Dios obra, obran también las criaturas en su orden. El negarlas toda acción propia, como han querido algunos filósofos, redundaría en desdoro del mismo Dios. Esto supuesto, examina, en el mismo artículo, los diferentes aspectos de la causalidad divina, analizando las cuatro clases de causas: *material*, *final*, *eficiente* y *formal*. De la primera no es menester ocuparse, pero de las otras tres, sí. ¿Tiene Dios algo que hacer en cada uno de los actos de las criaturas, ya sean necesarios o libres, según estas

(1) *ibid. id.*, art. 8.

(2) *I. P.*, q. 22.3; q. 103, art. 5.

tres causas? La respuesta de Sto. Tomás se concreta en estas palabras: «*secundum haec tria Deus in quolibet operante operatur*» (1).

Para el problema que nos ocupa nos interesa, de un modo especial, su causalidad eficiente. ¿A qué se reduce esta acción de Dios, después de constituidos los seres? A mover (*applicat*) la causa segunda a la operación, para pasar al acto. Esta moción de Dios es íntima, penetrativa, en la misma causa segunda, como advierte en el mismo artículo (2). Es esta una idea querida al doctor Angélico, que la repite con frecuencia. Como el ser de las cosas, y de nuestras potencias, viene de Dios, sólo El puede obrar de este modo peculiar, sin daño para su naturaleza y condición de los seres o causas segundas. Por esto mismo, la voluntad del hombre, al ser movida por Dios, no pierde su condición libre. Los demás seres pueden moverse unos a otros de un modo extrínseco, y su moción puede ser incompatible con la libertad, aunque en no todos los actos, pues no pueden actuar en lo más íntimo de nuestro querer. En otros términos, que son del mismo doctor Angélico: sólo quien es causa de la misma voluntad puede obrar conjuntamente con ella, y causar íntimamente su «velle», su querer, sin menguar su libre albedrío. Es lo que no comprenden los adversarios de la premoción, que se imaginan el obrar o promover de Dios de una manera material, al modo humano. Pensando en esta doctrina de Sto. Tomás, hemos dicho más de una vez, que el problema de la libertad no es problema para nosotros. El misterio lo encontramos en otra parte, no aquí (3).

Quien dude del pensamiento de Sto. Tomás, puede leer el cap. 89 del *III. Contra Gentes*. Aquí verá cómo se revuelve el santo contra los que quieren mediatizar, dejándola a medio camino, la moción de Dios en las causas segundas. Las palabras de la Escritura: *Deus est enim qui operatur in vobis et velle et perficere pro bona voluntate* (Ad Philipp. II, 13), tiene para el doctor Angélico un sentido real y profundo, como lo tenía para S. Agustín (4). Por esto mismo no le asusta la palabra «*praedetermi-*

(1) *I. P.*, q. 105, art. 5.

(2) *Art. cit.* «Tertio considerandum est, quod Deus movet non solum res ad operandum, quasi *applicando* formas et virtutes rerum ad operationem (sicut etiam artifex *applicat* securim ad scindendum, qui tamen interdum formam securi non tribuit), sed etiam dat formas creaturis agentibus, et eas tenet in esse».

(3) *I. P.*, q. 105, art. 4; 1. 2, q. 9, art. 4-5; q. 10, art. 4. En todos estos lugares explica cómo mueve Dios la voluntad. Nosotros la mayor dificultad la encontramos en la cuestión del mal, y aun en la de la justicia divina.

(4) En el *III. Cont. Gent.*, c. 89, refiriéndose al texto citado y a otros semejantes, que el mismo alega, escribe: «Quidam non intelligentes qualiter motum voluntatis Deus in nobis causare possit absque praeiudicio libertatis voluntatis, conati sunt has

nat» siempre que se entienda bien (1). Esa moción híbrida, que algunos han imaginado, no cabía en la mente de Sto. Tomás. Una moción o una gracia que no produce ningún efecto, y es indiferente, es algo incomprendible. Pueden darse grados, sin duda, en la naturaleza y eficacia de la moción, pero siempre hay que concederla algo.

De esto se infiere que los actos de nuestra voluntad, como los de cualquier ser creado, aunque el modo sea distinto, no son producidos por la potencia solamente, disociada de la moción divina, que es intrínseca, y se hace un todo con ella, sin mengua del libre albedrío, como indicamos antes (2). Quien no comprenda este modo de obrar, exclusivo de Dios, quien sienta temores por el libre albedrío, confiese que no ha penetrado en los aspectos más bellos de la Teología y de la misma vida cristiana; confiese que no comprende cómo de un Saulo surgió un S. Pablo, y cómo de un pecador puede surgir, y es realidad consoladora, un alma cristiana, más libre, más dueña de sí misma, por la acción renovadora de la gracia divina, que cambia los corazones.

Este es el sentido de las palabras del doctor Angélico, aunque él las formula de un modo general, y por lo mismo aplicable al orden natural y sobrenatural, cuando escribe: «Si Deus movet voluntatem ad aliquid, impossibile est huic positioni quod voluntas ad illud non moveatur: non tamen est impossibile simpliciter», es decir, quitada la moción divina, o *sensu diviso*, como dicen los Maestros del xiii, el acto puede no darse. Con ella, sin embargo, se realiza, de un modo infalible, aunque libérrimamente, por las razones apuntadas (3). No debe olvidarse que esa moción es «*simul tempore*» con nuestro acto, aunque sea «*prius natura*».

El origen de las objeciones posibles a esta doctrina, fueron ya señaladas por Sto. Tomás, cuando dice: «*Quidam non intelligentes*» el verda-

anctoritates male exponere: ut scilicet dicerent quod Deus causat in nobis virtutem volendi, non autem sic quod faciat nos velle hoc vel illud». Es lo que no puede admitir Sto. Tomás. Para él la moción divina «est causa non solum virtutis, sed etiam actus», en todo lo que tiene de bueno, y sin excluir la causa segunda. Cfr. etiam cap. 67, 70, 88-90.

(1) *Lib. III. Cont. Gent.*, cap. 90. Se refiere a un texto de Gregorio Niseno, donde niega que Dios *predetermine*, y Sto. Tomás responde: «*exponenda sunt (ita) ut intelligantur ea quae sunt in nobis divinae determinationi non esse subjecta quasi ab ea necessitatem accipientia*», es decir, sin libertad, pero no de otro modo, pues determina inclinando y moviendo.

(2) El cap. 89 del *III. Cont. Gent.*, lleva por título: «*Quod motus voluntatis causatur a Deo, et non solum potentia voluntatis*».

(3) 1. 2, q. 10, art. 4, ad 3. Se refiere aquí Sto. Tomás a la moción «*efficax*», palabra que emplea en la objeción 3, y a la cual responde con las palabras copiadas.

dero sentido de la palabra de la Escritura, donde se afirma esta moción divina, buscan la senda extraviada, que agrieta todo el edificio teológico. El lector verá, en suma, el pensamiento teológico de Sto. Tomás, consultando el art. 7 de la q. 3 (*De Potentia*), y el art. 8 de la q. 22 (*De Veritate*), y a través de ellos podrá comprender cómo la moción divina es previa (*prius*) a la voluntad, y como es íntima, transformadora en el orden sobrenatural, mediante la gracia (1).

La doctrina de Sto. Tomás, aunque haya sido perfeccionada por él, responde a la mentalidad teológica de los Maestros del xiii. Guillermo de Mara, ávido de reparos, no dice nada sobre este problema en su célebre *Correctorium*. Quiere esto decir que el franciscano autor de la obra no vió aquí una novedad contraria a sus doctores preferidos. El dominico Juan de Nápoles refleja, en el siglo xiv, la misma doctrina, comenzando por transcribir a la letra las palabras de Sto. Tomás, Dios obra en cuanto da el ser, lo conserva y mueve (*applicat*) la potencia al acto (2). Lo mismo puede afirmarse de Herveo (3) y el Paludano (4), que acompañaron al anterior en la defensa de Sto. Tomás. No es menester añadir que Capreolo, el representante del tomismo en el siglo xv, defiende la necesidad de la moción divina en las operaciones del hombre. La libertad, repite con el maestro, no exige que nuestra potencia sea la primera causa absoluta de su determinación y de su acto. No es incompatible, por lo tanto, la moción de Dios, que es anterior, con prioridad de naturaleza, y la libertad de nuestra potencia (5).

(1) Cfr. *Quaest. Disput.*, *De Potentia*, q. 3, art. 7. Son de gran interés las respuestas a las 16 objeciones, que él mismo se pone. Por ellas se verá cómo concibe la moción de Dios. «Tam Deus quam natura immediate operantur; licet ordinentur secundum prius et posterius, ut ex dictis patet» (id. ad 4).

(2) Joann. de Neapoli, *Quaest. variae Paris. Disput.*, q. 15, punct. 3. Después de un largo razonamiento, escribe: «Deus ergo est causa actionis omnis agentis creati, sicut applicans seu movens omne agens ad effectum suum. Patet ergo quod Deus est causa omnis actionis creatae, seu agit in omni agente creato, quantum ad actionis principium, scilicet sicut dans et conservans virtutes omnium rerum, quae sunt eis principium actionum. Et quantum ad actionis terminum, seu effectum, quia scilicet omnis effectus creatus in ratione, qua ens, est Dei effectus. Et quantum ad actionis modum se medium, quia scilicet applicat seu movet, causas omnes ad suos effectus».

(3) Herveus, *I. Sent.*, dist. 38, q. 1; dist. 46, q. 2. El término consagrado entre estos teólogos dominicos tomistas, para defender la premoción, es el de «*applicat*», «*movet*».

(4) Petrus de Palude, *III. Sent.*, dist. 37, q. 2. En este aspecto tampoco se puede hablar de oposición por parte de Scoto, y algunos otros franciscanos. La diferencia la señalaremos luego.

(5) Capreolus, *II. Sent.*, dist. 25, q. 1, art. 1; dist. 38, q. 1, art. 1. Cfr. [Div. Tom., *I. P.*, q. 83, art. 1, ad 3.

Por no comprender esto, nació en los nominalistas el falso concepto de la libertad, y su conocida definición. Han tenido el triste privilegio de heredar casi todos los deslices de algunos teólogos anteriores, y de acrecentarlos, sirviendo luego de medio transmisor respecto de los herejes del xvi o de los teólogos desviados. Por lo escrito hasta aquí, podrá juzgar por sí mismo el lector; pero debemos añadir que apenas hemos encontrado un error teológico, con resonancias en este siglo de lucha religiosa, que no haya sido amparado antes por los nominalistas. Los caminos son distintos, mas el resultado siempre fué el mismo. Con algunos terminan en el protestantismo; con otros en los teólogos católicos desviados.

Marsilio de Inghen (I. 1396) no niega abiertamente la necesidad de la moción divina, pues esta opinión no ha contado nunca con partidarios decididos, pero defiende el concurso indiferente y apunta el simultáneo. La moción de Dios es de tal naturaleza, que se concede universalmente para todo cuanto elija la causa segunda (1), es decir, queda Dios supeditado a nuestra voluntad, y a las otras causas. Las dificultades, que surgen de esta doctrina no detienen al teólogo representante del nominalismo. Confiesa, sí, que «est mihi incomprehensibile, et penitus inexplicabile» cómo Dios puede conocer, de una manera infalible, los futuros contingentes (2).

El más autorizado representante del nominalismo, a fines del siglo xv, Gabriel Biel, se nos presenta como un defensor del concurso simultáneo (3). Con él está Almaino, a quien se refieren en sus impugnaciones los teólogos tomistas de la escuela salmantina del xvi (4), y Juan Mayor (Mayr), que son ya de este siglo (5).

De esto se infiere que el concurso híbrido, llámese indiferente o simultáneo, toma carta de naturaleza con los nominalistas, y a través de ellos pasa a otros teólogos controversistas de la época protestante, buenos católicos, pero no eminentes teólogos, por ley general, que acuden a él asustados por los errores protestantes. Es la reacción natural, que se repite varias veces en la historia de la Teología, empezando por la época de S. Agustín, que ve nacer el semipelagianismo contra el gran Doctor de la Gracia, encarnado en varones de probada virtud. Ni entonces, ni después, acertaron a guardar el justo medio.

FR. VENANCIO CARRO, O. P.

(1) Marsilius, *II. Sent.*, q. 16, circa dist. 24-5.

(2) *Id. I. Sent.*, q. 60, circa dist. 38-9.

(3) Biel, *II Sent.*, dist. 1. q. 2; dist. 25, ff. unica, art. 1.

(4) Almainus, *Moralis*. cap. I.

(5) J. Major, *II. Sent.*, dist. 25, q. I.

Filosofía del comunismo marxista

La Encíclica «Divini Redemptoris».

Con una energía asombrosa en un anciano de ochenta años, S. S. Pío XI acaba de señalar al mundo el gran peligro de nuestros tiempos. Los voces de alerta que en repetidas ocasiones había ido lanzando, culminan en la condenación clara y terminante del Comunismo.

El alto valor doctrinal de la Encíclica «Divini Redemptoris» sería razón suficiente para que le dedicásemos un estudio detallado. Pero, en los momentos actuales, esa Encíclica tiene para los españoles un sentido mucho más profundo. La guerra que ensangrienta nuestro suelo es la confirmación viviente de las palabras y de las predicciones de Su Santidad. Estamos viviendo las consecuencias trágicas de doctrinas que durante mucho tiempo se habían venido sembrando en nuestro pueblo, y que ahora brotan con frutos de sangre. Afortunadamente aún quedaban en España reservas de espiritualidad, que han hecho posible la magna Cruzada en que nos hemos levantado contra los enemigos de Dios y de la Patria. La Encíclica del Santo Padre viene a darnos una razón más de la justicia y de la santidad de nuestra causa. Es una voz de aliento en medio del combate, que Dios quiera que sirva para abrir los ojos de muchas naciones, sobre las que se cierne el mismo peligro que sobre nosotros, y que no saben o no quieren comprenderlo.

El Bolchevismo, fin de una civilización.

El Bolchevismo es un fenómeno tan diabólicamente grandioso que, al acercarnos a él con intención de comprenderlo, experimentamos la sensación de falta de perspectiva. Estamos demasiado cercanos a él, estamos rodeados por él, y la proximidad impide a nuestra vista una exacta delimitación de contornos. Un acontecimiento tan desmesurado exige ser contemplado a distancia de siglos. Sólo cuando el tiempo, con otras ideas y otros modos de vida, lo circunde en el horizonte de las cosas históricas y acaben de fijarse sus formas,

hoy todavía un poco amorfas con la difusa vaguedad del hacerse, serán posibles la comprensión total y el juicio exacto.

El Bolchevismo no es el principio, sino el fin de una civilización, que coincide con el momento histórico que vivimos, y en la que estamos sumergidos todavía. Tiene que transcurrir aún mucho tiempo hasta que sus contornos se recorten con nitidez en el fondo de lo pasado. Sólo entonces se podrá apreciar integralmente su verdadero sentido.

Es un error pensar que el Bolchevismo es un acontecimiento episódico, que se ha producido repentinamente en nuestros días, sin ninguna conexión con el pasado. Como toda gran revolución, es una consecuencia de hechos y principios anteriores a él. No se puede comprender el Renacimiento, si no se tienen en cuenta las corrientes ideológicas latentes en Europa desde el siglo XII. No se puede explicar el Protestantismo, sin la revolución humanista del Renacimiento. No se entiende la Revolución francesa, si se prescinde de las ideas puestas de moda por el Racionalismo y las «luces» del siglo XVIII. Asimismo para penetrar a fondo en el fenómeno bolchevista, es preciso considerarlo como la culminación gigantesca de una trayectoria ideológica, social y política, cuyo arranque hemos de buscarlo en siglos ya muy distantes de nosotros. Es la cúpula en que convergen y se cierran todas las líneas del pensamiento anticristiano de cinco siglos. Es la conclusión de un monstruoso sorites de falacias, acumuladas en labor de titanes, con el anhelo de erigir en este mundo la Ciudad del Hombre, contrapuesta a la Ciudad de Dios.

Otro error muy común es el de considerar al Bolchevismo como un simple sistema económico, en que se da primacía a lo colectivo sobre lo individual. El aspecto comunista del Bolchevismo es solamente un elemento parcial y, sin duda, el menos peligroso de los que intervienen en él. Es más bien resultado que determinante de sus principios fundamentales. El Bolchevismo es un sistema filosófico completo, una concepción totalitaria del hombre y del Universo, que pretende dar solución a todos los problemas del ser. Sistema cuyo contenido doctrinal se condensa en unos pocos «mitos» fascinadores y facilísimos de comprender, que obran con fuerza irresistible en las mentalidades sencillas de las clases poco cultivadas. En este aspecto el Bolchevismo es un peligro inmensamente mayor que el de todas las herejías que hasta ahora han aparecido en la historia. Su poder de captación de masas excede a todo lo conocido hasta el presente (1).

(1) «El marxismo tiene la ventaja práctica de poseer, o más bien, de ser esencialmente una filosofía de la historia, que, si bien maltrata la libertad y la personalidad humanas, y si niega furiosamente las acciones imprevisibles, presenta, al menos, al espíritu y al esfuerzo la imagen de un porvenir. De esta manera el marxismo puede

Lenín solía decir que: «solamente un partido dirigido por una teoría avanzada puede desempeñar el papel de luchador de vanguardia». La verdadera importancia del Bolchevismo está en su contenido doctrinal, síntesis en que se condensan los principios filosóficos y anticristianos en apariencia más contradictorios. En esto consiste su grandeza y también su peligro, y lo que hace de él, en frase del P. Lavaud: «una máquina de guerra, una fuerza destructora capaz de hacer saltar un mundo entero» (1).

Bolchevismo y naturalismo.

Todas las revoluciones que jalonan tristemente el camino de la historia moderna tienen un elemento genérico, común a todas, el naturalismo. Pero cada una posee, además, otros elementos específicos que provienen del medio ambiente, del momento histórico y de las características particulares del pueblo en que esos elementos comunes se desarrollan. Semejantes en el fondo, las cuatro grandes revoluciones naturalistas: Renacimiento, Protestantismo, Racionalismo y Bolchevismo, se distinguen entre sí por los elementos secundarios que determinan la, digámoslo así, fisonomía particular de cada una. Todas son fruto de una misma semilla, en distintas condiciones de terreno y de cultivo. Ramificaciones sucesivas de un mismo tronco genealógico. Etapas progresivas de avance en el desarrollo de una misma idea (2).

De esos dos factores, genérico y específico, se derivan dos métodos de estudio distintos, pero complementarios. Puede seguirse la trayectoria del naturalismo, reconstruyendo sus etapas ideológicas, y entonces entra de lleno en el campo de la Historia de la Filosofía. O puede estudiarse el desarrollo de sus realizaciones concretas en la ciencia, en el arte, en la vida social, política y religiosa de las naciones. Esta labor es múltiple, consecuencia de la extraordinaria flexibilidad del principio naturalista que, como actitud ante la vida, se pliega a las condiciones más diversas. Una apreciación integral del naturalismo sólo es posible como resultado de este doble estudio. Pero esto sólo se podría realizar en una Historia Universal, escrita desde este punto de vista. Una historia semejante, concebida en función de esta idea, sería sin duda la mejor interpretación de los hechos culminantes de la Edad Moderna, pues el naturalismo es la clave que explica el sentido profundo de sus acontecimientos principales. Tengamos siempre en cuenta que las ideas son las que deter-

dar al comunismo su espíritu dinámico. No solamente explica el pasado, sino que orienta la esperanza hacia el porvenir». ETIENNE BORNE: *Les Catholiques, le communisme et les crises du moment present*. En *La Vie Intellectuelle*, 25 de Febrero, 1937.

(1) P. LAVAUD, O. P.: *La philosophie du bolchevisme*. Revue Thomiste, Nv-Dc, 1932.

(2) Cf. RAMIRO DE MAZTU: *La crisis del Humanismo*.

minan los hechos, lo cual podemos ver claramente en el hecho indudable de que los acontecimientos históricos pueden predecirse con bastante aproximación si se conocen el desarrollo y la tendencia de las ideas predominantes en una época determinada.

El naturalismo es la gran herejía de los tiempos modernos, herejía multi-forme, sutilísima, que se infiltra hipócritamente en todas las manifestaciones de la vida particular y pública, y por esto mismo la más difícil de combatir.

Considerado a la luz de la idea naturalista, el Bolchevismo aparece en toda su diabólica grandeza, como el término inevitable de una serie escalonada de revoluciones, y podemos centrar en una visión de conjunto otras muchas manifestaciones parciales de la misma idea,—liberalismo, laicismo, capitalismo liberal, etc.—que aún perviven por pura inercia, sin razón ninguna de ser, puesto que lógicamente—también el error tiene su lógica—se ha llegado al sistema universal en que se sintetizan todas esas tendencias dispersas. El hecho de que todavía queden mantenedores de cada una de esas doctrinas no significa más que un anacronismo de mentalidades atrasadas, que siguen viviendo de formas muertas y definitivamente rebasadas, o la cobardía intelectual de no atreverse a aceptar íntegramente las consecuencias de principios, cuyo verdadero significado tal vez nunca comprendieron plenamente (1).

La lucha se precisa cada vez más entre dos concepciones totalitarias del Ser. Una, la sobrenaturalista, con un Dios personal, principio y fin del hombre y de todo el Universo; y otra la naturalista, con la negación absoluta de Dios y el endiosamiento de la materia y el hombre, constituido en principio, medio y fin de toda la realidad. Catolicismo y Bolchevismo. La lucha será

(1) Por grandes que, a primera vista, puedan parecer sus diferencias, si penetramos en el fondo de esos sistemas, vemos que son puramente superficiales, y que todos van a identificarse en un mismo anhelo común. Son consecuencias divergentes de unos mismos principios, con frecuencia hostiles entre sí, pero la razón de su hostilidad hay que buscarla, no en su espíritu, que es idéntico, sino en el modo de concebir su realización concreta.

Nada más opuesto en apariencia que capitalismo liberal y comunismo. Y sin embargo, uno y otro coinciden en la íntima realidad de concebir al «hombre» como *medio* y a la «producción» como *fin*. Sus principios y sus consecuencias son igualmente condenables ante la moral cristiana. Su oposición se explica, más que por su fondo ideológico, por razones políticas y circunstanciales.

Véase acerca de este punto la hermosa obra del P. HORVÁTH, O. P.: *Eigentumsrecht nach dem hl. Thomas von Aquin*, Graz, 1929. Es también muy interesante el folleto de A. MENDIZÁBAL VILLALBA: *Comunismo: anticristianismo, anti-democracia*. (Semanas Sociales de España, 1934).

por necesidad irreconciliable, porque es de ser o no ser, de afirmaciones y negaciones totales y opuestas, de la Verdad única con la forma suprema del error.

En el presente estudio presentaremos el Comunismo en sus líneas fundamentales haciendo de él una breve síntesis, en la que consideraremos ante todo su aspecto doctrinal y filosófico, dejando a un lado lo que hay en él de puramente económico, ya que este segundo aspecto es secundario y circunstancial y ni su éxito ni su fracaso desvirtúa en nada la terrible fuerza de su contenido ideológico.

Un poco de historia.

El comunismo no es una doctrina nueva. En todos los tiempos han existido espíritus selectos que, amargados por el espectáculo de las miserias humanas, han soñado con una sociedad ideal de unión y de fraternidad entre los hombres, cuya condición fundamental habría de ser la abolición de la propiedad privada. Todos los sistemas comunistas que se han ido sucediendo a través de la historia llevan indefectiblemente como sello de familia un fondo de idealismo. La realidad hosca y agria de la vida ha impelido a esos hombres a refugiarse en el reino de la imaginación, y soñar con sociedades posibles, cuyo único defecto ha consistido casi siempre en un olvido absoluto de la condición real de la naturaleza humana.

La primera exposición filosófica y doctrinal de un sistema comunista la hallamos en la República de Platón. Obra de juventud, concebida bajo la impresión dolorosa de la condenación injusta de Sócrates. Ante el espectáculo de una sociedad corrompida, el joven Maestro sueña con una sociedad ideal en que no pudieran ser posibles injusticias como la que acababa de presenciar. Pero Platón no trazó los planos de una sociedad amorfa, indiferenciada y «sin clases». Influido tal vez por Esparta, la sociedad de Platón es una sociedad jerárquica en la que el comunismo es tan sólo privilegio de las clases más elevadas. Concepción bellísima, pero a la que Aristóteles pondrá años más tarde la objeción decisiva: *contra naturam*.

Pasan los años. El pensamiento de Platón va madurando y precisándose con el roce de la realidad, y al volver a exponer su concepto de sociedad en *Las Leyes*, la experiencia de cuarenta años se refleja en una doctrina menos ideal, menos bella, pero más humana.

Sin embargo de esta implícita retractación, la República platónica quedaba como tema de ensueño para excitar durante muchos siglos la imaginación de los filósofos.

Llega el Renacimiento y aparece en Europa una nube de pensadores, cada uno de los cuales se forja en su imaginación su ideal de sociedad. Tomás Moro,

dad. Las pocas tentativas de llevar a la práctica esos sueños fueron coronadas con el fracaso más rotundo. La realidad prevalecía siempre con su gesto hosco sobre las ilusiones de aquellos aventureros del pensamiento. Y el pueblo permanecía ajeno o indiferente ante tanta belleza.

Pero a principios del siglo pasado el panorama cambia de aspecto. El maquinismo, al producir la rápida mecanización de la industria, determina la centralización del trabajo en las grandes fábricas y en las grandes empresas. Surge el capitalismo, y su consecuencia inmediata es la aparición en escena de una clase social desconocida hasta entonces, constituida por una masa inmensa de hombres sin más propiedad que su capacidad de trabajo, que alquilan a los empresarios de alguna industria poderosa. Masa entre cuyos miembros no tardan en surgir lazos de solidaridad, originados de vida e intereses comunes, contrapuestos a los del capitalismo que le había dado origen. Era la materia admirablemente preparada para recibir las nuevas doctrinas que empezaban a difundirse por Europa. Desde ese momento el ideal comunista llega al pueblo, dejando de ser un sueño de románticos, para convertirse en la nueva fe de millones de hombres, en el ideal motor de toda una clase social. El nuevo Evangelio del proletariado tenía su profeta en un alemán, de raza judía, Carlos Marx (1).

El marxismo.

Marx es el maestro supremo, de autoridad indiscutible para los comunistas. El socialismo de principios de siglo no constituía una filosofía propiamente dicha. El fondo roussoniano de las teorías de Saint-Simón o de Fourier tenía más valor de sentimentalismo que de filosofía. De aquí su vaguedad y su carencia de un conjunto de principios que pudiera dar origen a un sistema doctrinal armónico y coherente. Pero en Carlos Marx el socialismo alcanza la categoría de sistema filosófico. Su doctrina y su actividad social y revolucionaria desplazaron totalmente los ingenuos sistemas utópicos, sustituyéndolos por el «socialismo científico». Su influencia es indiscutible. Todas las ramas del comunismo que han aparecido después de él pueden considerarse como derivaciones, más o menos ortodoxas, de sus doctrinas.

El marxismo se encuadra filosóficamente en el materialismo de la izquierda hegeliana. Es una extraña combinación del materialismo de Feuerbach, con el idealismo de Hegel y las doctrinas económicas inglesas, todo ello penetrado de un fondo de rencor y de mesianismo de neto abolengo judío. Todas o casi todas sus ideas son de origen extraño, pero no por eso pierde nada la originalidad de su sistema. El mérito indiscutible de Carlos Marx

(1) F. ENGELS: *Principios del Comunismo*, Ediciones ZEVS. pág. 250.

consiste en haber sabido reducir a una síntesis vigorosa un enorme caudal de tendencias dispersas, y, además en su tesón y energía para llevarlas a la práctica.

Punto de partida del marxismo.

Marx toma por punto de partida el principio general del materialismo, la materia como única realidad a la que se reducen todas las cosas (1). Pero no le concede interés especial en su fase que pudiéramos llamar inorgánica. Se fija en la materia, que a través de un proceso evolutivo ha llegado a ser *hombre*. Y aquí es donde el marxismo presenta un carácter peculiar con la aplicación de las teorías económicas a la evolución materialista. El hombre para Marx no es más que un producto de la evolución ciega de la materia. Pero en el hombre se encuentra ya un factor físico y psíquico. Es materia organizada que siente, piensa y quiere. El hombre es una capacidad de trabajo, y, al mismo tiempo, un conjunto de necesidades, las cuales ha de satisfacer con los productos de la naturaleza. Pero la naturaleza es hostil, no produce sus frutos espontáneamente en suficiente cantidad, sino que es necesario arrancárselos, y el hombre ha de emplear su capacidad física y psíquica de trabajo en dominar la naturaleza y hacerla fecunda. Ese trabajo, al mismo tiempo que transforma la naturaleza, da por resultado la perfección del hombre. «Al mismo tiempo que el hombre obra sobre la naturaleza exterior y la modifica, modifica igualmente su propia naturaleza» (Carlos Marx, *El Capital*). La materia modificada y transformada por el trabajo, se convierte en materia histórica. De aquí proviene la denominación de materialismo histórico (*Materialische Geschichtsauffassung*) con que Marx distingue su sistema.

Origen de la sociedad.

Hasta aquí Marx considera al hombre como un ser aislado frente a la naturaleza. Pero al lado de este hombre individual, otros hombres semejantes a él trabajan y se esfuerzan por transformar igualmente la materia, y arrancarle los frutos necesarios para su vida. De esta finalidad común surgen espontáneamente lazos de reciprocidad y de ayuda mutua. Y así tiene su origen la sociedad, como un producto natural de las condiciones económicas. El «homo oeconomicus» se transforma de esta manera en hombre social, uniéndose a sus semejantes por los lazos del trabajo. Sociedad en la que no interviene ningún elemento de orden espiritual, sino que todo se explica por las

(1) «Para Hegel el proceso del pensamiento... es el demiurgo de lo real..., para mí, por el contrario, la idea no es más que el mundo material transportado y traducido por el cerebro humano». C. MARX: *El Capital*. T. I, pág. XCV.

condiciones económicas. Marx lo afirmó claramente en su frase: «Hay que buscar la anatomía de la sociedad en su economía».

Función social del trabajo: Las "clases,,,

El trabajo, como acabamos de ver, es para Marx el único lazo social que une a los hombres entre sí. Pero una vez constituida la sociedad, y desarrollada la producción, el trabajo se convierte en factor esencial de evolución y de progreso. El desarrollo social trae consigo como consecuencia la división de trabajo, la agrupación de las distintas ramas de la producción, la jerarquización de los trabajadores en directores y dirigidos, dando origen a la aparición de las *clases*. De esta manera, el materialismo, que hasta aquí era puramente histórico, se convierte en *materialismo dialéctico*. Es la parte del sistema de Marx que más se resiente del influjo hegeliano (1).

Las clases, principio motor de la evolución social.

Hegel había definido la contradicción «fuerza que impulsa hacia adelante», y le había dado entrada en su sistema como elemento motor interno de la evolución de la Idea. Marx recoge este mismo principio y lo aplica al materialismo histórico, pero con sus manos toscas y rencorosas de judío lo desflora de toda su belleza, reduciéndolo a la sequedad de un esquema sin alma. En él ya no es la Idea que, sometida a una contradicción interna, se desenvuelve en una maravillosa sinfonía de riqueza, llena de vida y de color, sino la sociedad materialista que evoluciona en virtud del desequilibrio producido por la división del trabajo y la aparición de las clases. Una sociedad sin lucha, sin contradicción interna, sería una sociedad estática, en perpetuo equilibrio inestable. Para que el equilibrio se rompa y la sociedad evolucione y progrese es necesario que en su mismo seno exista un principio de contradicción, principio que Marx encuentra en el desnivel originado por la división de trabajo y la aparición de las clases.

Marx copia las tres etapas del proceso dialéctico de Hegel y las formula en sus tres leyes fundamentales:

- 1) La ley de la unidad y de la lucha de los elementos opuestos;
- 2) La ley de la transformación de la cantidad en cualidad y viceversa;
- 3) La ley de la negación, según la cual toda lucha termina por la victoria sobre la etapa precedente de existencia (2).

(1) N. BUJARIN: *Teoría del materialismo histórico. ¿Qué es una clase?* En *Capitalismo y Comunismo*. Edic. ZEVS, pág. 214.

(2) Cf. *Essai d' une Somme catholique contre les Sans-Dieu*, pág. 468. París. Spes. 1936.

Leyes que, de otra manera más clara podemos formular así:

- 1) Equilibrio inestable.
- 2) Ruptura de equilibrio.
- 3) Restablecimiento de equilibrio.

Supuesto el principio del desnivel social, producido por la división del trabajo, toda sociedad lleva latente dentro de sí misma la contradicción, la lucha. Pero esta lucha no siempre es manifiesta. Puede prolongarse durante mucho tiempo, sin aparecer en su superficie con caracteres violentos. El equilibrio se mantiene mientras ninguna de las fuerzas logra prevalecer sobre la otra. «No hay ninguna forma de sociedad estable ni inmóvil. Toda forma existente cambia de continuo y prepara su desaparición inevitable» (1).

Pero sucede que una de estas fuerzas aumenta y prevalece sobre su contraria. «El agua, calentándose progresivamente, a los 100 grados se convierte en vapor. La cuerda que sostiene un peso que aumenta sin cesar, al fin se rompe». El cambio cuantitativo se convierte en cualitativo. Lo mismo sucede en la sociedad. El aumento progresivo y lento de una fuerza determina al fin el rompimiento subido de equilibrio. Sobreviene la *Revolución*, en que una forma de sociedad desaparece para ser sustituida por otra cualitativamente distinta.

Lo que sucede dentro de cada sociedad particular, se verifica en mayor escala en la general. La ley de la producción regula la constitución de las civilizaciones, y ella misma precipita su autodestrucción. Así las civilizaciones griega, egipcia, romana, asiática, occidental, no son más que formas distintas de producción, que desaparecen por contradicción interna o bien por el choque con otras «culturas» distintas (2).

Las superestructuras.

En la concepción marxista de la sociedad no entran, como acabamos de ver, más que dos factores, uno puramente material y otro derivado de la materia, las condiciones económicas. Pero en la sociedad se encuentran otra multitud de elementos: Estado, Familia, Religión, Leyes, Moral, Arte, Ciencia, Filosofía, etc., cosas todas en las que nosotros vemos algo de espiritual o divino. Mas para el marxismo, que niega a Dios, y que no admite otra realidad que la puramente material, todo eso no son más que derivaciones más o menos inmediatas de las condiciones económicas. La economía es el común denominador que da la razón profunda de la formación de todo lo que, con una

(1) *Lavaud*, Loc. cit. pág. 606.

(2) Véase una interpretación de la «lucha de clases», contraria a la de Marx, en FERNANDO DE LOS RÍOS: *El Sentido humanista del Socialismo*, págs. 208-240.

palabra que rezuma desdén, califican los marxistas de ideologías, epifenómenos o superestructuras. Es decir, derivaciones secundarias de la vida social, producidas por las condiciones variables de una organización determinada de la producción (1).

Su origen inmediato hay que buscarlo en las desigualdades sociales. La clase dominante, en este caso la burguesa, para afianzarse en el poder y ejercer más eficazmente la opresión, atribuye a sus concepciones el valor de principios absolutos, eternos y divinos. «Toda clase nueva que suplanta a otra que antes de ella ha tenido la autoridad, se ve obligada para lograr sus fines a considerar su interés como si fuera el interés social de todos los miembros de la sociedad, lo que traducido a una forma ideal quiere decir: que deberá dar a sus conceptos una forma general, representándolos como los únicos razonables y universalmente válidos».

De suerte que todas las superestructuras—Estado, Religión, Justicia, Moral, etc.,—no son, en último término, para los marxistas mas que un conjunto de medios de explotación. Nada pues tiene de extraño que, dado este concepto, entre en su programa como punto esencial el hacerlas desaparecer. Siendo resultado de la opresión de una clase, en la futura sociedad fraternal, no pueden de ninguna manera subsistir.

No es necesario exponerlas detalladamente, puesto que es facilísimo hacer la deducción de su sentido y de su valor, establecido el principio general. Por esto nos limitaremos a una enumeración rápida, deteniéndonos un poco más en aquellas que por sus consecuencias de orden práctico reclaman una mayor atención.

El Estado.—El Estado en su forma actual no es para los marxistas más que un instrumento de opresión en manos de la clase dominante, la burguesía. Es una máquina, terriblemente eficaz, organizada y sostenida con el fin de salvaguardar un sistema determinado de producción. Esta es la razón de las leyes, del Derecho, de la Justicia, de la policía, de la burocracia, de todos los organismos parciales que integran el gran organismo del Estado.

(1) «En la producción social de su existencia los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad. Estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva la superestructura jurídica y política, y a la cual corresponden formas determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material determina el proceso de la vida social, política e intelectual. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad, sino por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia». *C. Marx: Crítica de la Economía política*, Prólogo.

Nada tiene, pues, de extraño que los marxistas digan por boca de Lenin: «Marxistas, nosotros somos enemigos de todo Estado». Una concepción semejante no puede tener otra consecuencia que la anarquía total, el odio a muerte contra cualquier género de poder. Bien es verdad que los hechos desmienten la teoría, pues nada hay más brutalmente opresor que el Estado soviético instaurado por los que se proclaman enemigos del Estado burgués. Si bien los marxistas intentan justificarlo como forma de transición para llegar a la sociedad ideal, fraternal y sin clases del porvenir.

La Moral.—Otra de las superestructuras que se forman en la sociedad ya constituida es la Moral. Lo mismo que el Estado, es para los marxistas un mero producto de las condiciones económicas. Una Moral inmutable, como nosotros la concebimos, fundada en la ley eterna y natural, con obligación de conciencia, con un fin sobrenatural y una sanción eterna, carece para los marxistas de sentido. Para ellos, la Moral no es más que una «técnica de la acción humana», y, por consiguiente, variable según los intereses y la finalidad de cada uno. Una es la «moral» capitalista y burguesa, que ha creado, por ejemplo, el derecho de propiedad con el fin de explotación, y otra muy distinta la «moral» proletaria, que aspira a redimirse de esa explotación.

El fin del proletariado es la revolución, que tendrá por consecuencia la instauración de la sociedad sin clases del porvenir, y la moral es el conjunto de medios para conseguir ambas cosas. Todo lo que sirva para ese fin es bueno y malo todo cuanto lo impida. De aquí una subversión total en las ideas morales. El robo, el asesinato, la mentira, todos los medios, con tal que sirvan a la revolución, están justificados plenamente. Condenarles en nombre de nuestra Moral sólo sirve para hacerlos reír (1).

(1) «Es preciso que nosotros estemos dispuestos a todo sacrificio, y en caso necesario a practicar todo lo que sea posible: astucias, artificios, métodos ilegales; pronto a callar o a disimular la verdad. En una palabra, nosotros deducimos nuestra moral de los intereses de la lucha de clases» (Lenin; Sobre la Religión, p. 73, nota 1).—«Nuestra moralidad está subordinada enteramente al interés del proletariado, y a las exigencias de la lucha de clases... Para nosotros, la moralidad considerada como fuera de la sociedad humana, no existe, es una mentira... Nosotros decimos: la moralidad es todo lo que sirve para destruir la antigua sociedad de explotación y para agrupar a todos los trabajadores alrededor del proletariado para la creación de la nueva sociedad comunista... Cuando se nos habla de moralidad, nosotros decimos; para el comunista, la moralidad consiste toda entera en esta unión, en esta solidaridad disciplinada y en esta lucha consciente de las masas contra los explotadores. Nosotros no creemos en la moralidad eterna, y denunciarnos la mentira de estas moralidades legendarias». (Lenin. Citado por Lavaud, R. Th. 1932, pág. 613). «Es verdad; falsifico dinero, que deja de ser falso en cuanto sirve a los fines revolucionarios. Tomo dine-

La Ciencia.—Una de las cosas que más de manifiesto pone las aberraciones a que puede dar lugar un principio falso es el concepto marxista de Ciencia. La Ciencia es para nosotros una de las actividades más nobles del alma. Es una palabra que está rezumando espiritualidad. Para los marxistas no tiene otro origen ni otro valor que la lucha del hombre para dominar las fuerzas de la naturaleza.

La posibilidad misma de la ciencia queda anulada con la teoría marxista del conocimiento. Partiendo del materialismo absoluto, es imposible concebir la operación intelectual como una actividad espiritual. Sin penetrar a fondo en las dificultades del problema, se desentienden de él, contentándose con afirmar que el conocimiento «es el reflejo de la naturaleza por el hombre» (Lenin). No existe la verdad absoluta soñada por los «idealistas». La verdad tiene siempre un valor relativo. El único criterio de verdad es la actividad humana, en cuanto que determina una transformación del mundo exterior, y como esta transformación atraviesa por distintas etapas, a cada una de ellas corresponde una *verdad* distinta. De aquí el carácter progresivo de la verdad. Siendo esas etapas episodios de transición para llegar a la sociedad definitiva del porvenir, su verdad es puramente relativa. La verdad absoluta solamente se dará en la etapa final y coincidirá con el establecimiento de la sociedad comunista (1).

Así se explica la afirmación insistente de Lenin, quien decía que solamente el proletariado puede llegar a conocer la verdad absoluta.

La Religión.—La Religión, considerada como el conjunto de las relaciones del hombre para con Dios, carece en absoluto de sentido para los marxistas. Negando la existencia de Dios y del alma, es preciso buscar al fenómeno religioso una explicación a base de la realidad material. La Religión es una superestructura más, derivada de las condiciones económicas y variables de la sociedad. Lo mismo que el Estado y la Moral, no es otra cosa que un instrumento de opresión en manos de la clase dominadora; una organización supersocial, creada con el objeto de justificar las desigualdades sociales y la posición privilegiada de la burguesía, adormeciendo al pueblo con el opio de

ro de nuestros enemigos los policías de la Okrana, que viene a engrosar las exhaustas cajas del partido. Interviene en la dirección del asalto a la estafeta de Tula, para que ese dinero sirviese a los altos fines del socialismo universal. Habla Vd. de vergüenza y de honor, que son cosas que desconocen nuestros enemigos. No me detendré un solo momento cuando tenga que aplastar y deshacer cuanto se oponga a nuestra marcha. Pisotearé y desharé sin que ningún freno me lo impida. No tengo más que la idea, y soy capaz de defenderla con la palabra, con las uñas, con la horca y con la bayoneta» (Trotsky: Vida de Lenin).

(1) *Essai d'une Somme catholique contre les Sans-Dieu*, pág. 473.

unas doctrinas que le invitan a resignarse con una suerte que le pintan como inevitable. El único consuelo que le dejan es el de soñar en una vida futura en que su resignación será ampliamente recompensada (1).

Por consiguiente, 1.ª Religión considerada como un instrumento de opresión, como el principal elemento retardatario de la evolución progresiva hacia la sociedad futura, es esencialmente un mal que hay que combatir por todos los medios. Por esto la actitud del marxismo ante la Religión es de oposición absoluta. Ni siquiera transige con el socialismo que la declara asunto privado. Su propósito es destruirla totalmente, arrancar de raíz el sentimiento religioso de la sociedad, empleando para ello toda clase de medios. El fin los justifica todos, y todos son buenos con tal de lograr su destrucción. La guerra española nos ofrece pruebas abundantes de este odio satánico a todo cuanto tenga el más leve carácter religioso (2).

Consecuencia de este odio a la Religión es el movimiento de los Sin-Dios,

(1) La Religión es, por una parte, la expresión de la miseria real, y, por otra, la protesta contra esa misma miseria. La religión es el suspiro de la criatura oprimida por la desgracia, el alma de un mundo sin corazón, así como el espíritu de una época sin espíritu. Es el opio del pueblo. La destrucción de la religión, como felicidad ilusoria del pueblo, es una exigencia de su felicidad real». CARLOS MARX: *Contribución a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*. Obras filosóficas, tomo I, p. 83-85.

(2) «Es necesario combatir la Religión, he aquí el A B C del marxismo integral» (Lenin).—«El marxismo es el materialismo, y como tal, inexorablemente hostil a toda religión» (id.).—«Un millón de suciedades, de pecados, de violencias, de epidemias físicas, son mucho menos peligrosos, porque se perciben mejor, que la más fina, espiritual y pura idea de Dios» (id.).—«Nosotros odiamos el cristianismo y los cristianos aún los mejores de ellos deben ser considerados como nuestros peores enemigos», (Lunatcharsky).—«Detrás de cada icono de Cristo y de cada imagen de Buda, no se ve más que el gesto brutal del capital» (Lenin). «Entre los objetivos de la revolución cultural..., la lucha contra la religión, este opio del pueblo, ocupa un lugar preeminente. Esta lucha debe llevarse inflexible y sistemáticamente. El poder proletario debe suprimir todo apoyo a la Iglesia en la educación y en la enseñanza organizadas por el Estado, y reprimir sin contemplaciones la actividad contrarrevolucionaria de las organizaciones eclesiásticas. El poder proletario, admitiendo la libertad religiosa y aboliendo los privilegios de la religión hasta ahora dominante, sostiene, al mismo tiempo, por todos los medios a su alcance, una activa propaganda antireligiosa y reconstruye toda la enseñanza y toda la educación sobre la base de la concepción científica materialista del mundo». (Programa de la Internacional comunista. 1.º Sep. 1928). «Nosotros, los socialistas, tenemos la obligación de extirpar, con decisión y abnegadamente la creencia en Dios, y nadie puede ser digno de llamarse socialista sino aquel que es ateo y se dedica esforzadamente a la propaganda del ateísmo». (Liebnecht).

cuyo desarrollo es realmente aterrador. Caso único en la historia, de una campaña diabólica, desarrollada por todos los medios—prensa, conferencias escuela, teatros, museos, radio, cine, hambre, etc., etc.—contra todo lo que signifique idea de Dios. En esta campaña se ataca a todas las religiones, si bien se muestra un odio especial hacia el cristianismo (1).

La utopía del marxismo.

Por lo que queda dicho puede ya apreciarse la eficacia destructora del marxismo. Reducida la realidad a la evolución ciega y necesaria de la materia y a las condiciones económicas, que dan origen a un determinado tipo de sociedad, todo cuanto para nosotros encierra un contenido espiritual—Religión, Moral, Arte, Familia, Leyes, Patria—pierde en absoluto su valor, y queda convertido en un mal, que es preciso aniquilar por todos los medios.

Pero esta capacidad destructora no es suficiente para explicar el extraordinario poder de captación que el marxismo posee. El marxismo tiene además otro aspecto, en apariencia constructivo, que hace proyectar hacia el futuro la esperanza de las masas, subyugándolas con la fascinación de sus promesas. Es la visión lejana de la sociedad sin clases del porvenir, visión en la que se concentra su fuerza de atracción, y que da al marxismo la categoría de una nueva fe, con un poder de proselitismo sin precedentes en la Historia.

La sociedad sin clases del porvenir.

El materialismo absoluto que Marx adoptó por base de su sistema no le libró de la sugestión de las esperanzas ancestrales de su raza. Después de combatir los idealismos del socialismo utópico, vino a caer en lo mismo que había criticado, rematando su sistema con el sueño mesiánico de la sociedad futura. En la descripción de esta sociedad se desborda la fantasía de los marxistas, arrojando los epítetos más brillantes para hacer comprender lo que será ese estado feliz de la humanidad libertada de la opresión del capitalismo burgués. Descripciones que recuerdan las que hace el Apocalipsis de los nuevos cielos y de la nueva tierra. Nada faltará en ella de cuanto constituye el ideal más perfecto de felicidad. Desaparecerán las clases, y con ellas la causa de la lucha social. Los hombres dejarán de odiarse y unirán fraternalmente sus

(1) En 1.º de Enero de 1931, la asociación U. S. D. M. (Unión de los Sin Dios militantes) contaba con 50.000 células y 3.500.000 miembros, En 1 de Mayo de 1931, 60.000 células y 5.000.000 de miembros. En 1 de Mayo de 1932, 80.000 células y 7.000.000 de adherentes. A estas cifras hay que añadir 1.500.000 niños Sin Dios. (*Essai d'une Somme Carholique contre les Sans-Dieu*, pág. 521).—Cf. además: *P. C. Bayle*, Sin Dios y contra Dios, Biblioteca «Razón y Fe», Madrid, 1935.

esfuerzos para el bien común. Terminará el egoísmo. Los hombres quedarán libres de las cadenas de la opresión; y dueños, por la técnica, de las fuerzas de la naturaleza, el trabajo será una distracción a la que todos se entregarán alegremente, olvidándose de sus intereses personales en bien de la colectividad. No habrá más fronteras, ni más Patria que la unión fraternal y universal de todos los hombres, que se amarán como iguales. No habrá más guerras, ni leyes, ni Derecho, ni policía, pues serán inútiles en una sociedad en que todos cumplirán espontáneamente con su deber. Desaparecerá también el temor del más allá, y los hombres se desentenderán de las preocupaciones de la muerte, convencidos de que toda su felicidad está en la tierra.

Hermoso ideal, al que para ser realizable solo le falta una cosa, cambiar en absoluto la *condición real* de la naturaleza humana.

Misión del «proletariado».

La realización de la obra grandiosa de este *paraíso de la tierra* incumbe exclusivamente al *proletariado*, a la clase pura, libre del pecado de explotación, a la que los marxistas atribuyen todas las virtudes. El proletariado será el Nuevo Israel, pero Israel universal, por cuyo medio se verificará la Redención de la humanidad, se lavarán sus culpas y se instaurarán el amor y la armonía entre los hombres. Misión casi divina, tan alta y tan difícil, que el proletariado que habrá de desempeñarla no es más que un mito, una «idea», un ser abstracto, de cuya existencia no encontramos el más mínimo vestigio en el mundo real (1).

(1) «El socialismo tiene un carácter mesiánico. Según él existe una clase elegida, una clase-mesías: el proletariado; éste está limpio del pecado original que engendra toda la historia, toda la cultura llamada «burguesa»; puro de ese pecado que constituye la explotación del hombre por el hombre, y de la clase por la clase. Esta clase-mesías es el embrión de la verdadera humanidad, de la humanidad futura, que no conocerá ya la explotación. El nuevo Israel es el proletariado. Todos los atributos del pueblo elegido de Dios le están conferidos. Debe ser el libertador y el salvador de la humanidad, debe realizar el Reino de Dios sobre la tierra. Así se reproduce en una hora tardía de la historia, el antiguo espíritu milenario hebreo, bajo una forma seglar. La clase elegida realizará por fin sobre la tierra ese reino prometido que no había realizado al Mesías crucificado... La soberanía del proletariado se opone a la soberanía del pueblo. El proletariado es el pueblo verdadero, el pueblo justo que posee todas las cualidades propias para garantizar la recta ordenación de la voluntad hacia un tipo de vida superior». BERDIAEFF: *Una nueva Edad media*. Ediciones Apolo, Barcelona, pág. 207.

La Revolución.

Mas, para llegar al ideal de la sociedad futura, es necesario destruir previamente la sociedad actual, y esta obra la habrá de realizar el proletariado mediante la Revolución.

En el sistema de Marx, las revoluciones eran una consecuencia inevitable de la lucha de clases. Cada etapa de esta lucha, entre fuerzas sociales antagónicas, desembocaba fatalmente en una ruptura de equilibrio, que daba origen a un nuevo tipo de sociedad. La revolución final sería igualmente consecuencia de una evolución ciega, cuyo desarrollo describe por adelantado: exceso de producción, con el aumento del capitalismo y el empobrecimiento progresivo del proletariado, lo cual provocaría una crisis que daría por resultado la revolución. Pero Marx estimaba imprudente y peligroso el precipitar las fases de un acontecimiento que necesariamente se tendría que producir.

Lenín, el continuador de Marx, se apartó en este punto de su maestro. La Revolución había que hacerla estallar cuanto antes. Para desencadenarla bastaba una pequeña minoría de vanguardia, decidida a todo. Esta se había de apoderar por la violencia del poder del Estado, para convertirlo en un instrumento de la lucha de clases a favor del proletariado. En este supuesto era necesario un período indefinido de dictadura y de terror, para desarticular todo el aparato de opresión del Estado burgués, y para aniquilar el orden social capitalista. Una vez realizada esta obra, el mundo estaría en condiciones de que se pudiera instaurar el régimen comunista integral, que constituiría la sociedad sin clases, perfecta y feliz. Teoría que puso en práctica en el desdichado pueblo ruso, escogido para constituirlo en baluarte de la revolución proletaria mundial. «Rusia importa poco, dice el mismo Lenín, es solo la garrucha para saltar hasta los límites del mundo» (1).

Con esto basta para comprender el sentido casi religioso que tiene para los marxistas la palabra Revolución. Es la condición indispensable para preparar el advenimiento de la sociedad futura. De esta manera todos los actos necesarios para realizarla, expropiaciones, persecuciones, asesinatos, destrucciones, adquieren el carácter de actos virtuosos y constructivos, y quedan a sus ojos plenamente justificados por su finalidad.

El bolchevismo ruso.

La semilla de Marx fructificó abundantemente en una multitud de tendencias, más o menos directamente derivadas de sus principios, anarquismo,

(1) Acerca de la revolución rusa pueden consultarse: *Paul Schostachowsky*: El Calvario Ruso.—*Douillet*: Así es Moscú.—*Vidal*: A Moscou durant le premier triennat sovietique.—*W. Guridn*: El Bolchevismo, etc., etc.

nihilismo, sindicalismo. Pero el fruto más genuino de las teorías de Marx es, sin duda, el bolchevismo leninista.

El bolchevismo es un fenómeno difícilmente comprensible para los occidentales. El marxismo es un sistema, cuyos antecedentes sociales, doctrinales y políticos se encuentran en el desarrollo de la historia europea a partir del Renacimiento. Por esto su comprensión resulta fácil y lógica, conocidos los antecedentes que lo motivaron. Pero el bolchevismo es el producto de la asimilación rápida y violenta de los principios marxistas por un pueblo que, geográficamente europeo, es asiático por su psicología. Pueblo que vive durante siglos en un aislamiento casi absoluto respecto de los acontecimientos más trascendentales de la historia del Occidente europeo. La política de los Zares mantuvo a Rusia ajena al desarrollo de las grandes revoluciones naturalistas de Europa, Renacimiento, Reforma, Racionalismo. Aún el desarrollo del espíritu revolucionario ruso en el siglo pasado tiene sus raíces específicas en condiciones sociales particulares, muy distintas de las que en el Occidente dieron origen a la aparición del proletariado (1).

Los grandes escritores rusos, Dostoyewsky, Tolstoi, Korolenko, Gorki, han hecho destacar una de las notas características de la psicología de su pueblo, su religiosidad fanática, con un fondo de misticismo morboso. Este carácter nos da la razón de la fisonomía particularísima que adquiere el marxismo al ser asimilado por el alma rusa. La antigua religión ha sido sustituida por otra nueva fe, con dogmas y culto, de objetos totalmente distintos, pero que provoca reacciones psicológicas idénticas a las de su religiosidad anterior. El bolchevismo es, pues, un fenómeno típicamente eslavo, pero que ha llevado los principios marxistas a su grado supremo de desarrollo. El sistema árido, seco y abstracto de Marx, ha recibido de su incorporación al pueblo ruso un elemento psicológico importantísimo, que lo ha elevado a la categoría de religión, la Religión del Ateísmo.

El marxismo no hubiera podido nunca aspirar a ser comprendido, ni menos vivido, por el pueblo. El *Capital* de Marx desafía el temple de lectores dotados de una resistencia a toda prueba. Pero el carácter, más sentimental que racional, del bolchevismo lo hace extraordinariamente apto para ser asimilado con rapidez por la psicología sencilla e infantil de las masas populares. Esta es la razón de su difusión asombrosa, y también del gravísimo peligro que encierra para nuestra sociedad y nuestra civilización.

Conclusión.

El Bolchevismo es la liquidación trágica de una Edad histórica. Es el resultado de cinco siglos de desviación del camino único de la verdad. Es la cul-

(1) VICENTE GAY: *Que es el Socialismo, etc.* Pág. 208 y siguientes.

minación de la apostasía de Europa, iniciada en el siglo xv, en las fastuosas cortes renacentistas, entre risas alocadas y versos de clásico latín.

El Bolchevismo es un trastorno total de las ideas en que se basa nuestra civilización. Por esto no puede ser pensado en sí mismo, con las categorías mentales de la filosofía tradicional. Para comprenderlo, y llegar a sorprender la esencia íntima de su significado, es necesario seguir la trayectoria ideológica que arranca del siglo xv y que va a través de la Reforma, el Racionalismo del siglo xviii, la crítica de Kant, el idealismo trascendental de Hegel y el materialismo, hasta desembocar en Carlos Marx y en Lenin. Etapas parciales y ascendentes de la gran Revolución naturalista, en que Europa ha ido dilapidando el riquísimo tesoro ideológico legado por la Edad Media, y en que se ha ido realizando la demolición, lenta, pero implacable, de todos los valores del Cristianismo. La loca carrera de negaciones, que va ligada a nombres que llenan con su estruendo el desarrollo de la Filosofía Moderna, ha dado por resultado final este engendro diabólico, en que se centran y convergen todas las líneas dispersas del pensamiento naturalista y anticristiano. Nuestra sociedad, alejándose conscientemente de Dios y de los grandes principios de la Filosofía cristiana, ha preparado su propia destrucción, engendrando en su seno a los bárbaros que aspiran a destruirla.

La lucha contra el Bolchevismo es una obligación sagrada para todos cuantos no quieran ser cómplices del aniquilamiento de nuestra civilización occidental. Pero es necesario saber elegir el modo de combatirlo. Quererse oponer a su avance en nombre de los mismos principios que le han dado origen, y que el Bolchevismo ha asimilado y rebasado, es una ridiculez y una locura. Nada conseguiremos contra el Bolchevismo si no le atacamos a fondo, desarticulando su ideología, que es la fuente de su fuerza y de su poder extraordinario de fascinación. Mas para esto es necesario comenzar por un acto sincero y total de contrición filosófica de nuestro viejo mundo. No se pueden negar las consecuencias, si primero no se rechazan los principios. Combatir el Bolchevismo, por ejemplo, en nombre de las ideas del liberalismo o del capitalismo, es condenarse de antemano al fracaso, porque esas ideas son la preparación inmediata de la modalidad marxista. No es tan poco una solución la tan cacareada vuelta a la Edad Media. La Edad Media fué una realización concreta y circunstancial de los principios del cristianismo, pero no puede proponerse como ideal para nuestra sociedad, cuyo desarrollo nos ha planteado problemas desconocidos para nuestros antepasados. Hemos de dar una vuelta rápida y decisiva, pero no a la Edad Media, sino a los principios del cristianismo que, como valores eternos, encierran virtualidad suficiente para orientar nuestra civilización y dar origen a tipos insospechados de cultura.

En las horas que vivimos, el dilema se está precisando cada vez con más

claridad. O seguir aferrados a la ideología podrida, que todavía sugestiona a muchos con su falso brillo de progreso y de modernidad, y entonces cooperar lógicamente con el Bolchevismo a la destrucción total de nuestra sociedad y de nuestra civilización; o volver sinceramente a los principios eternos que crearon nuestra cultura y cuyo abandono nos ha llevado al borde de la ruina. Bolchevismo o Cristianismo. El dilema está planteado. Dentro de poco será ya demasiado tarde para elegir.

FR. GUILLERMO FRAILE, O. P.

Tercer Centenario del "Discurso sobre el Método,, (1637-1937)

Aunque Descartes no tiene grandes concomitancias con la guerra actual ni con las preocupaciones del momento, a nadie extrañará que le dediquemos unas líneas de recuerdo, sin frío ni calor, al cumplirse el tercer Centenario de su *Discurso sobre el Método*.

De recuerdo nada más. Porque sería pretencioso querer, en un artículo de revista hincar el bisturí de la crítica en la obra de un hombre que, con razón o sin ella, es tenido por el exponente científico de toda una época, tal vez la más inquieta, la más crítica, la más fecunda en errores y verdades de la civilización occidental.

Sin frío ni calor; porque el sistema cartesiano, al menos en su aspecto filosófico, es hoy uno de tantos cadáveres coleccionados por la Historia de la Filosofía, incapaces de despertar otra pasión que la de la curiosidad del historiador.

No puede negarse que Descartes es uno de los filósofos más afortunados. Sin méritos para destacarse sensiblemente de entre los mejores de sus contemporáneos, ha logrado, no sólo sobrevivirles históricamente, sino constituirse en uno de los principales eslabones que enlazan el pensamiento humano. Pocos nombres hay más célebres. De pocos se habrá discutido y escrito tanto. Sus mismos adversarios, aún aquéllos que niegan todo valor positivo a su obra filosófica, se convierten, indirectamente, en voceros de su fama, a fuerza de ponderar la influencia perniciosa del cartesianismo en la llamada filosofía moderna. «La filosofía de Descartes—dice el P. Ceferino—sin ser una filosofía esencialmente panteísta, ni escéptica, ni sensualista, ni positivista, contiene el germen, premisas lógicas y direcciones marcadas de todos estos errores». Y en otro lugar: «El mérito de la Filosofía de Descartes, como Filosofía, no responde en manera alguna a la fama y ruido que ha metido». Lo cual no impide que le dedique una treintena de páginas en su manual de Historia de la Filosofía.

Igual contradicción se observa en otros muchos autores. El historiador

Ritter dice: «La verdad es que, si se considera lo que hay de incoherente en las diversas partes de su sistema, y cuán pocas ideas nuevas ha enseñado que se puedan sostener, se siente uno embarazado para explicar de dónde ha venido el éxito y renombre de su doctrina».

A mí no me parece tan difícil descubrir el secreto de Descartes. Creo que su clave está exclusivamente en el *Discurso sobre el Método*; y para dar con ella hay que leer y releer éste, teniendo en cuenta, al mismo tiempo que se medita su contenido, estas tres cosas:

a) Descartes es el primer filósofo de cierto prestigio que escribe de Filosofía en lengua vulgar.

b) Descartes pertenecía a una nacionalidad cuyas ideas y literatura absorbían por aquel entonces la atención del mundo.

c) El *Discurso sobre el Método* no puede considerarse como obra exclusiva de Descartes, sino como la expresión, más o menos adecuada, de las preocupaciones de su época y del expreso sentir de la filosofía contemporánea.

Los anteriores prenotandos nos dan ya una pista de la razón del éxito obtenido por el *Discurso sobre el Método* y por su autor.

El Método.

Si cada día y cada época tiene su afán, el afán filosófico de la época cartesiana era el «método». Desechados por inútiles los preceptos de la vieja lógica, había que substituirlos por otros más simples y más fecundos. Todos se meten a metodistas: Bacon, Campanella, Descartes..., y en algunos casos no pasan más allá de escribir sobre el método, como si éste fuera el objeto y no un instrumento de la Ciencia.

La primera vez que leí a Descartes, quedé realmente entusiasmado. Aquello de que «le bon sens est la chose du monde la mieux partagée», y que «ce n'est pas assez d'avoir l'esprit bon, mais le principal est de l'appliquer bien», venía, por fin, a resolver un problema de mi espíritu, parecido al que tan vivamente sintió Descartes, al terminar sus estudios en la Flèche.

El estudio de la Filosofía, y, sobre todo el de la Historia de la Filosofía, deja en el espíritu una especie de cansancio, desilusión o escepticismo, producido principalmente por la multitud de opiniones en cada tratado y en cada cuestión, que si no vence al estudioso, pone en él, infaliblemente, alas de reformador.

¿Por qué no ha de intentar uno el derribo de aquel edificio sospechoso, para edificar con los propios medios, otro más firme, aunque sea de menos pretensiones? Lo que pierda en altura, lo ganará en solidez. La naturaleza, cantera del viejo y ruinoso edificio filosófico, está a disposición de todos. «La facultad de juzgar y distinguir bien lo verdadero de lo falso, que es propia-

mente lo que se llama el buen sentido o la razón, es naturalmente igual en todos los hombres». Por el camino de la ciencia no van más lejos los que, por tener más talento, corren más, sino los que lo andan despacio, «si siguen el camino derecho».

Esto último, que podría parecer una perogrullada, no lo es. El gran defecto de los filósofos anteriores a Descartes no ha sido la falta de talento, sino de método: «los silogismos y la mayor parte de sus instrucciones sirven más bien para explicar a otros las cosas que ya se saben, que para aprender cosas nuevas». A esta desorientación es debido que «sus obras sólo representen una colección desordenada de opiniones, o erróneas o insustanciales; y si algo útil se encuentra en ellas, se necesitaría mayor trabajo para entresacarlo que para descubrirlo por nosotros mismos».

De aquí la necesidad de encontrar un camino o método que ponga remedio definitivo a este mal secular.

Descartes va a intentarlo; mejor dicho, lo tiene, y ha experimentado ya sus magníficos resultados.

A pesar del gran descubrimiento y, no obstante las apariencias de su Discurso, empedrado con el pronombre de primera persona, es justo reconocer que Descartes es modesto. El jamás ha presumido de hombre extraordinario; él reconoce noblemente que puede equivocarse; él sabe muy bien cuán expuestos estamos a engañarnos en lo que nos afecta personalmente; él no tiene la pretensión de imponer su método a nadie... No obstante, él no podía menos de reconocer su excelente preparación, pues él se había entregado desde su infancia al estudio de las letras; él estaba en una de las escuelas más célebres de Europa, cátedra de sabios, si los había en algún lugar de la tierra; él había adquirido allí toda la ciencia de sus maestros, y aún le había quedado tiempo para entregarse a la lectura de otros libros raros y curiosos; a él no se le ocultaba el predicamento en que era tenido por todos sus condiscípulos, algunos de los cuales estaban destinados a ocupar las cátedras del célebre colegio; y, finalmente, él tenía la suerte de vivir en el siglo más floreciente de la humanidad y más fértil en hombres ilustres...

¿No eran estos títulos más que suficientes para emprender, con las máximas garantías de éxito, una reforma tan necesaria?

No se le ocultaban al filósofo francés las dificultades que suponía borrar de un plumazo una tradición tantas veces secular; «pero, como hombre que camina sólo entre tinieblas, estaba resuelto a examinar tan despacio y a usar de tanta circunspección en todas las cosas, que se guardaría bien de caer, aún a trueque de avanzar muy poco».

La fórmula mágica.

Descartes, al concebir tan bellas esperanzas, no deja un momento de pensar en la Matemática. Buen matemático, buen físico, la exactitud de estas ciencias le seduce y, al mismo tiempo, le pierde en sus conatos de filósofo, al querer aplicar a la ciencia del ser el mismo procedimiento de aquéllas.

La idea merecería ensayarse si no estuviera ya envejecida y desacreditada desde los tiempos más remotos. Los griegos la inscribieron en el frontis del templo de la sabiduría: *Μηδὲὶς ἀγνομήτητος εἰσὶτω*, pero Aristóteles descubre su inadaptabilidad a la Metafísica. Y Sto. Tomás, comentando el mismo lugar del Estagirita, tiene unas palabras llenas de luz y de sentido psicológico: «Quidam non recipiunt quod eis dicitur, nisi dicatur eis per modum mathematicum. Et hoc quidem convenit propter consuetudinem his qui in mathematicis sunt nutriti. Et quia consuetudo est similis naturae, potest etiam hoc quibusdam contingere propter indispositionem: illis scilicet, qui sunt fortis imaginationis, non habentes intellectum multum elevatum».

Frente a este texto de Aristóteles y Sto. Tomás, la fórmula sustancial del método cartesiano: «Ex his omnibus est concludendum... rectum veritatis iter quaerentes, circa nullum objectum debere occupari, de quo non possint habere *certitudinem arithmetictis et geometricis demonstrationibus aequalem*».

Si no hubiese veinte siglos de por medio, cualquiera diría que el primero de los textos citados fué escrito al día siguiente de aparecer el último...

Sin embargo, Descartes, con su *nuevo* instrumento en la mano, se dispone modestamente, a regalar a la humanidad «un cuerpo íntegro y bien organizado de filosofía».

Resultados.

El que quiera conocerlos, que se tome la no pequeña molestia de leer el *integrum Philosophiae corpus*, y al terminar dirá conmigo: Parturiunt montes... La «claridad» y «distinción» (evidencia) de sus dogmas no se ve (yo al menos no la veo), por ninguna parte. No la vieron ni Caterus, ni Hobbes, ni Arnauld, ni Gassendi, ni sus mismos discípulos, Mallebranche y Spinoza. Pruébalo el diluvio de objeciones que descargó sobre el flamante edificio, diluvio que no dejó en pie más que cuatro ideas viejas, entre las que descuella el veterano *Cogito, ergo sum*.

Los elementos dispersos de aquella obra lo mismo sirvieron, a los pocos años, para construir el ontologismo de Mallebranche, que el panteísmo de Spinoza, el idealismo de Berkeley, y el sensualismo de Hume; lo mismo para el apologismo de Pascal, que para las diatribas rabiosas de Voltaire.

La fórmula cartesiana ha tenido una virtud innegable: la de multiplicar los

filósofos y las filosofías, gracias al principio racionalista sentado por él en la peor de las acepciones: el racionalismo individual.

Descartes es el Lutero de la filosofía. Ahí está el secreto de su renombre. Por el principio del libre examen todos los fieles quedan consagrados pontífices máximos en materia de fe; por el principio racionalista todos los analfabetos tienen derecho a dogmatizar en la ciencia del ser. Nunca hubo más filósofos ni menos filosofía que en el siglo siguiente al de Descartes: son los filósofos apologistas del maestro que les matriculó y doctoró en el arte de filosofar.

El *Discurso sobre el Método* lo mismo podría titularse: *La Sabiduría en ocho días*, o *La Filosofía al alcance de todos*.

FR. C. MIRANDA.

CONTESTANDO A UN MANIFIESTO

Increíble parece que, después de casi un año de guerra, cuando las características diferenciales de los dos bandos se han precisado ya con toda claridad, cuando tantas voces autorizadas, dentro y fuera de España, han dicho todo cuanto puede decirse acerca del verdadero sentido de nuestro movimiento, haya todavía personas que se tienen por católicas e intelectuales, en una desorientación absoluta respecto de la guerra nacional española. Parece increíble, pero así es. No hace muchos días el periódico «La Croix», ha publicado un Manifiesto, firmado por un grupo de escritores franceses, en que se llevan a límites inverosímiles la ingenuidad y la simpleza, por no decir la perfidia. En él culmina hasta el presente la campaña infame que este periódico, que se dice católico, ha venido realizando en contra de la España nacional. Pudiéramos pasar en silencio, despreciándolo, ese extemporáneo alegato, pues la inconsistencia de sus afirmaciones no merece una refutación seria; pero el prestigio de sus firmantes, ilustres algunos de ellos en ramas determinadas de la Ciencia, nos infunde el temor de que pueda impresionar en el extranjero a personas que no dispongan de medios suficientes de información. Por esto le dedicaremos unas líneas, más que de impugnación, de protesta, contra la inconsciencia y el atolondramiento de algunos escritores que se hacen eco de las patrañas difundidas contra nosotros por las propagandas subvencionadas por el oro soviético y masónico.

* * *

La primera afirmación que queremos hacer contra ese grupo de escritores es la de la *absoluta legitimidad de nuestra guerra*. Influidos por los prejuicios de una filosofía a todas luces insuficiente y por los espejismos de determinadas teorías políticas, empequeñecen el sentido grandioso de nuestra Cruzada Nacional, considerándola como una lucha cualquiera entre partidos políticos.

No. Nuestra guerra no es simplemente una guerra civil ordinaria. Es una lucha por la independencia de la Patria, por la Religión, por la misma exis-

tencia individual y colectiva. Si el hombre, individualmente considerado, tiene pleno derecho a la defensa de su vida, aunque sea mediante la muerte del injusto agresor, si es necesario, con mayor motivo goza de ese derecho una Nación, como tal, y como suma de los derechos de todos sus verdaderos y honrados ciudadanos.

Los españoles que conocimos y contemplamos el asalto al poder de ese conglomerado de bandoleros y asesinos, cuya misión, ya antes de estallar la guerra, no era otra que encarcelar a los verdaderos patriotas y organizar el asesinato de las personas de derecha, empezando por su más significados Jefe, como aconteció con el gran patriota Calvo Sotelo, muerto por la misma policía del Gobierno, enviada en coche oficial y con sus uniformes desde el mismo Ministerio de Gobernación; los que vimos caer todos los días ciudadanos honrados en calles y plazas, y asistimos al incendio y destrucción de centenares de iglesias, conventos, círculos o centros de los partidos de derechas y de sus diarios; los españoles que conocemos las listas negras existentes en toda España, trágicamente cumplidas, donde han dominado los rojos, con la muerte de millares y millares de inocentes, por imposición del marxismo ruso, internacional y la masonería, *no podemos dudar un momento de la legitimidad de esta guerra, justamente considerada como una Cruzada, y de las más santas que ha conocido la historia.*

Hablar de lucha de partidos, es desconocer por completo el problema, y este desconocimiento no es ya lícito a las personas medianamente cultas, después de doce meses de lucha, y después de lo escrito en torno a ella. A los que se dicen escritores católicos les es menos lícito aún, después de publicadas las Pastorales del cardenal Primado de España y representante de la Santa Sede, y las no menos elocuentes y claras de los dignísimos Prelados de Sevilla, Santiago, Vitoria, Salamanca, Burgos, etc., etc. Insistir en este punto, con aires de imparcialidad, vale tanto como dar los mismos derechos al criminal asesino, traidor a Dios y a su Patria, y al honrado ciudadano, que en cumplimiento de sus deberes religiosos y patrióticos, ofrenda todo, y hasta su misma vida. Los que así proceden, llámense como quieran, olvidan algo elemental; *olvidan que el pecado, el crimen, no tiene derechos.*

* * *

¿Tienen en cuenta todo esto el grupo de escritores católicos franceses, que han publicado el manifiesto? Ante él debemos confesar que este grupo (sería injusto incluir a todos los escritores católicos franceses), ya reincidente y monopolizador del ridículo, revela un desconocimiento total del caso de España. Aunque se dicen católicos, reflejan la propaganda internacional marxista y masónica, y vienen a sumarse a ella, consciente o inconscientemente. Existen motivos para sospechar lo primero.

Con su actitud suicida, no sólo dañan y ofenden a la España católica y nacional, sino también a su misma Patria, que sin duda quieren defender. Los españoles que hasta ahora distinguían entre el Gobierno del Frente Popular Francés y el pueblo católico de Francia, con su prensa de derechas, no podrán ya emplear esta distinción, al menos de una manera eficaz. El que esto escribe pudo decir en España, en los meses de septiembre y octubre, que buena parte de los periódicos derechistas de Francia hacían honor a la verdad y justicia a la causa nacional española, contrarrestando, en lo posible, la ayuda descarada a los marxistas por parte del Gobierno de L. Blum. Pero ante estos manifiestos, muy gratos a marxistas y masones, y ante la actitud de algunas revistas más o menos intelectuales, apenas es ya posible insistir, aunque sigamos creyendo que otros muchos católicos están siempre con la verdadera España.

* * *

Para que el lector se de cuenta de la base marxista y masónica del manifiesto aludido, analicemos sus afirmaciones principales.

La guerra civil española—escriben—*adquiere un carácter particularmente atroz en el país vasco*. Se ve que estos escritores franceses estaban entregados al más dulce de los sueños en los primeros nueve meses de guerra. Se ve que no se enteraron de los asesinatos cometidos a quinientos metros de la frontera francesa, en el fuerte de Guadalupe, donde perecieron católicos tan eminentes como Víctor Pradera, Beunza, Honorio Maura y otros muchos. Al parecer, ignoran que en Bilbao fueron asesinados centenares de católicos, arrancados de sus hogares por el gran crimen de ser españolistas y católicos. Estos mártires de la causa nacional y católica no eran siquiera prisioneros de guerra, no habían tomado parte en ella, eran simples ciudadanos honrados, sacerdotes y religiosos, que tuvieron la mala suerte de residir en Bilbao o en lugares vecinos el 18 de julio de 1936. No pocos habían sido llevados desde San Sebastián, para que al llegar nuestras victoriosas tropas no gozasen de los beneficios de la paz y redención tan deseadas. Allí perecieron dos compañeros nuestros, sacerdotes, asesinados a golpe de hacha de la manera más brutal.

Para el grupo de escritores firmantes del manifiesto aquello no fué atroz... ¡La guerra no había salido de sus cauces normales, siempre tristes y horribles, pero comunes en toda lucha por las armas!... ¡Entonces su delicado corazón no latió más apresuradamente!... ¡Quedaron impasibles, no se creyeron en el deber de levantar su voz!... Aquello no fué atroz, como no fué atroz el obligar a familias enteras, hombres, mujeres y niños, con el argumento persuasivo de una pistola o fusil, a abandonar sus casas, siguiendo las derrotadas huestes marxistas, para prolongar su martirio en tierras rojas, donde no en-

contrarían ni albergue, ni pan que llevar a la boca!... ¡No fué atroz el asesinato de doce de los obispos que tenían su Sede en territorio rojo (los que han podido salir del infierno rojo ha sido por verdadero milagro y disfrazados de mil modos), y de millares y millares de sacerdotes y religiosos, de religiosas y seglares católicos, que han muerto al grito de Viva Cristo Rey y Viva España!... ¡No fué atroz la destrucción y profanación de todas, así, de todas las Iglesias que existían en territorio dominado por los marxistas, y los ultrajes cometidos con las imágenes santas, antes de destrozarlas a golpes de hacha y quemarlas, ni los sacrilegios cometidos con las sagradas formas!... ¡No fué atroz la destrucción de tantas obras de arte, religioso y profano, de tantas Bibliotecas y Archivos, que han perecido para siempre a fuerza de dinamita y gasolina!...

¡Nada de esto fué atroz!... El grupo de escritores católicos franceses y sus adjuntos ingleses, con el pobre Sturzo, italiano-inglés, no se creyeron en la obligación de apelar a la conciencia católica universal!...

No sintieron la necesidad de erigirse en sumos pontífices de la civilización, de la democracia, de la libertad, que son el manto de purpurina con que se ha intentado encubrir los mayores crímenes cometidos desde la revolución francesa a nuestros días...

* * *

¿Qué acontecería ahora en Bilbao y en sus cercanías para que el tierno corazón de este grupo de escritores publicase su flamante manifiesto? Bien creíamos que no podía ya ser superada la obra nefanda del marxismo internacional y masónico, que eligió por víctima a la España católica, sin duda por ser católica y por su posición geográfica... ¡Algo gravísimo, inédito, debió suceder en las rientes montañas de Vizcaya!... Los firmantes se dicen escritores... se dicen católicos... son franceses... y en Francia hay algo de la Vasconía, como es sabido, y, sobre todo, según la geografía de Aguirre...

Oigamos a los autores del manifiesto. «*Ayer—escriben, como prueba de su primer aserto—fué el bombardeo aéreo de Durango. Hoy, por los mismos medios, es la destrucción casi completa de Guernica, villa sin defensa y santuario de las tradiciones vascas. Algunos centenares de no combatientes, de mujeres y niños, han perecido en Durango, en Guernica y en otras partes. Bilbao, donde se encuentra gran número de refugiados, está próxima a correr la misma suerte.*»

¿No conoce el lector el origen de estas noticias?... Obedeciendo a una consigna, la prensa marxista y masónica de Inglaterra inventó la leyenda del bombardeo de Guernica, de su destrucción con bombas incendiarias, y la prensa similar de Francia se apresuró a recoger la noticia, que era luego difundida por las agencias masónicas. Se presentaba una ocasión propicia para

lograr dos fines, muy queridos a esa prensa. En aquella patraña sonaba el nombre de una nación rival, cooperando con los ejércitos de Franco.

El grupo de escritores no esperó ya más, para monopolizar de nuevo el ridículo. La calumnia fué desmentida, aunque no era necesario para todo hombre consciente, por testigos de vista y corresponsales de la prensa internacional, pero poco importa. Al grupo le merecen, al parecer, más fe las agencias masónicas y la prensa marxista que todas las rectificaciones de nuestro invicto caudillo y ferviente católico general Franco, aunque vayan acompañadas del testimonio de los corresponsales franceses. Más españoles que nosotros, que amamos con toda el alma a la España una y católica, y por lo tanto a todas y cada una de sus villas, que naturalmente quisiéramos reconquistar intactas, intentan darnos lecciones de amor patrio.

Al leer sus afirmaciones, parece que hasta ahora no ha sido bombardeada ninguna ciudad, ni ninguna villa. La aviación no existía cuando la guerra europea; los franceses la desconocen como arma de combate cuando la necesitan; los ingleses, ¡¡tan inocentes, tan humanitarios!!... tampoco la emplean en la India... El grupo de escritores del manifiesto no supo nada del bombardeo de la iglesia del Pilar de Zaragoza, que nos parece algo más sagrado que el árbol de Guernica, símbolo no muy en armonía con el espíritu cristiano; tampoco conocen los bombardeos del Santuario de la Cabeza, donde, al lado de un puñado de valientes, había centenares de mujeres y niños, incluso recién nacidos; también ignoran las minas de dinamita que colocaron los rojos bajo el histórico Alcázar de Toledo, aunque dentro había refugiados otros centenares de mujeres y niños; nada saben de los miles de bombas arrojadas contra la ciudad de Oviedo, complaciéndose en lanzarlas sobre las casas particulares e iglesias; en fin, el grupo de escritores desconoce los bombardeos frecuentes sobre ciudades y villas alejadas de los lugares de lucha, donde ni los hospitales son respetados, y menos las iglesias, si es que el espíritu destructor del marxismo no busca esos blancos con preferencia diabólica.

Todo esto lo ignoran los del grupo de escritores. Su voz no se levantó jamás para protestar ante estos inauditos crímenes y procedimientos salvajes. ¿Qué tendrán Durango y Guernica que así han logrado conmover el corazón delicado de estos escritores? ¿De qué condición serán las mujeres y niños que se fingen muertos en estas dos villas? Que nosotros sepamos, y en buena doctrina cristiana, todos los niños, por su inocencia, y todas las mujeres, si son buenas, gozan de los mismos derechos a la vida, de la que nosotros no podemos disponer, y sólo pertenece a Dios.

Y aún pudiéramos sospechar, no sin fundamento, que en esos lugares había más mujeres culpables, pues las hay muy destacadas en la parte roja, que en el Santuario de la Cabeza y en el Alcázar de Toledo. Pero no insistamos en

este punto. Esos centenares de mujeres y niños, muertos por el bombardeo fantasma de Durango y Guernica, no existen, a Dios gracias, más que en la imaginación de los escritores del grupo y en las agencias masónico-marxistas.

* * *

Ya que por esta parte no puede verse el motivo del manifiesto, ¿tendrán algún privilegio las casas y muros de Durango y Guernica, unidas a Bilbao, víctima posible, para conmover a estos escritores?... En Durango no debieron encontrar cosa particular, pues ni ellos se atreven a honrarlo con algún adjetivo. Es una villa muy respetable y querida por nosotros, como lo es todo lo español, por humilde que sea. Guernica parece haberles conmovido más, tal vez por la condición de los supuestos autores del bombardeo o por otras causas... ¡Acaso fuese el árbol!... El hecho es que la califican de santuario de las tradiciones vascas. Quien les lea creará que se trata de una nueva Jerusalén... Pues bien, Guernica es una villa de unos cinco a seis mil habitantes, fundada, como tantas otras de origen medioeval, por un conde, el conde don Tello, que otorgó, para poblarla, ciertos privilegios a los que allí fuesen a morar, por escritura firmada en la «vizcainísima» villa de Ocaña... que está en el corazón de Castilla la Nueva, no lejos de Toledo. Guernica no tiene monumentos artísticos que puedan compararse, ni de lejos, con los muchísimos que existían en España, y que se conservan en la España nacional, y han sido destruidos en la parte dominada por los rojos. Tiene, sí, Guernica un árbol, plantado en los últimos años del siglo XIX, para sustituir al que murió en 1892... y además una Casa de Juntas. Estas dos cosas quedaron, a Dios gracias, intactas. Se ve que los marxistas, los aliados de Aguirre, futuro feligrés del deán protestante de Cantorbery, no quisieron exasperarlo demasiado, aplicando las minas y la gasolina, que tanto prodigaron en las casas particulares, sobre todo si eran de ricos y españolistas.

Guernica ya liberada y en manos de los soldados de Franco, ha sido bombardeada por la escasa y cobarde aviación de Aguirre, sufriendo algunos desperfectos la Casa de las Juntas. Ante esto... esperamos un nuevo manifiesto de los ilustres escritores franceses, con nuevas y acrecentadas adhesiones de ese grupo inglés, que tiene por mote «*People and Freedom*»...

* * *

¿No habrá en el manifiesto, insinuada siquiera, alguna razón que lo justifique?... Leales en la censura, vamos a transcribir lo único que nos resta, y que pudiera, acaso, haber enternecido el corazón de estos atribulados escritores.

«Cualquiera que sea, escriben, la opinión que tengamos sobre los partidos que luchan frente a frente en España, está fuera de duda que el pueblo vasco es un pueblo católico, y que el culto católico no se interrum-

pió nunca en el país vasco. En estas circunstancias, con los católicos, sin distinción de partidos, los que están en el deber de levantar los primeros su voz, para evitar al mundo el espectáculo cruel de un pueblo cristiano. Nada justifica y excusa el bombardeo de villas abiertas, como la de Guernica».

Pasando por alto, pues ya lo censuramos, esa falsa imparcialidad que concede los mismos derechos al patriota y honrado ciudadano que al criminal y asesino, confesemos que los del grupo se han propuesto facilitar nuestra censura. Seguimos esperando otro manifiesto al ser bombardeada de nuevo Guernica por la aviación del mismo Aguirre, el católico-marxista, pues creemos que pasando a los nacionalistas no dejarán de ser villa abierta... Amén de esto, creíamos hasta ahora, y así nos lo enseña Nuestro Señor Jesucristo, y lo repiten en forma científica, Vitoria y los grandes teólogos hispanos, que todos los honores tienen derecho a la vida, ya sean blancos, negros o amarillos, cristianos o gentiles, habiten en Guernica, en Argelia o en la India inglesa. Creíamos también que ese derecho puede quedar anulado por ciertos crímenes, aunque los cometan personas que se dicen católicas, budistas o anglicanas. Para los del grupo de escritores no deben regir ya estos principios, que están al alcance de cualquier estudiante de Filosofía Moral, de Teología o Derecho...

* * *

Pero aún hay algo más grave en las afirmaciones del flamante grupo del manifiesto. Estos señores, que se dicen católicos, no se han conmovido hasta ahora, y al lamentar la muerte, ya sea imaginaria, a Dios gracias, de los católicos vascos de Durango y Guernica, no tienen una palabra, ni una protesta, ni un piadoso recuerdo para los miles y miles de católicos asesinados por los marxistas. Se ve que para ellos ni los obispos, ni los millares de sacerdotes y religiosos que han sido asesinados, martirizados, como en los tiempos de Nerón eran católicos... ¡Se ve que los millares de seglares, que murieron al grito sagrado de viva Cristo Rey y de viva España, no eran tampoco católicos!...

Es más, los asesinados en Bilbao, entre los que había religiosos y sacerdotes, tampoco debían ser católicos, ni vascos!... Los del grupo nada dicen de ellos, como nada dicen de los asesinados en el mismo Guernica, cuando la prendieron fuego los marxistas y se disponían a huir, estando aún nuestras tropas a bastantes kilómetros de distancia... A esta cuenta no va a haber más católicos que el árbol de Guernica y la Casa de Juntas...

* * *

Puestos ya a prescindir o en verdadero plan de omisiones, los ilustres escritores del grupo prescinden hasta de la geografía. No seremos muy exigentes con ellos. Sólo les pedimos que conozcan los límites de Francia, con las

provincias que la son vecinas. Si repasan un poco la geografía, verán que en la parte vasca española hay tres pequeñas provincias, las más pequeñas de España: Alava con capital Vitoria, Guipúzcoa con capital San Sebastián, Vizcaya con capital Bilbao. Pues bien, Vitoria siempre estuvo con Franco, desde el 18 de Julio. San Sebastián fué rescatada en Septiembre, y quedaba Bilbao y su provincia, con muy pocos pueblos de las otras dos. Nuestra ofensiva actual, la que enterneció los corazones del grupito, se desarrolló muy luego en plena provincia de Vizcaya.

Esto supuesto, nos concederán de buen grado, ya que tienen tanta devoción a los vascos, por ser católicos, que también los de Vitoria y San Sebastián son vascos y católicos, aunque luchen al lado de Franco. Y ¡con qué denuedo!... Villa hay, como la de Azpeitia, que lleva ya ofrecidos muchos héroes a la causa nacional, a la causa de la verdadera y única España, y ha prometido, ante Dios y ante la Patria, a dar dos voluntarios por cada uno que caiga en el campo del honor... Como que son vascos muchos de los soldados que han luchado por la conquista de Bilbao. La villa de Bilbao es la menos vasca y la menos católica, y por eso ha resistido más, aparte de las ayudas extranjeras. Por su carácter industrial, fué uno de los feudos del marxismo español, con una población cosmopolita, entre la que mandaba más el epicúreo Prieto que Aguirre. Así se explican muchos crímenes, así se explican los incendios de Eibar, Durango y Guernica, con todos los que se han ido sucediéndose; así se explican las profanaciones y destrucciones de iglesias, de imágenes sagradas, los asesinatos de tantos católicos vascos y la prisión de otros muchos que han estado esperando la hora de la liberación.

* * *

Con estos antecedentes comprenderán que eso de la continuidad del culto en el país vasco es tan cierto como todo lo contenido en el manifiesto. Para que no se enojen con nosotros, les vamos a conceder que aquí hay algo de verdad. En efecto, en parte del país vasco no se ha interrumpido el culto; se ha acrecentado desde el 18 de julio. En Vitoria, por ejemplo (quedamos antes en que era vasca), que siempre estuvo con Franco, ni un momento se interrumpió, antes al contrario, se han devuelto las imágenes que la nefanda república había desterrado, a los edificios públicos, y muy particularmente a las escuelas, como se ha hecho en toda la España nacional, en medio de manifestaciones de entusiasmo. Lo mismo aconteció en San Sebastián, después de liberada. Pero en Vizcaya, la única provincia que estaba aún bajo los marxistas, es muy distinta la situación. ¿Saben cómo vamos encontrando las iglesias de los pueblos reconquistados últimamente?... He aquí lo que nos refería un sacerdote, hace pocos días, que recorrió el frente con nuestros soldados. Apenas hay un pueblo, escribe, donde no haya habido profanaciones. Muchas iglesias convertidas en cuarteles o cuadras; las imágenes destrozadas y tiradas

por los suelos, con los ojos sacados; cuadros cosidos a puñaladas, en frase del cronista sacerdote; altares con bombas, y en alguno habían dejado un pollo muerto, no sabemos con qué intención maligna. Ni los sepulcros de los santos, ni sus cenizas han sido respetadas. Suponemos que en iglesias así no se diría la santa Misa, ni se celebraría ningún culto. Tampoco habría esa continuidad, que pregonan, donde los sacerdotes fueron asesinados o tuvieron que huir para salvarse.

* * *

Después de esto ¿podemos tomar en serio los alaridos farisáicos del grupo de escritores? Si el dolor que nos agobia desde Julio, y aún antes, no nos lo impidiese, tendríamos motivos sobrados para despreciar esta cooperación indirecta, con el marxismo y la masonería internacionales, del grupo de escritores católicos franceses y sus aliados; pero no son ellos solos; existe una verdadera conjura internacional, y el silencio de los españoles, profesores o no, que residimos en el extranjero y la conocemos más de cerca, contribuiría a aumentar la desorientación que apenados contemplamos. Es triste el confesarlo, pero es un hecho que sorprende, que nos asombra, el ver cómo los católicos de algunas naciones, ligadas a España por su historia, que incluso debían recordar con agradecimiento favores no lejanos, siguen sin enterarse y desorientados, cuando toda la canalla internacional se agrupa y coopera con dinero, armas, prensa, hombres y por todos los medios posibles a la destrucción de la España, con todo lo que hay en ella de más sagrado e histórico, y sin perdonar la vida de los verdaderos españoles. Debía bastar este hecho para abrirles los ojos; pero no es así. Influidos por los intereses políticos, y por la propaganda internacional, cuando no se agrega algún Judas, o algún sacerdote de esos que nos nacen ahora en las radios, y que no figuran en los Anuarios Eclesiásticos, admiten con la mayor facilidad las noticias más absurdas, y se hacen eco de ellas.

* * *

Ante este cuadro no podemos ni queremos callar, aunque nuestra voz sea modesta, pero reflejo fiel de la opinión de la España nacional. Nada decimos aquí que no haya sido repetido ante nosotros mil veces. La sangre derramada por millares y millares de católicos españoles, de verdaderos mártires, y la que se está derramando, amén de los sufrimientos de los que gimen bajo el poder tirano y cruel del marxismo, nos impide guardar silencio; nos exige, como españoles y como católicos, y hasta como sacerdotes, que levantemos nuestra voz para decir al mundo entero:

Basta ya de farsa. No es lícito, es criminal comerciar con la sangre de los inocentes, por servir intereses materiales y mezquinos. Callen, al menos por pudor y decencia, las Naciones que han fomentado la guerra y que la prolongan, proporcionando a ese conglomerado de asesinos y bandoleros que forma el llamado Gobierno de Valencia, toda clase de auxilios materiales y mo-

rales. Ni los Gobiernos, ni los súbditos de esas naciones, sobre todo si son católicos, tienen disculpa con decir: otros ayudan a Franco. Aunque admitiéramos esto, sobre lo que habría mucho que decir, y de un modo particular en los primeros momentos, esa disculpa no tiene la menor consistencia para una conciencia honrada y católica. ¿Es lo mismo, repetimos, ayudar al patriota, al pueblo honrado que defiende su independencia, su fe y sus vidas, que al criminal asesino?...

Basta ya de comedias diplomáticas, que sólo pueden engañar a los inconscientes. No nos hable de humanitarismo quienes no lo sienten, los que no se inmutaron ante los miles de asesinatos que se cometían y siguen cometiéndose (han disminuído, en parte, porque ya no hay a quien matar), en las calles y casas particulares, y no digamos en las cárceles; los que en Ginebra se mostraron indiferentes u opuestos a la proposición del representante de Chile para librar a los refugiados de las embajadas de diferentes naciones, donde también hay mujeres y niños, y hay, sobre todo, hombres inocentes, que tienen el mismo derecho que la mujer y el niño; los que no intentan proteger y librar a los que sufren en Madrid, Valencia, Barcelona y demás ciudades y villas sujetas al poder rojo.

Si son tan humanitarios no hagan primero las víctimas, con el criminal contrabando por mar y los Pirineos; trabajen por librar a todos y en todas las partes a los que quieran abandonar el territorio rojo. La España nacional y católica, la España de Franco, recibe con los brazos abiertos a todas las mujeres y niños, sin distinción de familias, y aunque esos niños sean hijos de rojos, pues son inocentes. La España nacional los cuidará, les dará de comer, pues no falta para nadie, sin que tengan necesidad de peregrinar por naciones extrañas. Aquí es donde quisiéramos ver el humanitarismo, pues es el único verdadero.

Y a los escritores que se dicen católicos, sean de donde sean, les diremos para terminar: La España que supo civilizar veinte naciones, llevando a ellas la luz del Evangelio, la España, que siendo imperio, fué la Patria de Vitoria el fundador del Derecho de Gentes, defensa del débil, y la España de hoy, legítima heredera de aquella, que coloca en el pecho de sus soldados la Cruz de Santiago y las armas de Isabel la Católica, unida a sus filósofos, a sus teólogos y a sus juristas, *no pide, ni necesita, ni acepta lecciones de humanitarismo, ni tolera farisáticas intromisiones.*

Ya que no sepan colaborar con la verdadera causa, sepan, al menos, respetar el heroísmo y la generosidad de los que luchan y mueren por Dios y por su Patria, defendiendo lo más sagrado que hay en la tierra.

V. CARRO.

Un francés ilustre al lado de España

La actitud inexplicable de algunos católicos franceses respecto de España, contrasta con la de otros muchos, la mayoría, que desde el primer momento han comprendido el verdadero sentido de nuestro glorioso movimiento nacional y se han puesto noblemente a nuestro lado. Hoy tenemos la satisfacción de poder ofrecer a nuestros lectores unas líneas del ilustre predicador de Nuestra Señora de París, gloria de Francia de nuestra Orden y de la Iglesia, quien nos ha dirigido la bellísima carta que a continuación transcribimos. Aunque se trata de un escrito de carácter privado, no dudamos en darle publicidad, pues puede servir de orientación a muchos de los que, sin duda por falta de información, nos combaten.

Révérénd et très cher Père:

J' ai reçu votre lettre si bonne et si affligée. J' ai reçu également les articles très sages et très solides de la Ciencia Tomista. Je vous remercie de ce temoignage de confiance. Le Provincial d' Aragon vous a dit la vérité. Je compatis de tout mon coeur à vous souffrances, à vos deuils, et je pleure amèrement les victimes qui ont subi la mort—et quelle mort—avec un héroisme peut-être inconnu dans l' histoire des persécutions. J' en ai la ferme et douce espérance, le droit, l' ordre, la civilisation, la Religion triompheront de l' iniquité, du désordre, de la barbarie, de la haine folle et impie des «sans-Dieu».

Une fois de plus, le sang des martyrs sera une semence de chrétiens. Je l' ajoute, nos frères tombés au service de leur Patrie et du Christ-Roi prépareront à nos quatre provinces dominicaines une prospérité qui rappellera le temps des grands saints, des grands docteurs. Puissent ces hommes qui on exercé dans notre Ordre et dans l' Eglise une si lumineuse et bien-faisante influence hâter pour vous l' heure de la victoire.

Les lettres du Cardinal de Tolède pleines de sagesse, de mesure, de bonté, doivent éclairer, dans le monde entier, tou-

tes les âmes sincères et les gagner à votre cause. Sans doute, en France, quelques-uns, trompés par les calomnies et les mensonges répandus à profusion, ont montré une réserve excessive, mais, soyez en persuadés, la masse des catholiques et des honnêtes gens attendent impatiemment le jour où les sublimes défenseurs de la Religion et de la Patrie seront redevenus les maîtres de tout votre territoire.

Que je serais heureux si ces paroles de votre vieux frère répandaient un peu de baume sur vos cruelles blessures! Vous le savez, vos anciens surtout le savent, je suis ardemment attaché à l'Espagne depuis près de soixante ans. Je n'oublierai jamais la cordialité de l'hospitalité que j'y ai trouvée à l'aurore de ma vie religieuse. Je n'oublierai jamais l'accueil qui m'a été ménagé à Madrid, à Ocaña, Avila, Oviedo, Corias, Valladolid, Vergara, Valence, Barcelone. Vos malheurs ont encore augmenté la vive sympathie que j'ai toujours éprouvée pour vous, pour votre chrétienne et chevaleresque patrie. Il m'est dur de penser que tant de maisons vénérables ont été profanées, pillées, ensanglantées, par une haine infernale, et un fanatisme ennemi de Dieu et de l'humanité. Quotidiennement je supplie Notre Seigneur d'assister vos chefs et vos soldats et de couronner leurs efforts en vous rendant une paix enracinée dans la justice, dans la foi et dans la charité.

Soyez l'interprète de ces sentiments auprès de tous les nôtres, et vous, très cher Père, croyez à la vérité de mon inaltérable affection en S. Dominique.

FR. M. A. JANVIER, des Fr. Prêcheurs.

Paris, 25 Mai 1937.

ACTUALIDAD ESPAÑOLA

Contra la España nacional se ha desencadenado una tempestad de tinta y de oratoria. Es pura —impura— metralla masónica. De los cuartos tenebrosos de las logias salen, como reproche, esas palabras absurdas de «humanitarismo» y «democracia» que ya tienen resonancia de fracaso. ¿Que nos censuran en nombre de lo imposible? Peor para ellos:

Vamos, sencillamente, por el triunfo de lo difícil. Nada más. Y nada menos. Vamos —van nuestras tropas invictas— a darles prestigio y autenticidad a la Cultura y el Heroísmo, en contra del proceder de los que, en la zona roja han manchado el suelo de España con asesinatos, robos, profanaciones y atropellos de toda clase.

Vamos por el triunfo de valores, que en nuestra Historia, tienen categoría de supremos: la exaltación de la Patria y el sentido católico—profundamente católico—de la vida.

Y esto les duele a los de la conjuración demoniaca. A todos los degenerados de la inteligencia y del corazón. A los miembros de las sectas tenebrosas, que quisieran vernos idiotizados, embrutecidos—como los rojos—para erigir, sobre nuestra catástrofe, el imperio de la ética judío-masónica.

Les duele nuestro gesto de virilidad. Gesto que tiene el noble afán de devolverle a la Patria su vieja prestancia de siglo de oro.

Y esta prestancia española, tonificada en el nuevo estilo de la Revolución Nacional, habrá de acabar—en nuestra Patria, al menos—con los envejecidos tópicos de la literatura de las sectas.

Para ellos—para nuestros enemigos de España, y para nuestros adversarios del Extranjero—eso de la Democracia es sólo un pretexto ante el micrófono o en la Prensa para desfigurar los términos auténticos de la contienda.

Porque si se puede dar una Democracia verdadera, esa está plenamente garantizada con los propósitos del Alzamiento Nacional. A cada uno en su puesto. Con todos los derechos. Pero, también, con todas las responsabilida-

des. ¿Qué es eso de hablar de derechos y libertades cuando aún se desconoce la heroica y amarga sabiduría de la renuncia y del deber?

Que nadie nos ataque en nombre de conceptos envejecidos, fracasados: Los responsables de más de quinientos mil asesinatos—y sus simpatizantes—tienen que enmudecer de oprobio y de vergüenza ante la conciencia de los pueblos civilizados.

Luto por un General.

Dios está con nosotros. Se lo está evidenciando al mundo esta gran gesta de la Reconquista española que ha superado todos los obstáculos posibles. Pero Dios nos está probando. A cada hora, una renuncia. A cada paso, un sacrificio. Y así, del dolor, sale el esfuerzo colectivo.

Se van, en actos de servicio, los mejores, que, luego, montan la guardia eterna ante el Señor de los Ejércitos: Ha caído lo mejor de la oficialidad. Cayó, también, el mejor de los mejores. La noticia, por dolorosa, se nos hacía increíble: ¡El General Mola, ha muerto!

Todos los corazones españoles se pusieron de luto. Todos los ojos humedecieron de llanto. Y en todos los labios florecieron los mejores elogios.

El General Mola ha muerto porque la inmortalidad lo reclamaba.

Tenía una voluntad de hierro y un corazón de oro. Parecía tallado en estrofas de un romancero.

Ya en Dar—Akoba—fechas difíciles de la campaña en Marruecos—acreditó su indiscutible valor de militar. Los hombres funestos y folletinescos del 14 de Abril le encarcelaron. Soportó con resignación estoica aquella venganza incalificable. La amnistía del 33 le devolvió la libertad. Cuando la revolución de Asturias, en el 34, don Diego Hidalgo—ministro entonces de la guerra, y masón, sin duda alguna—se opuso a que el prestigioso general fuese a poner fin a la revuelta.

Más tarde, Franco y Gil Robles le mandaron a Marruecos, con el encargo secreto de tener preparado el Ejército Colonial, por si un día la Patria necesitaba sus servicios.

El Frente Popular le desterró a Pamplona. Conspiró por primera vez, pero con éxito. Estaba convencido de que aquello sólo podía arreglarse a tiros.

Fué fiel a este propósito, a pesar de las dificultades con que tropezaba. Entre otras, la siguiente: Un día se le presentó su hermano Ramón, capitán de Artillería. Traíale malas noticias de Barcelona. De no aplazar la sublevación, se exponían a un rotundo fracaso.

—«Pues si no tienes más que decir—le contestó el general—vuelve a tu puesto: a prestar los servicios que la Patria te exija». El capitán Mola murió como un héroe, junto a un cañón, en Barcelona.

A Diego Martínez Barrio, que quiso seducirle con frases bonitas y halagadoras, ofreciéndole la cartera de Guerra, le dió el general una lección de lealtad a la palabra empeñada por la Patria.

En Pamplona sonaban ya los primeros tiros. Boínas rojas y camisas azules —sustancia y estilo de la Revolución— partían para Guipúzcoa, Somosierra y Guadarrama. Iban a luchar por la salvación de España.

El General Mola superó todas las dificultades de aquellas horas tremendas, cuando no teníamos nada, y los «otros» lo tenían todo. Se conquistó Somosierra, el Alto del León, Tolosa, Irún y San Sebastián. Se rompió el cerco de Oviedo y se mandaron refuerzos a Huesca y a Teruel.

Los técnicos extranjeros escribían ya con admiración de Mola.

Se reanudó la ofensiva sobre Vizcaya. Los ojos del General miraban a Bilbao. En los límites de la provincia fueron asaltadas las formidables posiciones enemigas. Entre la furia de la guerra, sobre los altos picachos, entre canchales y jarales, dándoles ejemplo, coraje y alegría a los soldados, andaba Mola. La bandera española subió el Gorbea, al Undala, a los Inchortas. Y entró en Eibar, Durango, Marquina, Lequeitio y Bermeo. Y más allá del «cinturón de hierro» la esperaba Bilbao. El General ya había planeado el asalto.

Pero Dios, juzgándole ya digno del reconocimiento eterno de la Patria, se lo llevó.

En la España Nacional hubo un ancho y hondo estremecimiento. Algunos enrojecidos emboscados se felicitaban, reconociendo así y a su pesar, el prestigio del General desaparecido.

Pero no se fué del todo. Quedaba una herencia moral, capaz de encender de nuevo las ilusiones en los eternos destinos de la Patria.

El homenaje.

La gente se echó a la calle a exteriorizar su pena. El General Mola era figura muy popular. Y así, el duelo por su muerte, fué también algo popular, caliente, enternecedor. En todas partes se dijeron misas en sufragio de su alma, que se vieron concurridísimas. Los mejores oradores y en las mejores iglesias, elogiaron al gran Caudillo.

Pero la última y la mejor palabra del homenaje a Mola, estaba reservada al Ejército del Norte: La conquista de Bilbao, que fué el último sueño del General caído.

Y a los quince días de su muerte, frescos aún, en los labios, los postreros rezos, las tropas del General laureado rescataban la capital vizcaína. La España Nacional rendíale, así, el mejor de los homenajes. En la ciudad redimida, resonaba, con un eco de triunfo, la consigna del rito castrense: General Emilio Mola Vidal: ¡Presente!

B a l a n c e .

Un año de guerra: Franco puede decirle al mundo que se ha adjudicado tantas victorias como operaciones. Magnífico, sencillamente magnífico y colosal balance.

El grito de rebeldía sonó primero en Marruecos, con un estruendo de fusiles y tambores. De las ocho Divisiones peninsulares, respondieron cinco: Sevilla, Zaragoza, Burgos, Valladolid y Coruña, y las Comandancias de Baleares y Canarias. Quedaban al lado del Gobierno las Divisiones más poderosas: Madrid—reducidos los héroes del Cuartel de la Montaña—, Valencia y Barcelona—donde la sublevación duró poco más de un día—, y las guarniciones de Badajoz y Málaga—engañado el general Petxot por Martínez Barrio—, S. Sebastián y Bilbao.

Primer contratiempo trascendental: la defección de la Escuadra, imposibilitando así el traslado a la Península del Ejército de Marruecos.

La aviación, en casi su totalidad, estaba también con el Gobierno de Madrid.

Además—lo dijo Prieto una vez, recordando a Napoleón—ellos tenían el dinero y las grandes industrias. Nosotros sólo teníamos romanticismo. Estábamos perdidos. Pero don Gonzalo Queipo de Llano empezaba a ganarles batallas en la «radio». El General Franco mandaba—Dios sabe cómo—sus mejores tropas a España. Mola hacía maravillas en el Norte. Nuestros pilotos dominaban los cielos. En el Cantábrico y en el Mediterráneo campeaban nuestros barcos. El «Dato» cañoneaba al «Jaime». Caían los primeros aviones enemigos. Y, tras un bautismo de sangre, se iban recuperando campos, pueblos y ciudades: Huelva, provincias de Sevilla, Córdoba y Granada, Badajoz, Talavera, Toledo, el Alcázar—curiosidad y admiración del mundo—. Navalcarnero, Carabancheles, la Ciudad Universitaria, quedando ya Madrid dominado militarmente por el glorioso Ejército Nacional.

En el Norte, los aragoneses deshacen todos los días columnas de bandoleros catalanes. Los requetés de Mola, toman Tolosa, Irún, San Sebastián. Y los gallegos de Martín Alonso rompen el cerco de Oviedo, dándole al general Aranda la enhorabuena emocionada de toda la España Nacional.

Más tarde, el Ejército del Sur entra victorioso en Málaga. Las columnas de Granada llegan hasta la provincia de Jaén. El tiempo no las dejó rescatar a los héroes del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza. Las columnas de Córdoba se apoderan de la importantísima cuenca minera de Peñarroya.

En el Norte, por fin, deja de llover. Se reanuda la ofensiva en Vizcaya. Límite de la provincia. El enemigo, allá arriba, sobre picachos más altos que las nubes. Nombres que meten miedo: Gorbea, Amboto, Undala, Los Inchor-

tas, Barazar, Urquiola. Villas difíciles: Eibar, Durango. Otra vez el espanto de las cumbres: El Solluve, Bizcargui.

Pero todo fué devuelto a la Patria. Quedaba Bilbao, tras el famoso «cinturón de hierro». Cinco líneas fortificadas. Cemento armado. Galerías subterráneas. Refugios con cuarto de baño y luz eléctrica. Pero allí dentro no había un sólo corazón. Y aquella nueva línea «Maginot» se vino abajo con todo el hierro y cemento acumulados. Aquello no se lo explicaban los «gudaris» que, corriendo, refutaban las promesas de sepultar al «fascismo». Bilbao, por fin, quedó libre de herejes y asesinos, a los once meses justos de cautiverios. Hubo júbilo en toda la España Nacional. Repicaron las campanas, bajo un estremecimiento gozoso de banderas. Camino de Santander, de Madrid, Valencia y Barcelona, nuestros soldados entonan la marcha triunfal. Esto, cuanto al terreno conquistado.

Además, en el aire, se le han derribado al enemigo unos cuatrocientos aparatos. La cifra no es exagerada. Hace dos meses, y según datos oficiales, eran trescientos cincuenta y cinco, seguros; cincuenta y dos, probables; y dieciseis, dudosos.

Hubo faenas memorables, como aquélla de derribarle al enemigo quince aparatos en un día, sin pérdida alguna por nuestra parte. Algunos pilotos nuestros ya lucen la laureada.

La Marina tiene una historia que más parece leyenda. Momentos difíciles los primeros. De ochocientos, entre jefes y oficiales, quinientos fueron sacrificados por una marinería enloquecida. Los que pudieron librarse de aquella matanza, equiparon algunas unidades—«Almirante Cervera», «España», «Velasco», «Canarias», «Baleares» y algunos más—y se hicieron los dueños de las rutas marítimas.

Han apresado muchos barcos enemigos, cargados de armamento y víveres, «por valor de varios centenares de millones de pesetas».

Un episodio que se lo contarán a los niños las gentes de cien generaciones: En el Cantábrico, el acorazado «España» choca contra una mina. Se hunde. La tripulación forma, cantando, en la cubierta. Se aproxima el «Velasco», y dice su comandante al segundo de a bordo del «España»: «O nos salvamos todos o nos hundimos los dos». El traslado se hace con el orden más riguroso. Aquello parecía un desfile. Y el «Velasco» se llevó al Ferrol aquella preciosa carga: 850 hombres que componían la dotación del «España».

* * *

Para dar idea a nuestros lectores del terreno y habitantes en que manda el Generalísimo Franco, ponemos a continuación este esquema:

REGIONES	Gob. de Burgos		Gob. de Valencia	
	Sup. en Kms. ²	Población	Sup. en Kms. ²	Población
Andalucía.....	58.000	3.500.000	29.300	1.000.000
Aragón.....	24.900	662.000	22.400	376.000
Asturias.....	4.000	350.000	6.900	430.000
Baleares.....	4.300	324.000	700	42.000
Cataluña.....			32.300	2.792.000
Extremadura.....	33.000	941.000	8.500	212.000
Galicia.....	29.200	2.231.000		
León.....	37.100	1.049.000	1.400	12.000
Levante (Valencia, Murcia)			50.300	2.883.000
Navarra.....	10.500	346.000		
Castilla la Nueva.....	14.500	453.000	57.900	2.426.000
Castilla la Vieja.....	59.700	1.611.000	6.100	373.000
Vascongadas.....	7.100	890.000		
TOTAL.....	282.300	12.357.000	215.800	10.546.000
Canarias.....	7.300	555.000		
Guinea Española.....	26.700	121.000		
Protectorado de Marruecos.	28.000	744.000		
Sahara Occidental, Río de Oro e Ifni.....	285.000	32.000		
TOTALES.....	629.300	13.809.000	215.800	10.546.000

Ellos, en cambio, ¿qué? ¿Qué pueden atribuirse los rojos? Las matanzas del Cuartel de la Montaña. Las de Barcelona. Las de los oficiales de Marina. Las de Gijón. La destrucción del Alcázar. El bombardeo estúpido de Oviedo, el criminal de hospitales y ciudades abiertas.

Matanzas. Crueldades... Cuando pierden una provincia les dice Prieto: «¡Nunca más cerca de la victoria!» Y ahora inventan esta teoría: Mientras nosotros ganamos provincias, ellos ganarán la guerra.

Catolicismo.

Alguien ha querido desfigurar esta rotunda verdad: El Movimiento Nacional es profundamente católico. Lo han dicho los más autorizados jefes del Ejército. Lo proclamó solemnemente el malogrado general Mola. Lo ha definido el Caudillo varias veces: «Queremos darle a la España hidalga, caballeresca y católica, el estilo que la hora del mundo nos pide».

La práctica—es lo que más nos interesa—ha dado su exacta explicación a alguna frase que pareció ambigua. Que, por otra parte, en el orden teórico, ya existe un Catecismo de consulta: el excelente folleto del P. Ignacio Menéndez-Reigada, sobre «La Guerra Nacional española ante la Moral y el Derecho».

Nuestros soldados, con el fusil al hombro, van al frente cargados de medallas. Rezan, bajo las estrellas, el Santo Rosario. Oyen Misa en los campamentos. Cuando escriben les cuentan a sus madres que luchan por Dios y por España.

Se ha reorganizado el extinguido Cuerpo Castrense. Las personas eclesiásticas reciben de los militares un trato de máxima consideración y respeto.

La Virgen del Pilar vuelve a ser la Capitana del Ejército. Los distintos cuerpos de la Armada se ponen bajo la protección de algún Santo guerrero.

No se ha fusilado a ningún sacerdote ni religioso por el mero hecho de serlo. Oficialmente se encargan misas por los caídos en los frentes de combates, y se celebran, también, oficialmente, actos colectivos de acción de gracias.

Bastaba sólo tener en cuenta la conducta de nuestros enemigos. Ellos definen bien el carácter de la lucha. Desde el primer momento se dedicaron a la caza de curas y militares. El número de sacerdotes y religiosos asesinados se eleva a una cifra fabulosa.

Han quemado casi todas las iglesias. Las que quedan son utilizadas para servicios inmundos.

Todo esto es algo más que «anticlericalismo». Se lo ha demostrado el General Queipo al tristemente famoso deán de Canterbury.

Lo social.

El movimiento acusa otra característica que conviene poner de relieve. No es un movimiento de clase, sino profundamente integrador. Es, pues, eminentemente social. Por el Pan, la Patria y la Justicia.

Se han mantenido todas las legítimas conquistas del obrero, con sus sueldos y horas de trabajo. Los abusos han sido enérgicamente sancionados.

El «Boletín Oficial» ha publicado varios decretos que tienden a mejorar la existencia de los necesitados. Por algo ha dicho el Caudillo: «Ningún hogar sin lumbre. Ningún español sin pan».

En síntesis, el Nuevo Estado:

1.º) Ha sostenido el nivel durante la guerra y ha impedido el alza de los precios.

2.º) Ha mantenido las conquistas sociales de los trabajadores.

3.º) Ha creado el socorro al paro, que se lleva a cabo en todos los pueblos de la España Nacional.

4.º) Ha creado el socorro a las familias de los combatientes pobres, asignando tres pesetas por cabeza de familia y una por cada hijo.

5.º) Ha creado las «fiscalfías de vivienda», que inspecciona y mejora viviendas humildes de las clases media y trabajadora.

6.º) Ha creado el Patronato Antituberculoso, que tiene por finalidad la implantación de medios aptos para facilitar la salud pública.

7.º) Ha dictado una ley para que los trabajadores en paro forzoso no paguen el alquiler de la casa, ni la luz, ni el agua, mientras se encuentren sin trabajo.

8.º) Ha fomentado el «Auxilio de invierno», que proporciona comida gratuita a cuantos se encuentren necesitados, con comedores en toda la zona liberada.

9.º) Ha comenzado la construcción de casas baratas para el pueblo trabajador.

10.º) Ha establecido impuestos sobre lo supérfluo, y ha organizado el «Día del plato único», que tiene por finalidad el ahorro y austeridad en la comida.

Se ha dicho, con exactitud, que Franco, mientras gana la guerra, prepara la paz imperial.

Propósitos.

¿Los motivos del Movimiento? Que lo sepan todos, ya que nos enorgullece: «Porque, sencillamente, había una anarquía intolerable en una civilización cristiana». Se lo dijo Franco—allá por el mes de marzo—a un redactor del «Observer». Para dialogar con los responsables de aquel estado calamitoso hubo que darle voto al fusil.

Pero sin embargo—son palabras del Generalísimo—el Gobierno Nacional no tendrá un carácter particularmente militar.

Queda, eso sí, abolido el sistema parlamentario, que ha sido funesto para nosotros.

No se permitirá la existencia de parásitos. El trabajo será obligatorio para todos. El Nuevo Estado será una Gran Familia, sin grandes señores ni siervos. Todos cuantos constituyen la riqueza nacional tendrán su representación en la organización del Estado.

Además—palabras de Mola, discurso del 23 de febrero—aspiramos al reconocimiento de la personalidad histórica de España, y puesto preeminente en el concierto de los demás pueblos. Paz interior: fuerte, implacablemente mantenida. Buenas relaciones internacionales.

El Estado será un instrumento totalitario al servicio exclusivo de la Patria, Autoridad, con prestigio. Subordinación de los intereses particulares al Bien Común. Organización corporativa. Concepto humano del trabajo. Respeto a la propiedad privada. Protección a la infancia, educando a los niños en un ambiente de religiosidad y patriotismo, de amor al trabajo y alegre renuncia a lo supérfluo.

Llácese a esto como se quiera. El General Mola encontró la definición

mejor: Que era una cosa buena. Por este ideal lucha en el frente esa juventud, que está forjando la grandeza de la Patria.

Éxito.

Sin exigencias extremas; sin lastimar legítimos intereses; sin anulaciones que siempre resultan odiosas, se ha llevado a cabo, por el verbo augusto del Generalísimo, la unión de la Falange y el Requeté: Las dos Milicias que eran el exponente más numeroso del Voluntariado.

Los miembros de Acción Popular y Renovación —dignos también del reconocimiento de la Patria— quedaban incorporados a la nueva entidad. Entonces las cruces ensortijaron el haz de flechas. El impetu azul de la Falange maduraba bajo la boina roja.

La unión —felizmente lograda— era un anhelo colectivo. Aunque remoto y difícil, se adivinaba, sin embargo, un peligro de discordia que podría malograr la gran Cruzada Española.

La Falange le dió al movimiento, con el estilo nuevo, bajo el brillo de los luceros, esas aguerridas centurias — muchas — que tan jarriba! ponen el prestigio de la Patria.

Y con el Requeté perduraba el viejo y colosal estilo de los viejos tercios invencibles. Somosierra, Irún, cumbres inaccesibles de Vizcaya, Bilbao. Por ahí han pasado como un huracán de heroísmo los tercios de la boina roja.

Ya el Caudillo, en su Decreto, definía las características de una y otra organización. Las diferencias eran más bien aparentes que reales. De lo contrario, el Decreto de unificación no hubiera tenido el éxito indiscutible que de hecho ha logrado.

La nueva entidad queda bajo la jefatura inmediata del Jefe del Estado, teniendo como auxiliar una Comisión política.

Consta además:

1.º De una organización política, encargada de mantener el espíritu, el estilo y la iniciativa de los 26 puntos. 2.º De una organización económico sindical que encuadrará todos los factores de la producción: trabajo, técnica, capital. 3.º De las milicias del movimiento. En ellas figurará lo mejor de la juventud.

Pemán ha dicho que nos hacía falta esto: «El brazo en alto como lo quiere Roma, y el corazón en alto como lo quiere Dios». Es lo que ha logrado el Caudillo.

Con nosotros.

La primera nación del mundo que reconoció la legitimidad del Gobierno de Franco fué Guatemala, que ya ha nombrado su representante en el distin-

guido diplomático don Julio Urrutia. También lo han reconocido El Salvador y Nicaragua, que no tardarán en nombrar sus representantes. Allá en C. América, en esas tres Repúblicas, han comprendido la gran tarea que se ha impuesto la Madre España, y se ponen a su lado a prestarle la ayuda simpática de lealtad a los valores eternos de la civilización cristiana.

En Europa están con nosotros, desde los primeros momentos, Italia y Alemania, que simbolizan el mundo de la mano abierta. Dos pueblos grandes y fuertes, que han puesto en el cielo amenazado de Europa un rotundo mentis a la invasión asiática y a todo desbordamiento judío.

Cuando el Ejército, con su alzamiento, señaló la hora difícil, pero definitiva para salvar a la Patria y una civilización que agonizaba, esos dos pueblos comprendieron nuestro gesto. Nos aplaudieron. Nos animaron. En la prensa y por la «radio» le decían al mundo la verdad heroica de nuestros propósitos.

Llegaron a Salamanca sus embajadores. Traían de la zona roja una impresión escalofriante. En nuestra zona encontraron el bello espectáculo de los brazos en alto, en un vuelo lírico de cordiales saludos.

Presentación de Credenciales. Primero lo hace el representante de Italia. Al día siguiente el de Alemania. En todos los edificios las banderas amigas lucen la aristocracia de sus colores. En el oro viejo de Salamanca hay un resol de fiesta. La gran Plaza se llena de gente. Forman Ejército y Milicias con sus bandas de música.

Llegan el Generalísimo y el Embajador con su vistosa escolta de la caballería mora. Los brazos en alto les dan la bienvenida. Suena la música. Vítores y aplausos. En el interior del Palacio Consistorial tiene lugar la ceremonia de rúbrica. Luego salen al balcón los ilustres personajes. Los nombres de Italia y Alemania resuenan entre los acordes del himno nacional.

A la amistad de estos dos grandes pueblos le han puesto los españoles todos una firma larga de gratitud.

Portugal está también a nuestro lado. Siente nuestra causa como cosa que le afecta muy de cerca. Por la «radio» ha prestado grandes servicios a nuestro movimiento. Desde Radio Club Portugués nos enteraba María Isabel de la Torre de la marcha victoriosa de nuestras tropas. Más tarde la misma emisora de Radio Club organizó un convoy de víveres, compuesto por algunos centenares de camiones. Traían entre otras cosas, dinero, azúcar, manteca en latas, café, conservas, legumbres, arroz, harina, aguardiente, vinos y tabaco. Nuestros soldados fueron espléndidamente obsequiados gracias a la generosidad del noble pueblo portugués.

No podía faltarnos tampoco la adhesión de Filipinas. Con motivo de la celebración del XXXIII Congreso Eucarístico, los españoles residentes en aquellas Islas, y los filipinos simpatizantes con la España Nacional, enviaron al

Generalísimo una carta, testimoniándole su fervorosa adhesión al movimiento. Adhesión que evidenciaban con una larga lista de donativos, encabezada por Religiosos y Prelados Dominicanos, a quienes principalmente se debe el españolismo de aquellas Islas.

Para hacer entrega del donativo al Generalísimo vinieron comisionados a Salamanca, los Dominicanos: P. Provincial de la Prv. del Santísimo Rosario, el P. Sancho, Rector de la Universidad de Sto. Tomás de Manila, y el P. Tascón, profesor de Derecho, en la misma Universidad.

Y en todas partes hay grupos selectos de simpatizantes con nuestra causa. Sobre todo en la América Latina.

En contra.

Tenemos en contra toda la canalla del mundo. Rusos—cargados con la tragedia de la estepa—checos, daneses, belgas, ingleses, senegaleses, argelinos, franceses, etc. Traen dibujada en sus ojos la oscura melancolía de todos los presidios de Europa. Fueron reclutados por mercaderes judíos o judaizantes y masones. Que éstos buscan siempre sus servidores en los fondos más ínfimos y perversos de la sociedad. En zonas de embrutecimiento y desesperación.

Esta leva inmundada tuvo su apoyo decidido en naciones donde gobierna el Frente Popular. En Rusia, Francia y México, sobre todo.

Inglaterra les hizo también el juego. Hace ya un año que viene bailándole el agua al llamado gobierno de Valencia, dándoles actualidad de profecía a aquellas palabras de Donoso Cortés:

«El interés supremo de Inglaterra consiste hoy, ha consistido antes y consistirá siempre, en impedir la unidad de miras y de acción de los pueblos continentales. Esta política, que considerada bajo el punto de vista del interés del Continente europeo, es una política subversiva; considerada bajo el punto de vista del interés británico, es una política evidentemente conservadora, como quiera que las discordias continentales constituyen a la Gran Bretaña en pacífica dominadora y en árbitra suprema del Continente. Se ha creído generalmente que el interés del Gabinete inglés consiste en que el Continente obedezca a cierta forma de gobierno. Esto es un grave error; todas las formas de gobierno le son indiferentes, si el Continente está dividido. El parlamentarismo continental no le es agradable, porque haga libres a los pueblos, sino porque enflaquece la autoridad y porque divide al Continente en dos zonas, la del Mediodía y la del Norte. Si todo el Continente fuera constitucional, la Inglaterra, para dividirlo, daría principio a una propaganda absolutista. Esto sirve para explicar su política tradicional en los disturbios continentales, dirigida siempre a avivar el antagonismo de las naciones y a servirse de las unas como de instrumento para quebrantar el poderío o la arrogancia de las otras. Al mismo tiempo que separa a los grandes Estados'

para aumentar la confusión, junta a los pequeños: de esta manera divide a los fuertes entre sí, y concita a los flacos contra los fuertes. Los miembros del gran Imperio austriaco se dislocan, y la Inglaterra favorece la dislocación de todos sus miembros: por eso es húngara en el Norte, italiana en el Mediodía, austriaca en ninguna parte.

Así, en el conflicto español ha dicho, que si no permitirá la implantación del comunismo en España, tampoco favorecerá—entorpecerá—la implantación de un Estado de tendencia fascista. Quiere prolongar la guerra. Quiere vernos extenuados, imposibilitados para toda faena de engrandecimiento que pudiera oscurecer su poderío.

En cuanto a los católicos extranjeros que han tenido la estulta osadía de atacarnos, lo habrán hecho mal informados, unos; y despistados, sin duda, por el brillo del oro judío, los otros. Los compadecemos.

El Control.

El 31 de Julio de 1936. el Sr. Blum, entonces Jefe del Gobierno francés, propuso al contubernio ginebrino la ya famosa teoría de la «No Intervención». Diez días antes, el mismo señor había prometido a Fernando de los Ríos su apoyo decidido al Frente Popular español. Ya empezaba la astucia masónica a oscurecer el cielo de Europa.

En principio, se aceptó la propuesta de Blum. Más tarde, para darle eficacia práctica a la «No Intervención», se ideó un plan de Control y Vigilancia a ejercer en las costas y fronteras españolas. Lo elaboraron representantes de veintisiete naciones. En Londres funcionaban un Comité y un Sub-comité.

Pero la «no intervención» la violaron primero, y después, y muchas veces, aquellos mismos que lo habían propuesto. El Coronel encargado del Control en los Pirineos, el danés Lunn, declaraba que él no venía a controlar, sino a colaborar con Blum. Lo del «control» le resultaba inelegante y antipático.

Y así, todos los días pasaban la frontera, generalmente por Perpiñán, docenas de camiones, cargados de material de guerra para el llamado Gobierno de Valencia, así como muchos voluntarios.

En Marsella, en el muelle «G», es donde hacen su carga de contrabando los barcos para la España roja. Generalmente llevan bandera inglesa, capitán griego y marinería rusa y española. A veces la bandera es griega, y francesa la oficialidad.

El Control marítimo ha fracasado estrepitosamente, gracias a la complicidad de Mr. Edén con no se sabe qué poderes ocultos.

Parece que la última crisis del gobierno rojo—que ya forma el número siete—la solucionó Prieto con el propósito de provocar un conflicto europeo. Fracasaron en sus intentos sobre Oviedo, sobre Huesca, sobre Córdoba. Qui-

sieron detener la marcha sobre Bilbao. Trataron de romper el cerco de Madrid. En todas partes les demostraba Franco su firme voluntad de vencer.

Viéndose ya perdidos en un futuro próximo, quisieron que todo pereziese con ellos. Bombardearon los barcos del Control «Barletta» y «Deutschland», italiano y alemán respectivamente. Fué un acto de alevosía, criminal, horrendo.

Inglaterra y Francia comprendieron la justa indignación de los dos grandes pueblos ofendidos. Idearon, entonces, aquellas dos potencias un nuevo sistema de Control, que Italia y Alemania aceptaron generosamente. Se comprometían a considerar como ofensa a las cuatro potencias cualquier acto de «sabotage» realizado por Valencia contra uno de los países del Control.

Pero hace poco, un submarino pirata torpedeó el crucero alemán «Leipzig». Inglaterra no se dió por ofendida. Eden y Delbos olvidan los compromisos. Y toda la farsa masónica del Control se viene abajo estrepitosamente.

Maniobras.

La finalidad de la «no intervención», en las mentes inciviles de quienes la idearon, era agotar de recursos al Ejército de Franco. A pesar de todo, Franco creó un Ejército formidable de tierra, mar y aire, que hoy es la admiración del mundo.

Entonces inventaron en Valencia una palabra que tuvo, en Londres, fácil acogida: el armisticio o la mediación.

Tratábase de hacer infecunda la Cruzada Española mediante un acuerdo con los asesinos de Valencia. La respuesta del Generalísimo a tales maniobras tiene la entonación de una solemne promesa a los eternos destinos de la historia de España. En síntesis, decía:

«La Prensa extranjera, pagada con el dinero de los robos y de los asaltos, alza su voz en una nueva maniobra, que tiene por tema la mediación y el armisticio, que permitan en el porvenir que puedan seguir explotando a España los que la han llevado a la situación en que hoy se encuentra, y que en las embajadas o en el Extranjero ocultan sus cobardías. París y Londres son los focos de tales intrigas. Pero nada impresiona a nuestra juventud en los frentes, ni a nuestra retaguardia. No se puede mediatizar el esfuerzo gigantesco de esos mozos españoles que luchan y mueren por una España grande y libre. Y si no bastaran los ideales que nos lanzaron a la lucha, se impondría el juramento de lealtad a la sangre derramada. No serían dignos de España quienes pactaran con los responsables de quinientos mil asesinatos».

Dos tonos.

Son irreductibles, irreconciliables las dos ideologías en pugna. Allá, en la zona roja, impera un régimen de terror, de pálidos antecedentes en las matanzas asirio-babilónicas. Se han organizado, desde el Poder, los asesinatos y los robos. Todos los presidiarios salieron a la calle, a engrosar las filas del «ejército republicano». Pero en todo un año no han ganado una batalla en los frentes de combate. En los «partes oficiales» no han dicho más que mentiras. A veces se vanaglorian de bombardear ciudades nuestras de la retaguardia, causando víctimas inocentes, siempre mujeres y niños, generalmente de condición humilde. Por profesión, practican el asesinato.

Podían contentarse con fusilar sencillamente a las personas. Tienen que martirizarlas. A veces, las queman vivas. O las crucifican, como hicieron con algunos niños en pueblos de Andalucía y Extremadura.

Aquello ha sido una explosión de instintos animales. Son todos ellos unos pobres degenerados. Tienen que dar al mundo civilizado una impresión nauseabunda.

Se les agotaron las reservas del Banco de España. Las industrias no funcionan. Está paralizada la agricultura. Han llegado a un estado de desesperación. Por eso quieren encender una hoguera en Europa, para que se hunda el mundo con ellos y la historia no pueda exigirles responsabilidades.

Este es el tono horrísono de la España roja.

¡Qué contraste con la España de Franco! Aquí todo es orden y trabajo. Se ha tomado en serio la tarea de engrandecer a la Patria. De poner jarriba España!, sacándola del envilecimiento. Han recuperado su prestigio los viejos valores españoles. La bandera vuelve envuelta en una primavera de elogios y de versos. El himno nacional clava en los aires sus acordes marciales.

Los soldados van al frente cantándole canciones a la muerte. Saben que los héroes de la Patria tienen derecho a la inmortalidad.

Este ideal explica su espíritu combativo; su moral excelente; ese modo de asaltar las trincheras.

En la vanguardia, fe en el Caudillo. Al Caudillo—como a Mola—le gusta andar entre los soldados. Allá en las avanzadillas; entre el fragor de la guerra.

En la retaguardia, admiración por el Caudillo. Todos los servicios funcionan admirablemente. No se pasa hambre. No se engaña a la gente en los «partes» de guerra. Hay tranquilidad. Se trabaja. El trabajo tiene su justa remuneración.

En los Hospitales, la Hermana de la Caridad torna alegres los rostros dolorosos. Los huérfanos de la guerra pertenecen al patrimonio espiritual de la Patria.

Así, superando el dramatismo de la hora, hay en la España Nacional, con la firme certeza del triunfo, un ambiente de optimismo, que acusa la íntima compenetración del pueblo con el Caudillo, a quien se debe el milagro de esta gran epopeya.

No hay asesinatos. Los reos de alta traición a la Patria, son simplemente ejecutados. La propiedad está asegurada. No habrá huelgas de campesinos que echen a perder la cosecha. Todos piensan en la tarea común de crear una Patria mejor. Este es el tono culto y heroico de la España de Franco.

Del Magisterio.

También se está ganando la paz. Como quería S. Agustín: «Bella gerimus ut in pace agamus». Se gana la paz por la conquista—por la educación—de las inteligencias. Que la guerra la trajeron los que envenenaron al pueblo, embruteciendo a los niños, enseñándoles a cerrar el puño, amenazando al cielo.

Esto se acabó. Porque lo han querido los Maestros Católicos, en número de 1.300, reunidos en Salamanca. Fué con motivo de unos cursillos, coronados por un éxito tal que superó los cálculos más optimistas.

He aquí el cuadro de asignaturas y profesores:

Apologética —P. I. G. Menendez-Reigada, O. P.

Catequesis.—M. I. Sr. Llorente.

Psicología de la Religión.—Sr. Tusquets.

Historia de España.—Srta. Oloriz.

Sociología.—P. Francés, S. J.

Apertura del Cursillo.—Sr. Angulo, Presidente de la Asociación de Maestros Católicos.

Clausura.—Sr. Pemán, con unas palabras del Generalísimo.

Aquello tuvo la resonancia de un acontecimiento. Los asuntos religiosos gozaban de una atención particular por parte de los maestros, mereciendo acentuarse las lecciones que sobre el «valor de la fe» daba el M. R. P. Ignacia M. Reigada. Le escuchaban, no sólo con interés. Con devoción.

A la clausura asistió el Generalísimo, que puso al acto la nota augusta de una promesa: «Así será». Se refería a Pemán, que dibujó la España futura con la exactitud de un iluminado. La España que querían aquellos Maestros Católicos. Una España grande, imperial, católica, donde resuenen los nombres de Dios y de la Patria, cuando los niños, al salir de la escuela, entonen los nuevos himnos.

Generosidad.

La prensa extranjera—aún aquella que menos simpatiza con nosotros—ha

elogiado varias veces la conducta del Generalísimo. En distintas ocasiones el Caudillo ha revelado la magnanimidad de sus sentimientos.

Señaló primero una zona de refugio para la población no combatiente de Madrid. No la respetaron los rojos. Instalaron allí oficinas, cuarteles, depósitos de municiones, etc.

Más tarde, cuando la ofensiva en Vizcaya, ofreció a los no combatientes una zona de seguridad entre Bilbao y Castro-Urdiales. Tampoco aceptaron esta proposición. Y tenían el cinismo de calumniarnos, apelando a la conciencia universal para que se horrorizase del proceder de los «facciosos».

También ha causado excelente impresión en el extranjero el decreto del Generalísimo sobre el trabajo de los prisioneros. El Nuevo Estado proclama como principio que «el prisionero, como todo español, tiene derecho al trabajo; excepción hecha, claro está, de aquéllos sobre los que recaigan acusaciones graves de delitos de alta traición a la Patria».

El prisionero recibirá por su trabajo, como retribución ordinaria, dos pesetas. Retribución que varía si tiene la familia en territorio nacional. La mujer la eleva a cuatro pesetas. Por cada hijo menor de quince años, una peseta más.

A la cuestión de los prisioneros nunca se le había dado solución tan humanitaria. Así la España Nacionalista hace honor a sus promesas de contenido social.

Los prisioneros de nacionalidad extranjera, si no todos, bastantes, por lo menos, han sido puestos en libertad, permitiéndoles volver a sus hogares.

Franco declaró que no quería hacerles responsables de crímenes en los que sólo tenían una participación material.

¿Aún habrá gente sensata que nos mire con recelo?

¡Esos niños!...

En Londres, bajo aquel cielo enlutado, decidieron sacarlos de España, Eden, Delbos y Besteiro. A éste le decían aquéllos que había que impresionar al mundo. Los barcos ingleses harían los transportes. Francia se encargaba de los alojamientos.

Escenas desgarradoras en el puerto de Bilbao. Madres ahogadas en un llanto incontinido. En barcos piratas salía aquella ingenua carga de niños, camino de una tierra que no era la suya, huérfana de rezos y de madres cristianas...

Se dice que esos niños, en el destierro, saludaban a la romana, y cuando la toma de Bilbao, vitoreaban a Franco.

Eunucos y soldados.

Lo dijo Pemán una vez: «Ellos, los rojos, reclutaban eunucos para Azaña. Nuestra tarea era crear soldados para Franco.

Esos soldados que pensando en Dios, van camino de la victoria, gritando: ¡Saludo a Franco! ¡Arriba España!

C. ALVAREZ-DE LENA, O. P.

La Coruña, 28 de Junio de 1936.

UNA NOBLE RECTIFICACION

Paris, le 25 avril 1937.

Mon Très Révérend Père.

Je vous remercie de votre lettre qui m' a éclairé sur la situation en Espagne. Notre but en écrivant ces articles était de dégager l' Eglise de toute cause humaine. Vous me faites voir que nous sommes trompés. Nous avons écrit ces pages sur la prière de catholiques espagnols, de vrais catholiques comme le démontrent leur vie et leurs écrits. L' un d' eux, lisant devant moi la lettre du Cardinal Primat, pleurait en pensant au terrible avenir que cette lettre préparait pour le catholicisme espagnol. Ces catholiques ne sont pas pour le gouvernement espagnol, qu' ils jugent abominable, ni pour Franco qu' ils estiment dangereux pour l' Eglise. Nous avons cru bien faire d' adopter leur pensée. Vous nous faites voir, mon Très Révérend Père, que ces catholiques nous ont mal renseignés. Cela nous suffit, et nous eviterons d' écrire comme pour le passé. Nous avons déjà commencé dans le numéro de Sept de cette semaine.

Hier encore, j' ai fait de démarches pour la réception en France de 500 enfants espagnols qui fuient la guerre. Nous sommes prêts à tout ce que nous pourrons pour diminuer la terrible douleur des catholiques espagnols.

Veuillez agréer, mon Très Révérend Père, l' expression de mon profond respect.

FR. M. V. BERNADOT, O. P.

BIBLIOGRAFIA

Essai d' une Somme catholique contre les Sans-Dieu, bajo la dirección de Ivan KOLOGRIVOF, 557 págs., 15 frs. Editions Spes. París. 1936.

Por primera vez en la historia estamos asistiendo al desencadenamiento de una ofensiva formidable, organizada y universal contra la idea de Dios. El ateísmo había sido hasta ahora una cosa individual y episódica, una posición adoptada por hombres aislados, unas veces con pretextos científicos, otras originada por motivos morales inconfesados. Pero nunca se había dado como fenómeno universal, como actitud de millones de hombres, que adoptan por programa de combate la negación más absoluta de Dios y de todo cuanto signifique sentido religioso.

El movimiento de los Sin-Dios es una consecuencia lógica de las doctrinas del comunismo marxista, la culminación gigantesca de un conjunto de principios filosóficos, que han logrado llegar al pueblo, produciendo un monstruoso desquiciamiento de todo el conjunto de ideas morales, jurídicas y religiosas que constituye la base de nuestra sociedad y de nuestra civilización.

En la hora actual, ante el peligro gravísimo que entraña este movimiento—peligro tanto mayor cuanto que está sostenido por una ideología fácil y fascinadora—todas las demás cuestiones secundarias pierden importancia. No se trata de una batalla parcial. Se trata de una ofensiva total y a fondo, en la que se discuten los principios más vitales de los que depende la existencia de nuestra sociedad.

Por esto la labor de los apologistas católicos, para ser eficaz, debe centrarse, teniendo por mira este engendro diabólico y monstruoso, síntesis del veneno de todos los errores.

Hace años, en 1933, apareció el *Manual antireligioso*, publicado por el Consejo Central de la U. S. D. M. de Rusia. En él se han acumulado todos los argumentos que pueden servir para combatir la Religión, considerándola como un obstáculo que la Revolución del proletariado debe destruir en su marcha hacia la sociedad futura. A contrarestar el efecto de este manual, se dirige la obra que hoy presentamos a nuestros lectores. No se trata de un simple catecismo, ni tampoco de una enciclopedia teológica o científica. Su fin es inmediato, de combate, de afirmación y prueba de los fundamentos de la Religión, en contra de los ataques que en el *Manual antireligioso* se contienen.

Redactada por personalidades eminentes del campo católico, sus autores, más que a una erudición recargada e ineficaz, han atendido a hacer un manual práctico y fácilmente utilizable por todos cuantos deseen prepararse seriamente para la lucha con-

tra los Sin-Dios. En forma clara y sintética se tratan los problemas fundamentales del Dogma cristiano, constituyendo un manual inapreciable para la formación rápida y completa de cuantos están en la necesidad y en el deber de hacer frente a ese movimiento diabólico.

Nuestra recomendación más calurosa de una obra tan excelente a la que deseamos un éxito y una difusión bien merecidos.

FR. G. F.

HAAS, P. Adalberto, O. S. B.: Gráficos en colores para la enseñanza del Catecismo. Adaptación española de la A. S. C. E. A. Villarías, 5, 1.º Bilbao. Precio de la colección completa 45 pesetas.

La enseñanza del Catecismo debe ser una de las mayores preocupaciones de todo sacerdote y de todo maestro católico. Pero, al exponer las verdades de nuestra Religión a las tiernas inteligencias de los niños se tropieza con la dificultad de hacerlas accesibles a su capacidad de comprensión, todavía poco desarrollada. El niño es por naturaleza intuitivo. Por esto el medio más adecuado para su educación es el de sensibilizarle las cosas y ponérselas delante de los ojos, para facilitarle el trabajo de asimilación y para hacerle agradable el estudio.

Con este objeto compuso el P. Haas sus series de gráficos para la enseñanza del Catecismo. En ellos sintetiza de una manera admirable todas las verdades fundamentales de nuestra Religión. Son una colección de 66 láminas en colores, de 30 por 42 centímetros, distribuidas en tres series: «Fe», «Mandamientos» y «Medios de santificación», en que la doctrina cristiana se presenta ante los ojos de los niños de la manera más sugestiva para fijar su atención.

La adaptación española, realizada por la Agrupación Sacerdotal Catequística de Estudio y Acción, iguala en presentación y litografía a la edición original, y solamente ha introducido algunas modificaciones indispensables para hacerla más útil al público español y americano. Con ello suministra a los sacerdotes y catequistas un instrumento inapreciable para su labor.

Recomendamos con el mayor interés esta magnífica colección y deseamos que se difunda rápidamente por España. Su precio es sumamente económico, dada la calidad de la presentación, y, gracias al esfuerzo realizado por la benemérita agrupación, no llega a la mitad del coste de la edición alemana.

FR. G. F.

MARIANI: Philosophiae christianae Institutiones in usum adolescentium. Vol. III. Ethica generalis et specialis. Historia philosophiae et Indices. En 8.º, XXXII-710 págs., 28 liras. Librería Marietti, via Legnano, 23. Torino (118).

Con este tercer volumen queda completo el Curso de Filosofía compuesto por el P. Mariani. El juicio favorable que hicimos de los anteriores volúmenes lo extendemos a este último, en que expone la Etica general y especial, y en que añade un breve, pero suficiente esquema de Historia de la Filosofía. Es un libro de texto claro, metódico y conciso, en que el autor sigue fielmente la doctrina de Sto. Tomás. Por esto no dudamos en recomendarlo y en considerarlo muy útil para la formación filosófica de los alumnos de los Seminarios.

G. F.

Praelectiones scholasticae in secundam partem D. Thomae. IV. De vitiis et peccatis (1.^a 2.^{ae}, 71-89). Disservit Petrus LUMBRERAS, O. P. Apud Angelicum de Urbe Summae Theologiae Professor. Romae, Salita del Grillo, 1.

Siguiendo el texto de Sto. Tomás, expone el docto profesor del Colegio Angélico, en conclusiones claras y argumentos sólidos, la auténtica doctrina tomista, pudiendo ser este libro un buen guión para los estudiantes de la Suma Teológica, sin que pueda—ya se comprende—sustituir el estudio atento de la misma letra del Aquinatense. En cuestiones discutidas entre los mismos tomistas, por no estar clara la mente del Santo Doctor, suele el P. Lumbreras exponer, como de Sto. Tomás, la opinión de algún sector de la escuela tomista, que generalmente es la fracción más selecta y numerosa, sin indicar siquiera que otros tomistas opinan de distinta manera. Sirva de ejemplo lo que dice del *constitutivo formal del pecado* (págs. 25 y sigs.) Y esto nos parece un leve defecto de nobleza científica, porque bien pudiera ser que los contrarios, en algún caso, interpreten mejor la mente del Angélico.

M. R.

Razones jurídicas de esta guerra, por C. M. RETORTILLO, abogado del Estado. Ed. V. Campo y C.^a Huesca, 1937. 52 págs. Precio: 2 pesetas.

Es una conferencia tenida en Jaca, en la cual el autor se propone demostrar la ilegitimidad del Gobierno del F. P. por haber faltado abiertamente a la Constitución y haber cometido el crimen de alta traición hipotecando la soberanía de la Patria. En consecuencia, el Ejército que, según la ley constitutiva del mismo de 29 de Noviembre de 1878, «tiene por primera y más importante misión sostener la independencia de la Patria y defenderla de enemigos exteriores e interiores», no podía menos de entablar la guerra contra ese enemigo del Frente Popular, so pena de ser él mismo infiel a su misión y cómplice de la alta traición del Gobierno. Aunque no fué el Ejército sólo, sino como mandatario de la nación, que con él se levantó en armas contra el enemigo común.

Al mismo tiempo que felicitamos al autor, deseamos que este toleto se difunda.

I. G. MENÉNDEZ-REIGADA.

El problema de las sanciones internacionales, por Manuel DE LASALA Y LLAMAS, catedrático de Derecho Internacional. Universidad de Zaragoza, 1.^o de Octubre de 1936. 100 págs., en 4.^o

La interesante actualidad del problema salta a la vista con sólo su enunciación, y con satisfacción podemos decir que hemos encontrado en este libro cuanto esperábamos de la acreditada competencia del docto catedrático de Derecho Internacional de Zaragoza. Con criterio seguro, crítica certera, claridad, concisión y método, examina el sabio autor todos los aspectos del problema en su estado actual, con vistas a un futuro estado jurídico internacional más perfecto que el presente. Después de algunas nociones previas acerca de la sanción en general y su función en el Derecho Internacional, en el capítulo IV se estudian las distintas formas de sanción internacional: sanciones religiosas, morales, jurídicas, económicas, militares, y, finalmente, la guerra como sanción, indicando en cada una de ellas lo que tienen de aceptable y eficaz:

y los defectos de que adolecen. Pasa luego a estudiar, en el capítulo V, la «naturaleza de las sanciones previstas en el tratado de paz de Versalles», y en el VI, «el problema de las sanciones y la soberanía», siendo acaso el más trascendental de la obra, pues aquí se demuestran con inteligencia clara y serena los defectos congénitos de la Sociedad de las Naciones, a los cuales se debe principalmente su descrédito y la ineficacia de sus decisiones. Claro está que pudiera añadir que ese descrédito y esa ineficacia también proceden de haber descendido la dicha Sociedad del altísimo pedestal sobre el cual debiera mantenerse siempre, para arrastrarse muchas veces en el fango de una política partidista e interesada, aunque esto no pertenece juzgarlo a quien habla desde la cátedra en un orden meramente especulativo. Y se completa la doctrina del capítulo precedente con el estudio de «las sanciones y la neutralidad» (cap. VII).

Todos los amantes del Derecho Internacional, y pudiéramos decir, todas las personas medianamente preparadas, puesto que prácticamente a todos nos interesa este problema, leerán con provecho este trabajo de verdadera información y orientación científica.

Y para que esta crítica no sea sólo de elogios, terminemos con una observación, aunque sin trascendencia alguna. Hablando de las teorías *coactivista*, *anticoactivista* y *conciliadora*, en general, atribuye esta última al P. Suárez. «Su origen, dice, se remonta realmente al P. Suárez. Distinguía el Doctor Eximio en la Ley dos efectos y, consiguientemente, como dos virtudes: la una de obligar en conciencia, la cual llamaba *directiva*, y la otra de someter y obligar a pena, que se llama *coactiva*», etc. (página 12) Pues bien, esta distinción y esta teoría es muy anterior a Suárez, como puede verse en Sto. Tomás (I II, q. 96, arts. 4 y 5), y después de él, en otros muchos escolásticos, como Vitoria. Nada tiene de particular que el autor la haya encontrado en Suárez y no en Sto. Tomás. Más bien puede decirse que es doctrina común entre los escolásticos, expuesta con más o menos claridad y precisión.

I. G. MENÉNDEZ-REIGADA.

Circulus Philosophicus, seu Objectionum cumulata collectio juxta methodum scholasticam. Auctore Caesare CARBONE. Vol. II. Ontología. In 8.º, págs. VII-591. Precio 18 liras. Marietti, 1935.

He aquí una obra que mejor llevaba el título «de bello metaphysico», pues se trata de una colección de dificultades, en forma escolástica, con su solución respectiva sobre las principales tesis de Metafísica, previamente formuladas. El fin que se persigue es *facilitar* a los alumnos de Metafísica los llamados círculos o ejercicios de discusión escolástica.

Una obra de esta naturaleza puede juzgarse desde el punto de vista de su concepción, del fin que pretende conseguir y de su ejecución.

En cuanto a lo primero no deja de parecer algo extraño que sin preceder ni seguir razonamiento alguno de una tesis, escuetamente anunciada, se lancen contra ella dificultades y más dificultades, las cuales lo mismo que la solución de ellas, sólo pueden tener sentido en el que arrojan la defensa de la tesis y los fundamentos en que se basa.

Pero lo que más nos desagrada es el fin de la obra. *Facilitar* de esa manera las disputas escolásticas es *mecanizarlas* y quitarles todo el estímulo y provecho que de ellas pudieran sacar los estudiantes, asimilándolas a la tramitación de un asunto puramente casuístico. Precisamente lo que se debiera hacer con los estudiantes en esta fase de ejercicios es obligarles a no tomar de otros autores las dificultades que han

de desarrollar en ellos. En toda cuestión las dificultades fluyen de su comprensión, y el desarrollo de las mismas ha de ser obra del ingenio y de la agilidad mental del alumno. De otra manera esta clase de ejercicios carecerían de razón de ser. Por eso, en nuestro entender, el fin que Carbone se propone en su obra es opuesto al de los mismos ejercicios escolásticos.

En cuanto a la ejecución, después de todo no es tarea de las más difíciles la acumulación de dificultades sobre los diversos temas de Metafísica de que están llenos los tratados de la misma. Aunque pudiera alargarse más el número de observaciones sólo nos limitaremos a las siguientes.

Las tesis 18 y 19, relativas al principio de individuación de las substancias materiales y de la idea de lo infinito respectivamente, las dejaba mejor para los volúmenes dedicados a la filosofía natural, donde tienen su lugar propio.

La formulación de la tesis 4 es falsa, supuesta la distinción real entre la esencia y la existencia, afirmada por el autor en la tesis 9, pues se dice en la primera que la existencia se predica *esencialmente* de todas las cosas.

La primera dificultad opone que la existencia se predica accidentalmente del ser creado, lo que mete en un atolladero al autor, no acertando a distinguir claramente entre accidente predicamental y accidente predicable.

Además las distinciones y subdistinciones en la solución de las alusiones no siempre están hechas conforme a las reglas de la lógica *per partes se excludentes*.

Si esta reseña nuestra de su obra le parece al Sr. Carbone poco benévola, seguramente se hallará compensada por el agradecimiento que siempre le guardarán los estudiantes perezosos...

FR. M. CUERVO.

Histoire du Christianisme, par Dom. Charles POULET, O. S. B., avec le concours de plusieurs collaborateurs. Gabriel Beauchesne et ses Fils, Editeurs, París. Fasc. XI y XII.

En el número de Enero Febrero de 1936, dábamos cuenta de los fascículos anteriores de esta gran obra. Continuamos en este número con otros dos.

El Fascículo XI desarrolla con gran competencia temas tan importantes como los trabajos realizados para la unión de las iglesias, las luchas de güelfos y gibelinos, cruzadas, herejías valdense y albigense, con la reacción correspondiente encarnada en la Inquisición, Orden de Predicadores y Orden Franciscana, y las grandes luchas entre el poder civil y el eclesiástico, que culminan con Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII, dando lugar a la bula «Unam Sanctam».

Más interesante es el Fascículo XII que ahonda en la verdadera situación de la cristiandad en la Edad Media. La historia de la Iglesia no la constituyen uenos cuantos sucesos externos salientes; vale más lo que está velado por esa superficie. Bien lo saben los autores de esta obra, hecha a la moderna. Por eso ahora estudian, después de pasar revista a las iglesias desidentes, la situación del alto y bajo clero, el monaquismo, la liturgia, la justicia y su administración, el derecho canónico, costumbres, nobleza, corporaciones, estado moral de la sociedad, la caridad cristiana y sus manifestaciones, etc. Sólo queda felicitar una vez más al director y colaboradores de esta Historia del Cristianismo, lujosa, documentada y segura.

F. DE V.

Dictionnaire de Spiritualité, Ascétique et Mistique, Doctrine et Histoire, publié sous la direction de M. VILLER, S. J., assisté de F. CAVALLERA et J. DE GUIBERT, S. J., avec le concours d'un grand nombre de collaborateurs. Fascicule V. Beauchesne et ses Fils, Rue de Rennes. París, 1935.

Esta notabilísima obra continúa dando a conocer los temas referentes a la espiritualidad cristiana, labor meritísima y que se hace acreedora al aplauso y apoyo de todos.

En el Fascículo V—todo él interesante—merecen particular mención los artículos *Beatitudes*, *Bède*, *Béghards* y *Beguins*, *Bénédictins*, *Benoit* y *Bénédictins*, *Bernard (Saint)*, *Bérulle* y *Bibliothèques* (éste continúa en el Fascículo siguiente), por su maestría, por su síntesis sin omitir nada útil, por su bibliografía selecta y por su perfecto desarrollo.

Recomendamos calurosamente la obra a todos y felicitamos al director y colaboradores.

F. DE V.

Los Seminarios, por el arcediano Alejandro MATEUS. 60 págs., en 4.º Precio: 2 francos franceses. Quito-Ecuador. Escuela Tipográfica Salesiana. 1936.

Antes de terminar la impresión del libro titulado: *Vida canónica, ascética y social del Obispo perfecto*, quiso su autor obsequiar a los Rectores y Profesores de Seminarios, a los Seminaristas y a los Maestros de Novicios y Profesores de Religiosos, haciendo tirada aparte del capítulo que forma el presente folleto, donde trata los siguientes puntos: Deberes del Obispo respecto del Seminario, cualidades y deberes de los Directores y profesores, formación de los seminaristas en el orden científico, ascético, pastoral y social.

Poco es lo que el autor dice por su cuenta. Prefiere que sean los documentos quienes hablen, y por eso reproduce los cánones del Código Canónico a la materia concernientes, y también largos párrafos de documentos pontificios, sobre todo del Papa actual y de los dos últimos, sin omitir algunos de las Sdas. Congregaciones, y con frecuentes llamadas al Conc. Plenario de la América Latina.

Como se ve es un tratado sólido; pero acaso no todos aprueben semejante sistema, ya que viene a resultar el folleto casi una mera recopilación de documentos, siquiera sean tan importantes como los mencionados.

FR. S. A.

México martir, por Juan DE LA RIOJA. Un folleto de 22 por 15 cms., 48 páginas. Precio en dólar 0,25. «Editorial Revista Católica». Box 1572. El Paso, Texas U. S. A. 1935.

El autor del opúsculo que presentamos al público no intenta, según dice el mismo, hacer una reseña histórica de los numerosos acontecimientos registrados en México en estos últimos años, «sino sólo escoger algunas pocas pinceladas que por la viveza de su colorido, puedan servir para rehacer en la mente de los hombres de buena voluntad todo el terror de la presente situación mexicana» (pág. 2).

Las pretensiones de este trabajo son ciertamente muy modestas, pero, eso sí, las cumple, pues es un arsenal de datos informativos y gráficos, que ayudarán mucho al

lector para juzgar por sí mismo de la situación actual de México, principalmente en lo que se refiere a la cuestión religiosa. El lector podrá comprobar a través de estas páginas la persecución rabiosa que el gobierno de México viene desencadenando en esta última década, contra la Iglesia Católica.

Felicitemos al autor y esperamos que continúe trabajando en pro de «México martir», con el mismo entusiasmo y desinterés, puesta la mira sólo en «servir a la causa de la verdad y de la justicia» (pág. 47).

FR. MONTER, O. P.

Les événements d'Espagne. Quelques témoignages sur les origines, le sens et la portée de la guerre actuelle. Imp. G. Durassié, rue Denfert-Rochereau, 47. París-V.º

Un pequeño folleto de veintinueve páginas, dando noticias de lo que representa el movimiento salvador de España que acaudilla el Generalísimo Franco.

Es tan consolador hallar quienes nos defiendan en medio de un pueblo completamente opuesto a nosotros en su elemento oficial, que no podemos menos de dar las gracias efusivamente a quienes se toman la molestia de inquirir la verdad sobre nuestra querida Patria. En estas páginas se ve como en cinta cinematográfica la trayectoria doctrinal del Movimiento Liberador. Cosas conocidas para nosotros, pero que más allá de los Pirineos muchos las desconocen por cerrar los ojos a la realidad. El autor del folleto da claramente una idea de lo que significa esta guerra, causada por el odio a España. Odio al que supo contestar debidamente el sano pueblo español.

J. A.

DOMÍNGUEZ BERRUETA, Juan.—Jesús de Nazareth.—Biblioteca Pax. Madrid, 1936.

El Sr. Berrueta ha sabido condensar en pocas páginas los rasgos más salientes de la figura de Nuestro Señor. La finura de observación, la justeza de la palabra, la sencillez de la exposición, hacen de esta obrita una de las más apropiadas para hacer llegar al pueblo la doctrina del Evangelio. En ella se nos representa al Jesús auténtico, tal como se desprende de los libros sagrados, sin adornos excesivos, sin sentimentalismos exagerados, que con frecuencia desfiguran la sencillez sublime del relato evangélico. Las Vidas de Ntro. Señor serán tanto más excelentes cuanto menos pongan de su parte los autores. Ni la elocuencia, ni la erudición, ni la literatura, pueden superar la verdad y la sublimidad de la figura de Jesucristo, pintada por los Evangelistas. Este ha sido uno de los aciertos del Sr. Berrueta, y por esto recomendamos sinceramente su obra.

M. H.

LIBROS RECIBIDOS

- DENISSOFF.—L'Eglise russe devant le Thomisme 70 págs. Vrin, París. 1936.
- FILTHAUT.—Roland von Cremona und die Anfänge der Scholastik im Predigerorden 224 págs. Albertus Magnus Verlag. Vechta i. O. 1936.
- SCHMITT.—Ein neues unvollendetes Werk des Hl. Anselm von Canterbury (Beiträge... Band XXXIII Heft 3) 48 págs. 2,25 RM. Aschendorff Verlag. 1937.
- GRABMANN.—Mittelalterliche Deutung und Umbildung der aristotelischen Lehre vom Nous poietikos. 106 págs. München. 1936.
- GRABMANN.—Handschriftliche Forschungen und Funde zu den philosophischen Schriften des Petrus Hispanus, des späteren Papstes Johannes XXI, 136 págs. München. 1936.
- MEINHOLD.—Rousseau's Geschichtsphilosophie. 35 págs. Mohr. Tübingen. 1936.
- WINDICHER.—Franz Brentano und die Scholastik, 64 págs.—Felizian Rauch.—Innsbruck. 1936.
- OTTAVIANO.—Critica dell' Idealismo. 194 págs (Collezione di studi filosofici, Serie teoretica, N. 8). Casa Editrice Rondinella Alfredo. Nápoles. 1936.
- DUNIN-BORKOWSKY, S. J.—Spinoza. Band IV. Aus den Tagen Spinozas. Geschehnisse, Gestalten, Gedankenwelt. III parte.—VI—587 págs. Rust. 21 Rm. encdo. 22,50 RM. Aschendorf Verlag. 1937.
- GEMELLI.—Il compito di una Università cattolica ed italiana nella lotta del comunismo contro cattolicesimo e fascismo. 25 págs. «Vita e pensiero» Milano, 1936.
- LUDWIG OTT.—Untersuchungen zur Theologischen Briefliteratur der Frühscholastik (Beiträge zur Gesch. der Phil. und Theol. des Mittelalters. Band XXXIV, XX-675 págs. 22,88 RM. Aschendorff V. 1937.
- WEISWEILER.—Das Schriftum der Schule Anselms von Laon und Wilhelms von Champeaux in deutschen Bibliotheken (Beiträge... Band XXXIII, Heftl. págs. XII-415. 14,10 RM.—Aschendorf Verlag.—Münster i. W. 1937.
- HERWEGEN.—Väter Spruch und Mönchs Regel. 46 págs. 0,75 RM.—Aschendorf V. 1937.
- SIEGMUND.—Psychologie des Gottesglaubens. VIII-256 págs. 3,38 RM. en rúst. y 4,13 encdo. Aschendorf V. 1937.
- ZIEGLER.—Dulcedo Dei. Ein Beitrag zur Theologie der griechischen und lateinischen Bibel. VIII-107 págs. Aschendorf V. 1937. 4,39 RM.
- HARTMANN, S. J.—Der Aufbau des Markusevangeliums (Neutestamentliche Abhandlungen, hrsg. von Max Meinertz, Band 17, Heft 2-3). XV-276 págs. 10,32 RM.—Aschendorf V. Münster i. W. 1937.
- WIKENHAUSER.—Die Kirche als der mystische Leib Christi nach dem Apostel Paulus. VIII-240 págs. rúst. 3,38 RM. encdo. 4,13 RM.—Aschendorf Verlag. Münster i. W. 1937.
- MARMARDJI, O. P.—Diatessaron de Tatien. CVL—563-84 págs.—Beyrouth, Liban. 1937.

Con licencia eclesiástica.

Salamanca.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.